# Descompresión

Juli Zeh

RESERVOIR BOOKS

# Descompresión

Juli Zeh

Traducción de Laura Manero Jiménez

RESERVOIR NARRATIVA
www.megustaleerebooks.com

*Para Nelson*

# 1

Estábamos charlando sobre la dirección del viento y el oleaje y especulábamos sobre cómo se portaría el mes de noviembre. También en la isla había estaciones del año, solo era cuestión de fijarse un poco. Durante el día la temperatura rara vez bajaba de los veinte grados. Después le llegó el turno a la situación económica. Bernie, el escocés, abogaba por una intervención a los griegos. Laura era de Suiza y opinaba que no debía rescatarse ningún país. A mí la política no me interesaba. Para pasarme el día entero leyendo las noticias por internet no me habría hecho falta emigrar. Laura y Bernie estaban de acuerdo en que Alemania se había convertido en la nueva policía económica de Europa: fuerte pero impopular. Los dos me miraron con expectación. En el extranjero, todo alemán se convierte en portavoz de Angela Merkel.

—Para nosotros la crisis acabó hace tiempo —dije.

Los alemanes y los británicos volvían a salir de vacaciones. Ya nos iba mejor, y a algunos incluso bien.

Llevábamos los carteles bien sujetos debajo del brazo. El de Bernie decía EVANS FAMILY y NORRIS FAMILY. En el de Laura se leía ANNETTE, FRANK, BASTI y SUSANNE. Yo, ese día, solo tenía dos nombres: THEODOR HAST y JOLANTHE AUGUSTA SOPHIE VON DER PAHLEN. Los numerosos componentes del segundo casi no me habían cabido en el cartón. Los carteles tenían que ser lo bastante pequeños para poder hacerlos desaparecer en cualquier momento bajo la chaqueta. En la isla existía una regulación para protección de los taxistas que nos prohibía ir a recoger a los clientes al aeropuerto. Si nos pillaban, teníamos que pagar una multa de trescientos euros. Los taxistas aguardaban ante las puertas de cristal del vestíbulo de llegadas sin quitarnos el ojo de encima. Por eso solíamos saludar a nuestros perplejos clientes con un abrazo, como si fueran viejos amigos. «Retraso de veinte minutos», anunció en inglés el panel indicador que quedaba por encima de nuestras cabezas.

Bernie levantó las cejas a modo de pregunta. Nosotros asentimos.

—*With much milk* —dije yo.

—*Lots of* —corrigió Laura.

Hacía años que Laura intentaba enseñarme inglés, pero yo ni siquiera había conseguido aprender bien el español. A Bernie le daba igual que hablara mal su idioma mientras me entendiera. Se metió las manos en los bolsillos de las bermudas y se fue con calma hacia la cafetería. Con su barba de cinco días y su balanceo al caminar, siempre daba la sensación de estar sobre la cubierta de un barco.

Ya nos habíamos terminado los cafés cuando los primeros pasajeros cruzaron la barrera. Bernie se vio rodeado por una familia. Cinco personas. Eso sí salía rentable. Yo estaba atento por si veía a una elegante dama de cierta edad acompañada por un hombre de pelo cano que empujaría un carrito de equipajes cargado con una montaña de maletas, todas de colores que combinaban bien. No era capaz de imaginarme a un Theodor y a una Jolante de ninguna otra forma. Habían contratado dedicación exclusiva y habíamos acordado una cantidad que solo podría pagar alguien que ya tuviera la mayor parte de la vida a sus espaldas.

Siempre era divertido ir a buscar a los clientes nuevos al aeropuerto. Nunca sabías a quién se le habría ocurrido la idea de probar con el submarinismo. Como Antje se ocupaba del trabajo de oficina, con la mayoría de ellos yo ni siquiera había hablado antes por teléfono. ¿Qué aspecto tendrían, cuántos años, cuáles serían sus gustos, sus profesiones, sus historias? En el mar sucedía lo mismo que en un tren: aprendía uno a conocerse asombrosamente bien en un tiempo récord. Yo, que me había acostumbrado a no juzgar nunca a nadie, me llevaba bien con todo el mundo.

Los pasajeros de Air Berlin se habían entremezclado con los ocupantes de un avión procedente de Madrid. Estos últimos eran de menor estatura, no llevaban tanta ropa de abrigo y no estaban tan blancos. Tenía práctica en adivinar nacionalidades. A los alemanes los reconocía con un porcentaje de aciertos de casi el cien por cien. Se me acercaba una pareja. Padre e hija, pensé por un segundo, y miré más allá para seguir buscando a Theodor y Jolante, pero se detuvieron

frente a mí. No comprendí que mis nuevos clientes ya me habían encontrado hasta que ella señaló el cartel que sostenía en la mano.

—Es Jolante, sin «h» —dijo.

—¿Usted es el señor Fiedler? —preguntó el hombre.

Un taxista nos vigilaba desde la puerta giratoria. Extendí los brazos y tiré de Theodor Hast hacia mí.

—Soy Sven, sí —confirmé—. Bienvenidos a la isla.

Theodor se puso tenso mientras yo besaba el aire a izquierda y derecha de su cara. Un ligero aroma a lavanda y vino tinto. Después la abracé a ella. Era maleable como un muñeco de peluche. Por un momento creí que se caería al suelo en cuanto la soltara.

—Caramba —exclamó Theodor—. Menudo recibimiento.

Ya aclararía ese teatrillo de bienvenida en la furgoneta.

—Tengo el vehículo ahí fuera —dije.

La segunda familia de Bernie ya se había reunido a su alrededor, Laura aguardaba en el centro de un grupo de jóvenes alemanes. Todos ellos estaban callados, observándonos. Yo les devolví la mirada y levanté los hombros en un gesto interrogativo. Antje se habría reído de mí y habría vuelto a decirme que era «cortito». Theodor y Jolante habían recogido sus maletas de ruedas y avanzaban ya en dirección a la salida. Él con un traje a medida, la americana puesta sobre una camiseta clara, sin camisa ni corbata. Ella con botas militares como complemento a un vestido de lino sin mangas, largo hasta la rodilla. La melena negra suelta sobre su espalda brillaba como el plumaje de un cuervo. Se dieron un empujón con los hombros y rieron por algo, luego se detuvieron y se volvieron hacia mí. También yo lo vi entonces: no parecían turistas. Modelos de un anuncio de vacaciones, más bien. Hasta cierto punto me resultaban conocidos. La mitad del vestíbulo de llegadas los estaba mirando. «Magníficos ejemplares», fueron las palabras que me vinieron a la mente.

—Que te diviertas —dijo Laura, contemplando las piernas de la señora Von der Pahlen.

—Canalla —dijo Bernie en español con media sonrisa, y me dio una palmada en el hombro cuando pasé junto a él.

Sus familias eran pelirrojas. Eso conllevaba quemaduras del sol y

niños nerviosos.

Fuera, en el aparcamiento, les abrí a mis clientes la puerta lateral de la furgoneta Volkswagen, pero a ellos les pareció más divertido sentarse delante conmigo. La furgoneta disponía de un banco de tres plazas para conductor y acompañantes; Theodor se apretujó en el centro. Mi pierna desnuda, en bermudas, resultaba indecorosa junto a los pantalones de su traje. Al meter la marcha, mi mano le rozó el muslo izquierdo. Durante el resto del trayecto tuvo las rodillas muy juntas.

—Aquí solemos tutearnos. Si os parece bien.

—Theo.

—Jola.

Nos dimos la mano. Los dedos de Theo cayeron calientes pero flácidos contra los míos. Jola tenía el apretón firme de un hombre, pero estaba asombrosamente fría. Bajó un poco la ventanilla y sacó la nariz al viento. Sus gafas de sol la hacían parecer un insecto. Un insecto precioso, eso tenía que reconocerlo.

Arrecife era un cúmulo de incordios. Autoridades, juzgados, policía, instalaciones hoteleras, hospitales. «Solo se va allí cuando se tiene un problema», solía decir Antje. Ese día yo todavía no sabía que tenía uno. Me alegré de dejar atrás la ciudad, pisé el acelerador y cogimos la carretera a velocidad de escape. El paisaje se abrió ante nosotros. Unas cuantas palmeras barbudas junto al asfalto; tras ellas, todo negro hasta el horizonte. La isla no era precisamente una belleza en el sentido clásico. Vista desde el avión, parecía una mina de grava gigantesca: colinas de un gris amarronado en cuyas hondonadas parecían haber quedado restos de nieve. Después, en el vuelo de aproximación, se distinguía que esas manchas claras eran en realidad poblaciones compuestas por casitas blancas. Un paisaje sin vegetación digna de mención lo pasaba igual de mal que una mujer cuando no tiene nada apropiado que ponerse, y era esa ausencia de vanidad lo que me había hecho amar la isla desde el primer momento.

¿Cómo os ha ido el vuelo, qué tiempo hace en Alemania?

¿Qué tamaño tiene la isla, cuántos habitantes viven aquí?

Escogí la ruta que cruzaba la región vinícola. Incontables hoyos con forma cónica y, en el fondo de cada uno, una vid que encontraba refugio y suelo fértil. Comprender que había gente que cavaba un agujero de un metro en la capa de lapilli para cada una de esas plantas, luego reforzaba el borde con un pequeño murete de piedra y de esa manera dejaba cinco mil hectáreas perforadas como un queso suizo, me seguía fascinando aún tanto como al principio. A lo lejos relucían los cráteres del Timanfaya; rojos, amarillos, violetas y verdes por los líquenes que cubrían la roca volcánica. La única planta que crecía en ese paraje era un hongo. Esperé a ver quién era el primero en decir «Esto es como la Luna».

—Es como la Luna —dijo Jola.

—Sublime —dijo Theo.

Cuando Antje y yo llegamos aquí hace catorce años, pertrechados con dos mochilas y el plan de pasar la mayor parte posible de nuestro futuro en la isla, aunque no necesariamente juntos, fue ella quien dijo «Esto es como la Luna» al ver el Timanfaya. Yo pensé algo así como «Sublime», pero no encontré la palabra adecuada.

—Si te gusta la grava —añadió Jola.

—No tienes sensibilidad para la estética de la aridez —repuso Theo.

—Y tú solo te alegras de estar otra vez en tierra firme.

Jola se quitó las botas y los calcetines y me miró con ojos interrogantes antes de apoyar los pies descalzos contra el parabrisas. Asentí dándole permiso. Me gustaba que mis clientes se relajaran lo antes posible. Tenían que sentirse como si «no» estuvieran en su casa.

—¿A ti tampoco te gusta volar? —le pregunté a Theo.

Su mirada fue fulminante.

—Se hace el dormido —explicó Jola. Había sacado el teléfono móvil y estaba escribiendo un mensaje—. Como todos los hombres que tienen miedo.

—Yo me emborracho en cuanto puedo —dije.

—De eso Theo ya se ocupa antes.

Sonó un tono de mensaje. Theo se echó la mano al bolsillo interior

de la americana. Lo leyó y respondió.

—¿Viajas mucho a Alemania? —quiso saber Jola.

—No, si puedo evitarlo —contesté.

Se oyó otro tono de mensaje, en el móvil de Jola esta vez. Lo leyó y le dio un codazo a Theo en el costado. Al reírse arrugaba la nariz como una niña. Theo miró por la ventanilla.

—Me gusta el paisaje —comentó—. Transmite calma. No quiero sentirme siempre observado y admirado.

Comprendía exactamente lo que quería decir.

—A mí lo único que me interesa de las próximas dos semanas es lo que está bajo el agua —dijo Jola—. El mundo de aquí arriba podría ahorrármelo.

También eso lo entendía.

Llegamos a Tinajo, una pequeña localidad de casas blancas con torrecillas de inspiración oriental en las esquinas de las azoteas. En la librería, que parecía como si alguien la hubiese querido remodelar y luego hubiera vuelto a cerrarla, torcimos hacia la izquierda. Al cabo de unos cientos de metros habíamos dejado atrás los últimos jardincillos de entrada bien cuidados. Lo que seguía eran campos aterrazados, ganados a la grava volcánica. Aquí y allá se veían algunos calabacines sobre la tierra negra. Un cobertizo achaparrado, en cuyo tejado había un perro pastor atado a pleno sol, constituía el último vestigio de civilización. La carretera se convirtió en una pista de tierra señalizada por piedras pintadas de blanco que se extendía como una cinta sinuosa por el malpaís. En ese punto, la mayoría de los clientes empezaban a intranquilizarse. Como si hablaran medio en broma, exclamaban «¡Pero ¿adónde nos llevas?!», y «¡Esto sí que es el fin del mundo!».

Jola dijo:

—Caray.

Theo dijo:

—Brutal.

Prescindí de explicaciones turísticas sobre historia y geología. No les hablé de las erupciones volcánicas que habían enterrado una cuarta parte de la isla en seis años. Tuve la boca cerrada y los dejé a solas

con su asombro. A nuestro alrededor, nada más que rocas de extrañas formas. El silencio de los minerales. Ni siquiera un pájaro se dejaba ver. El viento sacudía la furgoneta como si quisiera entrar dentro.

Tras rodear el último cono volcánico, de súbito el Atlántico apareció ante nosotros: azul oscuro con puntillas blancas y ligeramente inverosímil después de tanta piedra. El oleaje estallaba contra las rocas de la costa y se elevaba en altas nubes de espuma que ascendían como filmadas a cámara lenta. El cielo, una continuación del océano solo que con otros materiales, gris azulado, blanco, ventoso.

—No veas… —dijo Jola.

—¿Conocéis la historia de dos escritores que van a dar un paseo por la playa? —preguntó Theo—. Uno se queja de que todos los libros buenos ya están escritos. ¡Mira!, exclama el otro, y señala hacia mar adentro, ¡ahí llega la última ola!

Jola rió un instante; yo, ni eso. El silencio mineral siempre vencía. Después de unos minutos más de trayecto llegamos a Lahora. La entrada del recinto la constituía una construcción en ruinas, un cubo de hormigón sobre cimientos de roca viva cuyos vacíos huecos para las ventanas miraban al mar. La pista de piedras se convirtió en una banda de arena resbaladiza que subía empinada hacia el pueblo. Eso, si es que «pueblo» era la palabra adecuada para describir un grupo de treinta casas deshabitadas.



Mientras pienso en la mejor forma de describir Lahora, caigo en la cuenta de que hablo en pasado de la isla y de todo cuanto se encuentra en ella. Apenas han transcurrido tres meses desde que llevé a Theo y a Jola a Lahora por primera vez. Cuántas veces no me había detenido al borde de ese acantilado, en el punto más elevado, para que mis clientes pudieran disfrutar de la vista… Les expliqué que Lahora, al contrario de lo que ponía en varias guías de viaje, no era ni mucho menos una antigua aldea de pescadores. Más bien se trataba de un puñado de residencias de fin de semana construidas por españoles con dinero que ya poseían una bonita propiedad en Tinajo, solo que

sin vistas al mar. El cabildo insular, proseguí, les había cedido terrenos para construir en mitad de una de las mayores zonas volcánicas sin preocuparse por urbanizarlos. Lahora no tenía plan de obras. Ni nombres de calles. Ni alcantarillado. De hecho, aparte de Antje y de mí, Lahora no tenía ningún habitante. Era una mezcla de pueblo en ruinas y aldea fantasma, una interpretación de la difusa frontera entre lo «aún por terminar» y lo «ya derruido».

En realidad, hacía tiempo que los españoles habían dejado de intentar arreglar sus casitas a medio hacer y, en lugar de eso, se tumbaban en sus terrazas cercadas por maderos gastados mientras el viento salado corroía la pintura de los muros. Bobinas de cables vacías hacían las veces de mesas de madera, palés de obra apilados servían de bancos para sentarse. Lahora era un punto final. Un lugar de inactividad. Amueblado con objetos que en otra parte ya habrían acabado en la basura hacía mucho. El fin del mundo.

Estábamos sentados en la furgoneta y mirábamos hacia abajo por encima de las planas azoteas sobre las que se agrupaban depósitos de agua, paneles solares y antenas parabólicas, hacia la primera línea de construcciones que, con la marea alta, casi metían los pies en la orilla. En ese lugar, les prometí, encontrarían una tranquilidad única. Los propietarios de las casas, si se acercaban, lo hacían solo el fin de semana.

Antes de terminar mi pequeño parlamento, les puse dos reglas para su estancia allí: no ir a nadar y no salir de paseo. Hiciera el tiempo que hiciese, las corrientes de la pequeña cala la convertían en un auténtico infierno, y los campos volcánicos siempre les partían los tobillos a los paseantes no experimentados. En Lahora podía uno sentarse a mirar el mar y contemplar las islas que aguardaban al norte, agazapadas como animales dormidos en la niebla que separaba agua y cielo. Además, al fin y al cabo estaban allí para hacer submarinismo. Saldríamos cada día a hacer inmersiones en los mejores puntos de la isla y, si también querían visitar un par de lugares de interés turístico, me tenían a su total disposición como chófer y guía, tal como habíamos acordado.

No me escuchaban. Se habían cogido de la mano y contemplaban el

pueblo y el océano; parecían completamente absortos. No preguntaron, como otros clientes, por qué me había establecido en un lugar tan apartado. No hablaban por los codos sobre sus anteriores aventuras submarinas. Cuando Jola volvió el rostro hacia mí y se quitó las gafas de sol, tenía lágrimas en los ojos, lo cual, creí entonces, debía de ser cosa del viento que entraba por la ventanilla abierta.

—Esto es una auténtica maravilla —dijo.

Sentí un escalofrío y puse el motor en marcha.

Hoy tengo la sensación de que ese primer encuentro tuvo lugar hace media eternidad, en otro siglo o en un universo desconocido. Aunque todavía veo el Atlántico por la ventana mientras escribo esto, la isla ya no tiene un presente. Vivo literalmente con las maletas hechas. En el puerto de Arrecife, un contenedor espera para ser embarcado con todo mi equipo hacia Tailandia, donde un alemán de Stuttgart quiere abrir un centro de submarinismo en no sé qué isla con palmeras y playas de arenas blancas. El segundo contenedor, el de los objetos personales, ha quedado casi vacío. Al pensar qué podría hacerme falta en Alemania, casi no se me ocurrió nada. ¿Qué se les ha perdido en la cuenca del Ruhr a bermudas, sandalias, ojos de buey de barcos naufragados y un pez espada disecado que pesqué yo mismo? El único lugar adecuado para todo eso es el pasado.

Bajamos despacio por la pista y torcimos hacia la izquierda ante un pequeño muro que separaba Atlántico y tierra firme con una arrogancia conmovedora. Mi propiedad constituía el final de aquel lugar. Las dos casas se levantaban en una explanada de arena, casi una frente a la otra, a solo unos pasos de distancia: la «Residencia», donde vivía con Antje, de dos pisos y provista de una amplia terraza en la azotea; y la «Casa Raya», el bungalow vacacional, algo más pequeño. A ambas construcciones les habían buscado solar volando la roca negra de la costa, así que se alzaban elevadas sobre un zócalo de piedra natural que la espuma de las olas no podía desgastar. Las había adquirido a buen precio, yo mismo las había remodelado con gran

esfuerzo, y Antje había obrado auténticas maravillas en los jardines que las rodeaban. Se había pasado días enteros peleándose con el contratista por la profundidad correcta a la que había que excavar, había diseñado planos para la irrigación y había insistido en hacerse traer una tierra especial. Estudió a conciencia la fuerza del viento, la incidencia del sol y la dirección de expansión de las raíces. Con los años, al borde de aquel desierto de piedras había surgido un oasis cuyo riego me costaba una fortuna. Flamboyanes, hibiscos y adelfas florecían durante todo el año. Los macizos de buganvillas vertían sus cascadas de color sobre los muros; por encima de ellos, dos araucarias elevaban hacia lo alto sus abanicos de gruesos dedos de agujas. En el extremo más apartado de Lahora, el ardor del esplendor floral había abierto un agujero en el yermo entorno.

—No me lo puedo creer —dijo Theo.

Sacudió la cabeza y rió apenas, como si no diera crédito a lo que veían sus ojos.

Jola había vuelto a ponerse las gafas de sol y guardaba silencio.

A algunos clientes no les gustaba Lahora, pero no había nadie a quien no le gustara la Casa Raya. El sencillo cubo blanco con ventanas pintadas de azul solo disponía de un dormitorio, baño y salón con cocina americana, pero, a pesar de sus reducidas dimensiones, irradiaba algo majestuoso. Justo por debajo de la escalera que subía a la puerta de entrada, el Atlántico se abalanzaba sobre las rocas de lava. No tanto con furia como por rutina; llevaba haciéndolo varios millones de años. Cada dos minutos, el agua de la cala se revolvía y lanzaba al aire un surtidor de veinte metros de alto. Increíble que semejante espectáculo no tuviera la menor relación con los seres humanos. Tras su estancia en la Casa Raya, los huéspedes escribían desde Alemania diciendo que sus oídos habían seguido percibiendo ese místico rugir durante días. Era un sonido al que se acostumbraba uno.

Antje ya nos estaba esperando sentada en lo alto de la escalera que subía al bungalow. Sobre el capó de su Citroën blanco dormía su cocker, Todd. El único perro del universo que se tumbaba voluntariamente sobre una chapa metálica caliente a pleno sol. De esa

forma quería impedir que nos fuéramos de allí sin él. Eso creía Antje, que, al vernos llegar, se puso en pie de un salto y nos saludó con la mano. Su vestido era un borrón resplandeciente. Tenía toda una colección de vestidos de algodón de colores, cada uno con un estampado distinto. Y también toda una batería de chancletas en colores a juego. Ese día, por su cuerpo galopaban caballos verdes sobre un fondo rojo. Cuando le dio la mano a Jola, parecía que alguien hubiera hecho un montaje para unir a dos mujeres de películas diferentes. Theo tenía la mirada perdida en el mar, las manos en los bolsillos del pantalón.

Dejé el equipaje sobre la tierra polvorienta. Antje alzó una mano para darme las gracias. Apenas nos habíamos saludado. No me gustaba que me tocara delante de otras personas. Aunque hacía años que vivíamos juntos, todavía me resultaba extraño pensar que éramos pareja. Por lo menos en público.

Mientras yo entraba a rastras las botellas vacías de la inmersión de la mañana al garaje de la Residencia, donde se encontraba la estación de llenado, Antje acompañó a nuestros clientes a sus dependencias. Instalar a los clientes era una de sus atribuciones. Además de la Casa Raya, también administraba algunos apartamentos para turistas en Puerto del Carmen, de otros propietarios. La mayoría de sus huéspedes eran alumnos míos de submarinismo. Antje se encargaba de las reservas, entregaba llaves, hacía las cuentas, limpiaba, cuidaba jardines, supervisaba a operarios. Y además llevaba la oficina de mi escuela de buceo, actualizaba la página principal de la web y se ocupaba de todo el papeleo de las asociaciones de submarinismo. Tras nuestra llegada a la isla, no había tardado ni dos años en hacerse imprescindible. Incluso había sintonizado con la actitud relajada de los isleños.

Descargué los trajes de buceo usados en el lavadero del jardín y entré en casa. De pronto sentí ganas de tomar un aperitivo. Campari con hielo. Normalmente solo bebía cuando no tenía más remedio. En un avión, en las bodas o en Fin de Año. Lo del Campari en cierta forma era por Jola y Theo. Ya estaba oliendo y paladeando la bebida sin saber si Antje tendría provisiones. Encontré una botella en la

nevera, me serví con generosidad y me alegré al oír crepitar los cubitos. Saqué el vaso fuera, a la terraza inferior. Colocando la silla muy pegada al antepecho, podía llegarse a ver casi de frente la ventana del salón de la Casa Raya, al otro lado de la explanada de arena. Justo en ese momento descorrieron las cortinas. El colorido vestido de Antje apareció tras el cristal. Al fondo vi a Jola y a Theo, que contemplaban ensimismados la cocina americana. Seguramente estaban acostumbrados a algo mejor. O se preguntaban qué podrían cocinar ellos allí, si en Lahora ni siquiera había una máquina expendedora de chicles. Esa primera noche, Antje los invitaría a cenar y, al día siguiente, después de la inmersión, los acompañaría a hacer la compra. Así lo hacíamos siempre con los huéspedes de la Casa Raya.

Allá delante, Antje explicaba cómo funcionaban los fogones, el microondas y la lavadora. Theo parecía prestar atención mientras Jola se dejaba caer en el sofá. Por la ventana vi su cabeza saltar arriba y abajo; debía de estar probando los muelles. Estuve tentado de imaginarme a Theo lanzándola sobre la mesa del comedor, levantándole el vestido… y ahí mismo puse fin a la fantasía. Los clientes eran tabú. Me dedicaba a un oficio en el que se llevaba el bañador como ropa de trabajo.

## Diario de Jola, primer día

*Sábado, 12 de noviembre. Por la tarde*

Un sitio increíble. Fachadas blancas con postigos atrancados. Un sol de justicia y arena negra. En cualquier momento podría aparecer el Zorro tras una esquina. Dan ganas de batirse en duelo. El aire sabe a sal. Me parece un lugar genial, pero como a Theo también le gusta tengo que afirmar lo contrario, claro. ¡La sublime estética de la aridez! Di que sí, viejo. Relájate de una vez, anda. El mundo no se vuelve más bonito cuando le vomitas encima tu poesía. Ni más grande, más importante o mejor. Al mundo simplemente le resbala lo que tú digas. Igual que el mar contra las rocas, tus palabras se pulverizan y vuelven a recogerse sobre sí mismas. Puede que en diez mil años consiguieras redondear una esquinita, pero nunca llegarás a tan viejo. Tú el que menos.

Aun así, mantengo la boca cerrada. No hablo de literatura ni tampoco de la muerte. Nos esforzamos mucho. Serán unas vacaciones bonitas. Yo no lo provocaré y él no se dejará provocar. Un alto el fuego.

Vacaciones, bueno… En realidad estoy aquí porque quiero ese papel. Necesito el papel. Lotte es mi última oportunidad. He arrancado su foto del libro y la he colgado en la pared de la habitación, encima de la cama. Podría pasarme el día entero mirándola. *Una chica en el fondo del mar*. Agarrada a un pecio con su bañador rojo y su anticuado equipo de submarinismo. Los ojos muy maquillados tras las gafas de buceo. Su pelo largo flota como algas alrededor de su cabeza. Es muy guapa. Y fuerte. Una luchadora. Los fogones y los niños no le bastaban. Ella buscaba el peligro. Su diario es tan emocionante como una novela policíaca. En los años cincuenta, el submarinismo no era un deporte, sino una empresa de pioneros. Una prueba de valor para hombres, no para mujeres. Lotte fue la primera chica que se empeñó

en nadar con los peces. Theo se ha fijado en la foto de encima de la cama y se ha mordido la lengua.

Sven siempre tiene una sonrisa en la cara. Solo es dos años menor que Theo, pero está hecho de otra pasta. Membranas natatorias entre los dedos de los pies, branquias tras las orejas. No me mira. No me ve. Seguramente porque no soy un pez. En eso tiene que convertirme primero. Para eso le pagamos, y no poco.

Antje, se llama la… (¿la qué?) de Sven. ¿Ayudante? ¿Mujer? ¿Hermana? ¿Secretaria? Ella solo se ha presentado diciendo que era «la Antje». Como si eso fuera denominación de profesión y estado civil a la vez. Sven, mientras tanto, miraba al vacío. Por lo visto la tal Antje lo incomoda. Y eso que la chica tiene gancho, habla mucho y huele a Nivea. Rubia como una sueca. Ella no se mete en el agua. Eso nos lo ha explicado nada más empezar. Ha dicho que el agua es el «estado físico» de Sven. Supongo que ha querido decir «elemento», o «profesión». Al viejo esa clase de cosas le llegan al alma. El que no sepa hablar bien, que cierre el pico: ese es su lema. A la gente que se presenta poniéndole artículo a su nombre no la traga. Yo soy «la» Antje, él es «el» Sven. Así hablan los niños. Lo que sí parece que le guste es mirar a la Antje.

Lahora: El libro de español del colegio tenía unas frases rarísimas de ejemplo. Mis perros están debajo de la cama. Me oigo gritar a mí mismo. Te llegó la hora. Ni un alma en kilómetros a la redonda. No hay más coches que el de Antje con su perro sobre el capó, y sin coche no hay forma de llegar aquí. Dicho de otro modo, salvo por nosotros, este sitio está desierto. Al viejo eso enseguida le ha gustado: ¡Habría que ambientar aquí una historia!… Pues hazlo. Y que la rueden. Escribe algo, en lugar de solamente hablar siempre de ello. No le he dicho nada.

El viejo ha paseado la mirada por los pechos de sueca de Antje mientras la escuchaba con atención: que no tiremos el papel de váter a la taza, sino al cubo que hay al lado, porque si no las cañerías se atascan; que desenchufemos los aparatos electrónicos cuando salgamos de casa; que esperemos un poco antes de ducharnos uno después del otro si queremos tener agua caliente; que no bebamos del

grifo; que avisemos si queremos conectarnos a internet para que Sven pueda ajustar la antena parabólica; que no bajemos a nadar, ni a dar un paseo… Eso ya lo sabíamos.

Luego me he quedado un buen rato en el jardín y he estado mirando cómo jugaba el mar consigo mismo. De pronto tenía al viejo detrás, con una copa de tinto en la mano. Me ha pasado un brazo por los hombros, me ha acercado hacia sí y me ha dado un beso en la coronilla.

«Pequeña Jola», ha dicho, nada más.

Se me han humedecido los ojos. Lo he abrazado con fuerza. Cuando quiere, puede ser bueno y correcto. Siempre es lo mismo: te vas a kilómetros de distancia para dormir menos cómodo y comprenderte mejor.

# 2

Una tarde noche típica. Todas las ventanas abiertas. El aire cálido recorría la casa y disipaba la distinción entre dentro y fuera. En la cocina, Antje andaba ocupada con las cazuelas. Un ruido tan agradable como la lluvia sobre la lona de una tienda. Yo estaba cómodamente sentado al ordenador en nuestro diminuto estudio, mientras ella, al lado, preparaba algo en los fogones.

Resultados en Google: 384.000. Fue todo un shock, aunque no sabía muy bien qué era lo que me había sobresaltado tanto. En segundo plano tenía funcionando el software de lectura del ordenador de buceo. Si Antje aparecía en el umbral de la puerta, podría cambiar de ventana en un segundo. No me apetecía explicar lo que tenía ahí delante, ni por qué. En realidad, no era típico de mí buscar a los clientes en Google.

Medio internet parecía hablar de Jola. Entrada en la Wikipedia, páginas de fans, perfil de Facebook, Twitter, comunicados de prensa, YouTube. Cientos de fotos. Cuántas caras podía tener una persona… Cuanto más rato pasaba mirando, más deprisa parecían multiplicarse. De una página a otra, de un vínculo a otro. Era fascinante. Y hasta cierto punto obsceno.

«Jolante Augusta Sophie von der Pahlen (nombre artístico: Jola Pahlen), nacida el 5 de octubre de 1981 en Hannover, es una actriz alemana. Von der Pahlen procede de un noble linaje báltico. A los 11 años de edad grabó un cedé de canciones infantiles e interpretó un papel cantado en una representación de *Woyzeck* en el Teatro Nacional de Hannover. Cosechó sus primeras experiencias en la televisión entre 1995 y 1997, en el programa infantil *Toggo*, del canal Super RTL. Desde el 4 de diciembre de 2003, Von der Pahlen interpreta el papel de Bella Schweig en la telenovela *Amores y odios* de SAT.1. Von der Pahlen vive con el escritor Theodor Hast. — Jola Pahlen en las versiones alemana e inglesa de Internet Movie

Database.»

Se oyó un gorjeo en un rincón de la habitación. La salamanquesa había salido de su guarida tras la barra de la cortina y se preparaba para su cacería nocturna de insectos. Cuando la vi por primera vez, años atrás, medía tres centímetros de largo, era casi transparente y no tenía ni idea de la vida. Con el tiempo había alcanzado la longitud de mi dedo índice y sabía que no tenía nada que temer de mí. La había bautizado como Emil, aunque Antje decía que era hembra. Afirmaba que esa especie de salamanquesas no tenía machos. Que las hembras se reproducían mediante clones, y me había sonreído con malicia al decirlo, como si se tratara de una jugarreta feminista de la naturaleza. A mí eso no me molestaba. Me gustaba Emil. Tenía unos pies preciosos y corría cabeza abajo por todo el techo sirviéndose de la nanotecnología.

«Señora Pahlen, proviene usted de una familia noble. ¿Hasta qué punto la ha marcado eso?»

«A todo el mundo le marcan sus orígenes. Yo aprendí de mi familia a conservar las cosas bonitas. Ver a alguien poniendo un vaso de cristal sin posavasos sobre una mesa Biedermeier me provoca un dolor físico. La dejadez es el peor enemigo de la belleza.»

«Su padre es un productor cinematográfico de gran éxito. Su familia es rica. ¿No echa a veces en falta tener que conseguir algo mediante su propio esfuerzo?»

«Todo lo que hago lo he logrado gracias a mi propio esfuerzo. Ni mi padre ni mi familia están ante la cámara de *Amores y odios*. La que sale soy yo.»

«Pero ¿no dicen que fue su padre quien le consiguió el papel en *AyO*?»

«El éxito requiere siempre una combinación de suerte, trabajo y talento.»

«Señora Pahlen, la semana pasada cumplió usted treinta años. ¿No va siendo hora de dejar *AyO*?»

«¿Por qué? ¿Cree que una mujer de treinta ya está vieja para una telenovela?»

«Para una telenovela no, pero quizá sí para un primer papel en un

largometraje de verdad.»

«Ahora mismo tengo un proyecto muy concreto a la vista en ese sentido.»

«Entonces le deseamos mucha suerte, señora Pahlen.»

Un suave correteo de pies almohadillados. Emil apareció sobre el monitor, cuya superficie iluminada atraía pequeñas mosquitas, y se quedó inmóvil justo encima de la cara de Jola. Me miró con los botones negros de sus ojos y me sacó la lengua. En las películas, cuando un reptil descansa sobre la fotografía de una persona, al final resulta que está loca.

Theodor Hast obtuvo 12.400 resultados en Google. La mayoría de ellos hablaban de su relación con Jola Pahlen. Su entrada en la Wikipedia consistía en solo dos líneas, sin fotografía.

«Nacido en 1969 en Reutlingen, escritor alemán. Su ópera prima, *Construcciones efímeras*, fue publicada en 2001. Vive en Berlín, Stuttgart, Nueva York.»

Ese triple lugar de residencia me trajo recuerdos desagradables. En la carrera de Derecho nos habían enseñado a citar la bibliografía indicando todas las sedes editoriales. «Volker Schlön, *La legislación bursátil con especial referencia a la Ley del Mercado de Valores*, Berlín, Heidelberg, Nueva York, 6.ª edición.» Un libro así costaba 129 marcos en las librerías, y en la biblioteca de la universidad siempre estaba más que agotado cuando había que redactar un trabajo sobre legislaciones bursátiles. En el caso de Theo no era su libro, sino él mismo, el que por lo visto vivía en tres sitios a la vez.

«Una obra maestra desconcertante.»

«Clara señal de genialidad artística.»

«A muchas personas les caigo bien, pero solo una tiene que vivir conmigo. Y ese soy yo (Theodor Hast, *Construcciones efímeras*, p. 23).»

Según el texto propagandístico de la página web de la editorial, la novela iba de un protagonista llamado Martin y su búsqueda de la identidad. Sonaba complicado. La página ofrecía también una muestra de lectura.

«Se preguntó cómo podía ser que Dios hubiese creado el mundo en seis días y luego se hubiese tomado el séptimo libre… ¿Acaso existían

ya los días antes de que la Tierra girara alrededor del Sol en ciclos de veinticuatro horas? ¿Y cómo es que Dios se atenía a la semana laboral de siete días? Eso debía de querer decir que Dios estaba contratado por alguien. A Martin le habría gustado saber por quién. Dejó el vaso a un lado y miró hacia arriba. Los jirones del cielo se apresuraban hacia el este como si allí hubiera algo urgente que atender. Emigrar, pensó. Eso solo cobraría sentido si el país al que huimos no fuéramos siempre más que nosotros mismos.»

Antje leía un montón. Yo me quedaba dormido en cuanto cogía una novela.

El siseo de una sartén. Olor a conejo. Dejé el ordenador encendido. Para Emil, el monitor era un coto de caza fantástico.

Antje había puesto la mesa del comedor para cuatro. Dos copas por persona; una para el agua, otra para el vino. Me llamó la atención que las copas estuvieran directamente sobre la madera de teca de la mesa. Busqué posavasos en los cajones del aparador.

Jola hablaba mucho. Sus manos volaban por el aire como si quisiera espantar insectos. Su larga melena parecía cruzarse en su camino. No hacía más que apartársela de un lado a otro. Antje sacó papas canarias arrugadas, champiñones en aceite de oliva y tres mojos diferentes. El tema era esa película. Jola estaba leyendo la biografía de Lotte Hass y tenía una visión muy aventurera del submarinismo: lanzarse al agua con un bañador elegante y apurar la botella en un suspiro mientras se estaba cara a cara con un tiburón ballena, a poder ser. Theo comía patatas. Una tras otra, con un tempo regular, como si desempeñase una tarea rutinaria.

Yo comenté que les enseñaría el reglamento con rigurosidad. Prevención y seguridad eran lo primero en cualquier situación. No se trataba de vivir aventuras, sino de contar con conocimientos especializados y dominar la técnica.

Jola sacó el labio inferior y puso cara de niña pequeña. ¿Acaso no podía hacerse amiga de un tiburón ballena?

Yo le dije que veríamos tiburones ángel. De dos metros de largo, como mucho, y que la mayor parte del tiempo yacerían planos sobre el fondo del mar. Entonces la niña pequeña se transformó en una estratega de ojos entornados y sonrisa peligrosa.

—Lo principal es que en el casting pueda decir que tengo experiencia con tiburones.

Pensé que no tenía ninguna necesidad de comportarse así. El precioso huequecito que separaba sus incisivos se encargaba de que siempre tuviera que mirarla a la boca. De repente su mano estaba sobre mi brazo. Su caída de ojos denotaba práctica. ¿No creía yo que ella podría hacer muy bien de Lotte?

Theo levantó la mirada de su plato.

—Modérate —advirtió.

Sonó como una bofetada. Antje se estremeció como si se lo hubiera dicho a ella. El viento movió las cortinas en las ventanas abiertas; había refrescado un poco. El reloj de la pared marcaba las siete menos algunos minutos. La noche empezaba ya a deslizarse desde las esquinas del comedor. Me levanté para encender la luz y cerrar las ventanas.

—¿No te gustan las papas? —preguntó Antje.

—Sí —repuso Jola. Rápidamente pescó la más pequeña del plato con la mano y se la metió en la boca—. Pero es que no tengo mucha hambre.

—Trastornos alimentarios —explicó Theo, que vació su segunda copa de vino y se sirvió más—. De todas formas, es demasiado mayor para el papel. Si además de eso engorda, no tendrá ninguna oportunidad.

Se rió como de un buen chiste.

Antje desapareció en la cocina para sacar el conejo. Jola se quedó mirando su plato, que estaba sin tocar. Con los clientes pasaba como con la familia. No los podías escoger. Mientras esperábamos el segundo, rompí el silencio explicando una vez más lo que esperábamos unos de otros. Ellos querían dos semanas de atención personalizada las veinticuatro horas, con inmersiones ilimitadas, el Advanced Open Water Diver y la certificación Nitrox, además de

alojamiento en la Casa Raya, alquiler de equipo y servicios de transporte tanto a los puntos de inmersión como a los lugares de interés de la isla. Yo quería catorce mil euros. Normalmente montaba grupos con varios clientes. Jola y Theo me habían pagado para que durante los siguientes catorce días no aceptara ningún encargo más. No salía barato, pero así les pertenecía por completo a ellos dos. Nos dimos la mano. El teléfono de Jola emitió un tono de mensaje. Ella lo leyó, sonrió y tecleó una respuesta. Antje volvió sosteniendo una cazuela humeante con dos paños de cocina.

—Conejo en salmorejo —anunció en español.

Del guiso sobresalían huesos. Theo oyó el tono de mensaje de su móvil, sonrió y le puso una mano a Jola sobre el muslo. En efecto, se estaban enviando mensajes de texto uno al otro aun estando en la misma habitación. Antje sirvió trozos de conejo. Su cocker, Todd, salió de la cocina, donde había estado adorando los fogones, estudió la situación y tomó posición junto a Jola. Por lo visto la consideró el eslabón más débil de la cadena. Yo probé y alabé la comida, luego les recordé mi única condición: el miércoles de la semana siguiente no, la otra, el 23 de noviembre, me tomaría el día libre. Theo quiso saber por qué tenía que excusarme de mis obligaciones ese miércoles en concreto. El conejo le gustaba. Igual que el vino, que se terminó prácticamente él solo. Con una mirada rápida, impedí que Antje fuera a buscar una segunda botella. Jola se percató de nuestro cruce de miradas y se rió sin ninguna clase de afectación por primera vez en toda la tarde.

—¿Qué pasa? —preguntó Theo.

—Nada —dijo ella.

«No pegáis nada juntos», pensé yo, y enseguida me prohibí ese pensamiento. La vida privada de los clientes no era asunto mío. Expliqué qué era lo que sucedía el 23 de noviembre. A finales de verano, mientras estaba pescando en alta mar, había recibido una señal de sónar mucho más fuerte de lo habitual. El objeto en cuestión se encontraba a unos buenos cien metros de profundidad y medía más de ochenta de largo. Tal vez solo fuera una formación rocosa con una configuración peculiar. O, tal vez, un hallazgo asombroso. Esos

últimos años casi no se habían descubierto nuevos pecios en ningún lugar del mundo, y mucho menos en zonas accesibles para submarinistas. Había grabado las coordenadas en el GPS; localizar de nuevo el punto exacto no conllevaría grandes problemas. Sin embargo, bajar por primera vez a un pecio a cien metros de profundidad no era cosa de risa… sobre todo si se iba solo. Hacía semanas que me estaba preparando, había calculado mezclas de gases, me devanaba los sesos para ver cómo alargar los veinte minutos de tiempo disponible en fondo sin después tener que pasar tres horas haciendo paradas de descompresión antes de regresar a la superficie. También había encargado la fabricación de unos guantes secos especiales y estaba intentando incorporar un sistema de calefacción a mi traje de neopreno. Bernie me había prometido ocuparse de la embarcación de apoyo con el *Aberdeen* y su compañero Dave, escocés como él. Eran condiciones profesionales para una inmersión profesional.

Jola me escuchaba como si de mi boca saliera la palabra de Dios. Sus grandes ojos empezaron a reflejar mi propio entusiasmo. Me estaba costando terminar.

El 23 de noviembre cumplía cuarenta años y quería celebrarlo a cien metros por debajo del nivel del mar. Solo. O, mejor aún: en compañía de un carguero de la Segunda Guerra Mundial que llevaba setenta años desaparecido.

—Yo quiero acompañarte —dijo Jola—. Podría reforzar la tripulación.

—Es una expedición, no una excursión —objeté—. Cada maniobra debe ser precisa.

Me miró con insistencia.

—Crecí a bordo de un barco.

—Su padre tiene un Benetti Classic —apuntó Theo.

Antes que nada, tuve que asimilar esa información. Un Benetti de segunda mano costaba tanto como un ático de lujo. Y en Manhattan, además.

—De todas formas —dije—, lo siento.

—O me entrenas para sumergirme a esa profundidad y bajo contigo. A Lotte le habría gustado.

No pude evitar reírme, aun a mi pesar.

—¡Por favor! —exclamó Jola—. ¡Tenemos dos semanas enteras!

—Se necesitarían por lo menos dos años —insistí—. Si intentara arrastrarte conmigo ahí abajo, acabaría en la cárcel.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó Theo sin apartar la mirada del rostro suplicante de Jola.

—De por vida —contesté—. Por asesinato.

—Dejémoslo ya —zanjó Antje, a quien no le gustaba la conversación —. Solo los buzos profesionales sobreviven a esas expediciones. ¿Quién quiere sorbete de higo chumbo?

—Pues yo estaría encantado de que me metieran un par de años en la cárcel —dijo Theo, y su tono de voz dejó claro que había cambiado de tema—. Así, por fin tendría tranquilidad para escribir.

Antje retiró la mano que había alargado hacia el plato vacío de él.

—Pero para eso tendrías que hacerle daño a alguien.

—Lo cual es una ventaja, ¿o no? —Theo volcó la botella de vino y vertió las últimas gotas en su copa—. El que quiere acabar entre rejas sí o sí, ya tiene una bala pagada. Solo le queda por decidir a quién quiere disparar.

Jola empujaba trozos de conejo por el borde del plato con el lomo del cuchillo. Todd los atrapaba en el aire.

—No le hagas caso a Theo —dijo—. Lo de escandalizar forma parte de su trabajo. Por desgracia, estos últimos años disfruta más haciéndolo a la mesa que frente al ordenador.

—Siempre es mejor que hacer el ridículo delante de una cámara recitando frases lamentables —repuso él.

Jola se levantó bruscamente y fue hacia la ventana.

—Mis frases lamentables nos pagan el alquiler —dijo, dándonos la espalda.

En la lámpara de la pared, una mariposa nocturna murió abrasada entre zumbidos y siseos. Las fibras de conejo que tenía entre los dientes me causaban una sensación desagradable que notaba en todo el cuerpo. Antje levantó la cabeza y miró a Theo con compasión.

—¿Y por qué ya no escribes nada?

A veces quería matarla.

# Diario de Jola, primer día

*Sábado, 12 de noviembre. De noche*

Son los dos muy agradables. Rubios, simpáticos, *down to earth*, llanos y naturales. Patatas y conejo en su casita blanca. Normales y… sí: saludables, en cierto modo. ¿Qué somos nosotros entonces? ¿Anormales y enfermos? Ni siquiera les hemos dado las gracias como es debido por la cena. Al viejo de pronto le han entrado las prisas por salir de allí, antes incluso del postre. Sorbete de higo chumbo. Dificultad: complicado. Tiempo de preparación: dos horas. Eso dice mi iPhone. Pobre Antje. Ahora estoy esperando a que el viejo se quede dormido. No le gusta que me tumbe a su lado mientras intenta conciliar el sueño. Yo duermo bien, él duerme mal. El sueño te transforma en un cadáver, me dice. ¿Cómo voy a relajarme con una muerta al lado?

Le escribo un sms: «Que duermas bien, Theo. Te quiero».

Su móvil suena en el dormitorio. Lo oigo a través de la delgada pared. No recibo respuesta. Fuera, la oscuridad es total. De vez en cuando aúlla un perro. La primera noche y ya estoy sola en el sofá del salón. Así empieza nuestro ultimísimo intento de arreglar las cosas.

# 3

—Por lo que sea, pero son raros.

Yo lo llamaba «dar un repaso». Apenas había salido una persona de la sala, se desencadenaba un debate sobre el o la ausente en cuestión. Se intercambiaban impresiones, se corregían detalles sobre los juicios de los demás y las especulaciones se convertían en una valoración psicológica consistente. Antje y sus amigas eran expertas en esa disciplina. Yo, por el contrario, constituía el peor compañero que se podía tener para dar un repaso. Si, a pesar de todo, Antje lo intentaba, es que debía de ser urgente.

Yo estaba en el fregadero, rascando los restos de comida de los platos e intentando no hacerle caso a Todd, que me atravesaba con sus miraditas. Desde el principio me había resultado inquietante que no solo se llamara como el difunto perro de mis padres, sino que también fuese idéntico a él. Antje estaba convencida de que habíamos matado al primer Todd dejándolo en Alemania, y yo me temía que, con esa misma convicción, también creía que el segundo Todd era una reencarnación del primero, al que ella había devuelto a la vida gracias a la reutilización de su nombre.

—¿A ti no te lo parece?

Les había vuelto la espalda al perro y a ella. No soportaba que la gente juzgara a los demás. Era como una adicción. Una maldición. Me había marchado de Alemania porque ya no soportaba vivir dentro de una red de juicios mutuos que lo abarcaba todo. Jueces y juzgados se encontraban en permanente estado de guerra y cada cual interpretaba, según la situación, uno u otro papel. Todo lo que explicaban mis clientes de Alemania eran informes del frente enjuiciador. Qué les parecía su jefe. Qué pensaban sus compañeros de trabajo de ellos. Qué opinión les merecía la canciller. Qué pensaban de los demás submarinistas. Después de las primeras tres cervezas de la noche, incluso cómo eran sus mujeres en la cama. Y, al final de las

vacaciones, comentaban en tauchernet.de o algún otro foro de buceo qué les había parecido yo. Como si el ser humano temiera que, o emitía un juicio, o habría de callar para siempre.

—A veces Jola tenía la mirada perdida —dijo Antje—. Como si estuviera en las nubes. Y no come nada. ¿También te ha llamado la atención?

Mi rechazo a emitir juicios tenía un motivo. Antes de marcharme de Alemania la Nochevieja de 1997, había estudiado cinco años de Derecho. Pertenecía a una generación de alumnos que no querían terminar los estudios. Para nosotros, aprobar la selectividad no había sido un logro que nos hiciera felices, sino causa de miedo. La mayoría no teníamos ni idea de qué queríamos hacer con nuestra vida. En el colegio todo había sido fácil. Sabíamos cómo hacer bien las cosas y hasta qué punto podíamos permitirnos la rebeldía. Si algo se torcía, en caso de duda la culpa era siempre del profesor. Yo alargué mi servicio militar un año en el Cuerpo de Buzos del ejército alemán y después me decidí por estudiar Derecho porque, como solía decirse, te abría muchas puertas. No tardé demasiado en aprender a amar la carrera. De nuevo había encontrado algo en lo que sabía hacerlo todo bien. Mientras tomara apuntes en clase y me pasara tres noches por semana en la biblioteca, disfrutaba de la agradable sensación de encontrarme en zona segura. Los exámenes, por regla general, solía sacármelos con más de un nueve. La envidia de mis compañeros hacía innecesario tener que dudar de nada.

Después de cinco años de estudios, la media de mis exámenes finales hacía que la defensa oral pareciera una mera formalidad. Me compré un par de zapatos, busqué la loción para después del afeitado perfecta y fui al barbero. El día de la presentación, cogí el coche para acercarme al Ministerio de Justicia, algo nervioso pero con la sensación de poder celebrar ya mi triunfo.

Cuatro catedráticos en un púlpito alargado. Delante, yo mismo y otro examinado cuya mala nota previa se olía en toda la sala. Cuanto

más rato le apretaban las tuercas los catedráticos a él, más inquieto me removía yo en mi silla. Me senté encima de las manos para no levantar el brazo sin querer, como un empollón en clase de lengua. Intenté establecer contacto visual con los examinadores y hacerles saber mediante el juego de mis cejas que yo conocía la respuesta a todas y cada una de sus preguntas. En pocas palabras, me comporté como un auténtico imbécil.

El catedrático de Derecho Público, Brunsberg, se dirigió por fin a mí. Era conocido por su mal aliento. Según decían, les hablaba a los alumnos directamente a la cara con toda intención y se divertía viendo cómo intentaban no apartar la cabeza por miedo a que les pusiera una mala nota.

—Señor Fiedler —dijo el profesor Brunsberg—, puesto que sabe tanto, seguro que le dirá a usted algo el nombre de Montesquieu.

Empecé a sudar como si me hubieran apretado el botón de encendido. La teoría política no había tenido ninguna relevancia en toda la carrera de Derecho. Habíamos estudiado lo que era el «error invencible sobre la ilicitud del hecho constitutivo de infracción penal», no lo que había dicho un filósofo muerto sobre el funcionamiento del Estado. No tuve más remedio que asentir despacio con la cabeza.

—Bien, señor Fiedler. Pues deletréelo.

—¿Cómo dice?

—¿Es que no hablo claro? ¡Que deletree «Montesquieu»!

En mi mente apareció entonces una hilera imprecisa de letras: la «q», un par de veces la «u», varias «e». Me puse en marcha. El «Montes» salió sin esfuerzo, después siguió el «qu», y a partir de ahí todo quedó en manos de Dios.

—M-o-n-t-e-s-q-u-e-u-e —dije.

Brunsberg dio un golpe en la mesa con la mano plana de puro placer.

—Hasta el «Montes» iba usted bien, señor Fiedler. ¿A eso se ha dedicado estos últimos años? ¿A pasear por el monte?

Vi claro que no pensaba aflojar. Quería acabar conmigo.

—Segundo intento, señor Fiedler. Que no somos unos monstruos.

La camisa se me pegaba a la espalda bajo la americana. En cierto

punto del trasero sentía un picor tan insoportable que me estaba volviendo loco. Escupí una macedonia de letras que no tenía mucho que ver con «Montesquieu». El humor de Brunsberg se ensombreció de súbito. Sus colegas miraban aburridos por la ventana. Fuera, unos cuantos gorriones se peleaban por conseguir los mejores sitios sobre el alféizar.

—Bien, señor Fiedler. O, mejor dicho, nada bien. La pregunta tiene una segunda parte. Querrá usted asegurarse un cincuenta por ciento del examen, ¿verdad? Pues entonces, dígame enseguida el nombre de pila del santo padre de la disciplina del Derecho Público.

Me tomé mi tiempo. Me había aprendido de memoria esquemas de catorce formas diferentes de demanda. Me sabía la resolución del Tribunal Constitucional Federal sobre el Tratado de Maastricht. Mientras las refriegas de los gorriones se hacían más intensas, yo me preguntaba cómo era posible que ni Voltaire ni Montesquieu parecieran tener nombre de pila. En Thomas Hobbes y John Locke, formaban parte natural del todo junto con el apellido.

Me sentí tranquilo al decir «Friedrich» alto y claro. Ese era el nombre de pila de Brunsberg. El resto del examen se lo tragó la niebla.

Dos horas después, cuando volvieron a llamarnos a la sala para darnos nuestros resultados, me había convertido en otra persona. Ya no me entendía a mí mismo. ¿De verdad me había gastado cuatro mil marcos en pagar a los profesores que me habían preparado para la defensa oral, me había pasado ocho horas al día en la biblioteca y había hecho un examen de prueba de seis horas cada semana, solo para acabar entrando en el Club de los Gilipollas? La perspectiva de pertenecer durante el resto de mi vida a una profesión en la que gente como Brunsberg llevaba la voz cantante me daba ganas de vomitar.

Quizá, a pesar de todo, la vida habría seguido su curso si me hubieran restado medio punto de la nota global por un examen tan lamentable. Yo me habría enfadado, en el segundo examen oficial lo habría hecho mejor y habría conseguido un trabajo decente en alguna cancillería. Pero me había superado a mí mismo. Precisamente Brunsberg me había dado casi la puntuación más alta. Cuando me estrechó la mano, enseñó los dientes con alegría.

—Es usted un buen jurista, señor Fiedler —dijo—. Si se interesa un poco por el trasfondo filosófico de la jurisprudencia, llegará a ser aún mejor.

El hecho de que, según parecía, me dirigiera ese comentario con buena intención hizo que en mi cabeza se encendiera una luz interior. Todo yo brillaba de lucidez. Mis amigos me rodearon para felicitarme. El otro candidato había suspendido y estaba solo junto a la ventana, lloriqueando. No oí nada más de lo que me dijeron. Mentalmente, yo ya había abandonado el país.

Charles-Louis de Secondat, señor de La Brède y barón de Montesquieu. A partir de entonces no hubo ningún problema que no pudiera solucionarse con esa fórmula. «Montesquieu» me impedía emitir juicios sobre otras personas, entrometerme en sus vidas e incluso ofrecerles consejo, aunque fuera de buena fe. Ya no quería tener nada más que ver con Alemania, a la cual empecé a llamar «la zona de guerra». Cuando, poco después, comencé una nueva vida en la isla, esa «política de no intromisión» fue la base sobre la que construí mi visión del mundo.

—A lo mejor es drogadicta —dijo Antje—. Muchas actrices tienen problemas con las drogas.

Cerré la puerta del lavavajillas y le pisé una pata a Todd, que estaba en medio.

—No digas chorradas —repuse.

Sonó más severo de lo que había sido mi intención. Para no dejar relucir que me había equivocado en el tono, la siguiente frase tenía que salir igual de brusca.

—Si se droga no puede hacer inmersiones. Estaría obligada a contármelo.

Antje compartía con Todd la costumbre de mirar cándidamente cuando le echaban la bronca.

—¿Sabes qué creo? —preguntó—. Que a una mujer como Jola le iría bien tener un hijo. Piensa en Luisa. O en Valentina. Lo nerviosas

que estaban siempre y lo tranquilas que están desde que tienen niños.

Antje contaba con una gran cantidad de amigas españolas que la envidiaban por su pelo rubio, y todas ellas o bien tenían niños o bien los esperaban, o ambas cosas a la vez. A mí me sacaba de quicio que Antje no dejara pasar ni una oportunidad de transmitirme con indirectas su propio deseo de ser madre.

—¿No te parece que un hijo le sentaría bien?

—Sabes perfectamente que no quiero tener hijos —contesté—. Así que vale ya con esa mierda.

Antje bajó entonces la cabeza. La dejé plantada junto al lavavajillas y me fui a la cama. Allí, una sensación de malestar me impedía dormir. Cuando ella se deslizó entre las sábanas sin hacer ruido, yo cerré los ojos con fuerza y me volví hacia la pared.

# 4

El mar casi no se oía; el aire estaba inmóvil y extrañamente cálido para las ocho de la mañana. El silencio del viento me ponía nervioso. Cuando alguien callaba así, era que tramaba algo.

Los vi a ambos desde la terraza de la azotea, de donde recogí mis sandalias y dos toallas. Estaban frente a la Casa Raya, esperándome. Theo alargó una mano hacia Jola. Pellizcó la piel blanda de la parte interior de su brazo con dos dedos. Cuando Jola hizo el gesto de zafarse, él la apretó con más fuerza; vi el dolor en su cara. Sin soltar el pliegue de piel, Theo le acarició la mejilla con la otra mano y empezó a hablarle con insistencia. Yo oía su voz, pero no entendía lo que decía.

Una vez había sorprendido a Antje de pie ante el espejo del cuarto de baño con el brazo levantado, observando de mal humor sus tríceps: zona problemática.

Theo liberó el brazo de Jola para, acto seguido, atenazarle la carne por encima del hueso de la cadera, donde todas las mujeres que no estaban anoréxicas tenían una pequeña reserva de grasa. Apretó dos veces y se apartó de ella para encenderse un cigarrillo.



En el coche les pregunté qué era el límite de no descompresión. Jola respondió que era la cantidad de minutos que podías pasar bajo el agua. Theo añadió que tenía algo que ver con el nitrógeno.

Durante el desayuno, como siempre antes de la primera inmersión, Antje me había comentado el nivel de experiencia de los nuevos clientes. Theo y Jola habían hecho un curso hacía varios años, durante un viaje a Vietnam, se habían sacado el Open Water Diver y nada más. Sus *logbooks* no documentaban más de diez inmersiones. O sea que un poco de teoría no les haría daño. En el fondo, el submarinismo no era

un deporte peligroso siempre que se interiorizaran unas cuantas reglas. La mayoría de los principiantes se aprendían de memoria un par de frases y fórmulas para el examen de la licencia de buceo y enseguida se olvidaban de ellas. Tal vez fueran capaces de recitar que el límite de no descompresión era el tiempo que el buceador podía permanecer a una determinada profundidad sin poner en peligro su salud en caso de regresar a la superficie de forma repentina. Pero solo unos pocos eran capaces de imaginar lo que suponía algo así bajo el agua. Y, sobre todo, la mayoría no quería reconocer que su vida podía llegar a depender de ese cálculo. Yo alardeaba de ser un profesor muy escrupuloso en ese punto.

Mientras íbamos en dirección a Puerto del Carmen, empecé con mis explicaciones estándar. La gran presión que se daba bajo el agua hacía que el nitrógeno se almacenara en el cuerpo, en la sangre, en los tejidos y en los huesos. Era fácil hacerse una idea comparándolo con las burbujas de una botella de agua con gas: mientras la botella permaneciera cerrada y mantuviera la presión, ningún problema. Pero ¿qué sucedía cuando se abría demasiado deprisa? Algo similar le ocurría al cuerpo si se sobrepasaba el límite de no descompresión y se regresaba demasiado deprisa a la superficie. No era nada bonito.

De pronto Jola exclamó:

—¡Para!

Pisé el freno con fuerza. Se había levantado a medias en el asiento del acompañante.

—¿Has visto lo que había en la carretera?

Asomando el cuerpo por la ventanilla abierta, miré atrás.

—¡Ahí no hay nadie! —contesté.

—«Querer es poder» —dijo Jola—. En letras grandes, escrito con espray y cruzado sobre el asfalto.

Solté un suspiro, puse las manos en el volante, me concentré en relajar los hombros.

—¿Estás loca? ¿Cómo me pegas ese susto?

Un coche nos adelantó tocando la bocina.

—Es un mensaje —dijo Jola—. Para mí. ¡Justamente está escrito en alemán!

—Parece una idea muy alemana. —Theo tenía un bloc de notas sobre las rodillas y escribía algo—. Buen título.

—Puedo conseguir a Lotte —dijo Jola—. Solo es cuestión de voluntad.

—No hasta que aprendas lo que es el límite de no descompresión —añadí—. De aquí a Puerto del Carmen ya lo habréis entendido.

Metí la primera y aceleré.

Primero bajamos caminando por la carretera hasta la Playa Chica sin el equipo. Les señalé una boya que flotaba en el agua a unos setenta metros frente a la orilla.

—¿Solo ir y volver? —preguntó Jola.

—A un ritmo tranquilo —contesté.

—Ya tenemos experiencia en inmersiones —protestó Theo.

—Solo quiero hacerme una idea de vuestra condición física —expliqué.

Jola se había quitado ya la blusa sin mangas por la cabeza, se deshizo de los vaqueros y se quedó allí de pie en biquini. Theo miraba alrededor como si buscara a un ayuda de cámara. O por lo menos una caseta de baño. Le sujeté la americana de su traje de lino.

Mientras él se ponía a la pata coja para quitarse los pantalones, yo contemplé a su novia. En mi profesión se tenía contacto con muchos cuerpos. La mayoría de los clientes intentaban esconderse como podían junto a la parte trasera de mi furgoneta Volkswagen. Se quedaban allí con sus calcetines grises y su ropa interior de gomas cedidas, mirando al suelo porque se avergonzaban de sus protuberancias, sus manchas y sus arrugas. Jola, por el contrario, no se ocultaba. Se quedó de pie en mitad del muelle, entrecerrando los ojos y oteando el horizonte. Era perfecta, una estatua viviente. Bien entrenada y, aun así, flexible. Me aseguré de que eso no representaba ningún juicio por mi parte. Era sencillamente la constatación de un hecho. Sabía muy bien lo que costaba un cuerpo así. No solo tiempo, dinero y disciplina, sino también cierta sensibilidad para encontrar la

justa medida de las cosas. La conciencia de que la belleza no está en el extremo, sino en buscar el equilibrio. Jola había dado forma a su cuerpo como una artista. Admiré el resultado sin reservas. Me hubiese gustado dedicarle un cumplido, de experto a experta, pero el peligro de que se produjera un malentendido era demasiado alto.

—Apártate del sol —le dijo Theo—. Se te ve la piel de naranja.

Jola dobló las rodillas y saltó de cabeza desde el muro del muelle antes de que yo pudiera llamarla al orden. Me planteé si era necesario interrumpir el ejercicio y darles una charla sobre seguridad. Como aficionada a los deportes náuticos, quizá Jola fuera capaz de calcular la profundidad del agua en un amarradero. Aun así, era preceptivo realizar una comprobación antes de saltar. Decidí no soltarle un sermón; era su primer día. Theo, con una mano en la barandilla, bajó escalón a escalón hasta meterse en el agua.

Mientras Jola nadaba dando tranquilas brazadas de crol, Theo iba alternando entre braza y espalda. Ella había recorrido ya la mitad del trayecto de vuelta cuando él consiguió llegar a la boya, pero se volvió de espaldas para esperarlo.

—¡Venga, que estás hecho una tortuga! —exclamó.

Agitó las piernas y le salpicó agua a la cara.

Después huyó riendo, pero no hacia el muelle, sino un poco más allá, en dirección a la playa. Theo la alcanzó en el agua poco profunda. Jola se defendió, se puso a chillar, pataleó a su alrededor; él la asió con fuerza de la cintura. Yo no intervine. Parecían dos niños riñendo. Creí oírlos reír. Entonces Theo levantó en alto a su novia y la lanzó lejos. Jola soltó un grito. Donde no cubría, todas las rocas estaban repletas de erizos de mar. Theo salió del agua, se puso la americana de lino, mojado como estaba, y corrió por el paseo hacia los lavabos públicos.

Yo me alarmé al ver cojear a Jola. Mientras se acercaba a mí, levantó la mano para tranquilizarme. Nos sentamos en un banco que había junto al muelle, le cogí el pie y lo apoyé sobre mi rodilla. La púa del erizo se le había clavado en la planta y se había roto. Abrí mi navaja y me esforcé por sostener su pie como si fuera un objeto. Cuando conseguí atrapar la púa y tirar de ella, me miró directamente

a la cara.

—A partir de ahora se ha acabado hacer el tonto por ahí —dije—. Es muy fácil que pasen estas cosas.

—Créeme. —Se frotó el pie—. Ha sido adrede.

Las plazas de aparcamiento que había alrededor de la Playa Chica estaban asignadas siguiendo una ley no escrita. La Transit blanca de Bernie con el rótulo de «WonderDive» estaba aparcada en la zona prohibida de la escalera que subía al paseo; su gente y él ya estaban en el agua. Yo, como siempre, dejé mi Volkswagen frente a la entrada de la casa del viejo español que una vez al día salía para comunicarme que me haría de todo si le estropeaba la valla. Theo esperaba apoyado en la furgoneta. Se quitó el cigarrillo de la boca para darle un beso en la frente a Jola, y ella se le arrimó entonces con cariño. Les advertí que, en adelante, se habían acabado las bromitas, y los dos asintieron con la cabeza como si lo hubiesen entendido. Extendí los planos en el suelo y repartí trajes húmedos, chalecos de compensación, botellas, aletas y máscaras de buceo. Me quité las bermudas y metí los pies en las sandalias. Jola le dio un breve repaso a mi bañador.

—Mira —le dijo a Theo—, a eso lo llamo yo estar bien equipado.

La forma en que enfatizó el «eso» habría sido capaz de hundir cualquier ego masculino. Theo, sin embargo, arrugaba la frente contemplando los reguladores de buceo y los diferentes latiguillos que salían de los chalecos, intentando recordar cómo funcionaban esos cacharros. Con ese ancho bañador bermuda que lo ocultaba todo de cintura para abajo le costaría bastante meterse dentro del traje de neopreno.

Para refrescar sus conocimientos, realicé el programa de principiantes al completo. Les enseñé cómo podían introducir aire en los chalecos compensadores y cómo sacarlo otra vez. Cómo se conectaba el regulador por el que respirarían y que extraía el aire de la botella a la presión del entorno. Cómo se sujetaba la botella al chaleco y cómo se colocaba todo el conjunto a la espalda. Hice

especial hincapié en los principios fundamentales: la atención, la prevención y la cooperación entre los compañeros de buceo. Ellos dos escucharon, hicieron preguntas y se ayudaron uno al otro a colocarse el equipo.

Una hora después flotaban como dos corchos en el agua con sus chalecos inflados. Les recordé las señales de las manos, les pedí que comprobaran lo llenas que estaban sus botellas interpretando el manómetro y que vaciaran el agua de las máscaras. Practicamos cómo suministrarnos oxígeno unos a otros en caso de emergencia pasándonos el llamado *octopus*, un segundo regulador por el que se podía respirar de la botella del compañero. Lo hicieron todo bien. Nadamos un poco para alejarnos de la cala y entonces formé un círculo con el pulgar y el índice: la señal de «ok». Ellos repitieron el gesto para comunicarme que todo iba bien. Nos sumergimos.

A apenas tres metros de profundidad nos arrodillamos sobre el fondo. Los dos respiraban algo deprisa y sujetaban los reguladores con una mano, como si pudieran caérseles de la boca si no lo hacían, pero era normal entre principiantes. La mayoría de los clientes experimentaban una pequeña conmoción la primera vez que respiraban bajo el agua. Después, había reacciones para todo. Unos sentían una euforia increíble, una especie de orgasmo mental desencadenado por el hecho de que, ayudados de la técnica, le habían ganado la partida al elemento enemigo. Estaban completamente rodeados de agua y, aun así, respiraban con tanta libertad como un pez. Eran invitados en un universo extraño. Otros se sentían incómodos. Notaban que no pertenecían a ese mundo, no se fiaban del aparataje que les proporcionaba oxígeno y les invadía el impulso de regresar cuanto antes a la superficie. Esas personas no encontraban tranquilidad bajo el agua. Solo tras mucha práctica se podía hacer de ellos buenos submarinistas.

Enseguida tuve claro quién de los dos pertenecía a cada categoría. En la cara de Theo, a pesar de la máscara, reconocí una sonrisa resplandeciente. Sus rodillas tocaron el fondo con ligereza, estaba dispuesto a abandonarse en manos de la ingravidez. Su mirada siguió a un pez loro que se aproximó despacio, nos miró y examinó una vez

más las gafas de Theo antes de alejarse por fin en dirección a un río de lava solidificada. Supe lo que sentía Theo. Uno de los momentos más felices de su vida.

Jola, en cambio, volvía la cabeza nerviosa de aquí para allá, como si desde cualquier dirección pudiera sobrevenirle un ataque. Sus aletas levantaban remolinos de arena que le enturbiaban la vista. Con una mano sostenía el regulador, la otra no hacía más que sacudirla para mantener el equilibrio. Me acerqué a ella nadando y le hice la señal de «ok». Durante varios segundos me miró sin entender nada, después contestó. Para distraerla, le pedí que realizara pequeñas maniobras. Nadar unos cuantos metros, utilizar el inflador, leer el manómetro y el profundímetro. Le enseñé cómo podía equilibrarse en el agua cogiendo aire o soltándolo conscientemente. Señalé unas sardinas que cruzaron como un rayo por el agua a cierta distancia. Fuimos ganando profundidad sin darnos cuenta. Por fin sonrió y asintió con la cabeza.

Le hice una señal a Theo para que se acercara e incluirlo a él también en los ejercicios. Empezamos con el *hovering*, intentar mantenerse por lo menos un minuto lo más inmóvil posible, pendiendo en el agua. Estaban los dos muy juntos, con los brazos cruzados, y se concentraban en respirar despacio para que la cantidad de aire de sus pulmones no los hiciera ascender ni hundirse más. Yo estaba mirando ya el reloj para dar por concluido el minuto previsto cuando de pronto Theo agarró su regulador y, nervioso, le dio un par de vueltas. Arrancó el *octopus* de su soporte, se lo llevó a la boca y volvió a soltarlo al instante. Evidentemente, todavía no contaba con la costumbre de realizar la señal adecuada; aun así, comprendí que no le llegaba aire por ninguna de las dos boquillas. Antes de que pudiera acercarme a él para ofrecerle mi *octopus* como habíamos hablado para casos de emergencia, se impulsó con los pies contra el fondo y salió disparado hacia la superficie. No tuve tiempo de impedírselo. A una profundidad de ocho metros, eso no representaba ningún problema. A profundidades mayores, en el peor de los casos una acción así podía costarle la vida.

Lo seguí deprisa hasta la superficie e indiqué a Jola que subiera también. Me costó trabajo evitar que Theo tragara más agua aún

mientras tosía. Con ocho kilos de plomo en el cinturón de lastre, pesaba como un pilar de hormigón en mis brazos. Mientras yo intentaba inflar su chaleco sin conseguirlo, deduje lo que había sucedido. La risa que sacudía a Jola hizo que sobrara toda explicación. Haciendo el *hovering*, ella se había colocado detrás de Theo y le había cerrado la válvula.

Mientras avanzábamos hacia la playa, mi ira creció tanto que tuve que apretar los dientes para no ponerme a gritar. Apenas alcanzamos la orilla, ya no pude contenerme. No pensaba repetirlo ni una vez más: a partir de ese momento solo tenían una oportunidad. Como alguno de los dos se atreviera a organizar otra chiquillada así o alguna otra gilipollez igual de peligrosa, cancelaría su cursillo, y me importaba una mierda quiénes fueran, quiénes se hubieran creído o cuánto me pagaran. En tierra firme podían abrirse la cabeza uno al otro, pero bajo el agua había que seguir mis reglas. Allí abajo tenían que comportarse como adultos. Bajo el agua eran compañeros, la vida y la muerte del uno estaban en manos del otro.

Callaron, consternados. Incluso Theo parecía asustado. Por lo visto no me habían creído capaz de semejante cabreo. Anuncié que me iba a tomar un café. Mientras tanto, podían pensarse si estaban dispuestos a atenerse a mis reglas o si preferían poner fin a nuestro acuerdo en ese mismo instante. Dicho eso, los dejé allí plantados. En el café Wunder Bar había pastel de queso alemán. Algo que yo a veces necesitaba. La ira fue remitiendo lentamente.

## Diario de Jola, segundo día

*Domingo, 13 de noviembre. Por la tarde*

Se ha puesto hecho una furia. Apenas hemos entrado, hemos dejado las bolsas y hemos colgado las toallas mojadas, va y me coge del brazo y me lanza hacia la otra punta de la habitación. No ha sido por lo de la válvula. No ha sido por el sermón del equipo. Sino porque lo he dejado en ridículo cuando hemos tenido que nadar. ¿Y qué tendría que haber hecho, viejo? ¿Nadar despacio a propósito? ¿Para que tú no parecieras una tortuga? Dice que los dos sabemos que no dejo pasar ni una oportunidad para ponerlo en evidencia. Que debería disculparme porque, si no, me dará pero bien. Me darás pero bien de todas formas, tarde o temprano, le he dicho yo. Me ha agarrado del pelo. Temo por mi pelo. Mi pelo es parte de mi capital. Perdona, le he dicho. Me ha soltado, pero seguía teniendo esa expresión.

Qué imbécil soy por creer que unas vacaciones podrían cambiar algo. Hace ya años que el viejo escribió: «Emigrar. Eso solo cobraría sentido si el país al que huimos no fuéramos siempre más que nosotros mismos». Cómo lo amo en esas frases… Precisamente por eso ya no me permite leer nada. De esa forma me deja sin él. Hace como si no trabajara. Borra sus cosas. Las esconde. No publica. Me miente. Porque no quiere darme el placer de vivir con un escritor. Me merezco a un fracasado, no más.

Qué tranquilo es esto. La soledad de Lahora es como la respiración bajo el agua. Bonita, pero un poco inquietante. Ni siquiera tengo un coche para salir de aquí. Rilke: ¿Quién, si gritara yo, me oiría…? Respuesta: Como mucho, Sven. Me aseguraré de tenerlo siempre cerca. ¡Qué lástima me ha dado que haya tenido que enfadarse tanto por nuestra culpa! Estaba allí de pie, rodeado por los escombros de su pequeño mundo de instructor de buceo, temblando de rabia. Yo me he

quedado perpleja ante su perplejidad. Porque he comprendido que no nos comprende. Sven es una persona que jamás le quitaría el aire a nadie. Él ni siquiera sabía que hubiera gente capaz de hacer algo así. De pronto he sentido algo parecido a la añoranza. Me esforzaré mucho, por él. Por Lotte. Bajo el agua me he sentido muy cerca de ella. Despierta y ágil como un pez. Mientras Theo flotaba cerca del fondo como un saco de patatas.

No tendríamos que estar de vacaciones. El viejo podría proponerse escribir un libro sobre la isla. Yo puedo ensayar para el papel de Lotte. Eso es lo hermoso de las profesiones artísticas. Que todo puede considerarse trabajo y, así, no te llevas una decepción si luego te parece una mierda.

# 5

El Lobster's Paradise solo se conocía si te habían dado un soplo. Era uno de esos sitios en los que había que reservar con un par de días de antelación. Bueno, por lo menos para quien no fuera amigo de Geoffrey. Geoffrey era de Irlanda del Norte y en algún momento se había hartado de la guerra. Su pareja, Sascha, había sido jugador profesional de balonmano en la selección yugoslava hacía veinte años. Cuando también allí estalló la guerra, consiguió que lo fichara un equipo español. Con el tiempo había llegado a dirigir durante el día una escuela de parapente cerca de Famara, y de noche ayudaba en el restaurante. La mitad de la isla estaba dirigida por emigrados. La mayoría de nosotros solíamos andar mucho juntos, por lo que yo siempre conseguía mesa en el Lobster's.

Con su idea de negocio, Geoffrey se había forrado. El Lobster's estaba en medio de ninguna parte, perdido en el escabroso paisaje de malpaís que rodeaba el macizo de Famara. No había letreros indicadores; los últimos trescientos metros había que recorrerlos a pie. Dentro siempre había demasiada gente y hacía demasiado calor. Solo servían dos platos: bogavante y conejo. Nadie pedía conejo.

Habían insistido en invitarme. Después del incidente de esa mañana, yo tenía muy pocas ganas de salir con ellos, pero, según nuestro acuerdo, tenía que estar disponible las veinticuatro horas para realizar actividades de ocio. Ya que los había llevado al Lobster's y los había acompañado hasta la entrada, no iba a quedarme fuera esperando.

Los dos se estaban esforzando. Theo le sostuvo la puerta abierta a Jola y le retiró la silla para que se sentara. Ella llevaba una cinta azul en el pelo que le daba un aire simpático y un poco anticuado. Geoffrey estuvo entusiasmado de poder comentar la carta de vinos con un entendido como Theo y, además de la botella que habíamos pedido, nos trajo otra para que la probáramos. A pesar de mis protestas, Theo me sirvió, y no tuve más remedio que reconocer que era un blanco

extraordinario.

Después se pusieron a hablar de su vida en Alemania. Mejor dicho, Theo hablaba mientras Jola lo miraba atentamente, las dos manos sobre la mesa como una esposa bien educada. El vino y las miradas de ella lo fueron animando; hablaba por los codos.

El escritor, decía Theo, en el fondo era una especie de gran empresario. Miles y miles de personas vivían de su trabajo. Empleados de editoriales, libreros, bibliotecarios, profesores, críticos, traductores, impresores, redactores culturales de la televisión y la radio, además de todo el sector teatral, con sus actores, dramaturgos, directores y técnicos de recursos escénicos, y también toda la rama cinematográfica: todos ellos existían únicamente para el uso de los textos. ¿Y qué era el autor? Nada. El eslabón más débil de la cadena alimentaria. Merecedor de desprecio, de burlas; rara vez aclamado, casi siempre ignorado. Un don nadie que se atormentaba por las noches frente a su escritorio para, al final, dejar que unos impotentes artísticos lo tildaran de bazofia.

Jola posó una mano en su brazo y comentó que a él muchos críticos lo habían calificado, no de bazofia, sino de portador de esperanza.

Era cuestión de principios, insistió Theo. ¿De dónde se sacaba una persona que nunca había creado nada artístico el derecho a juzgar el trabajo de otra? Incluso cuando elogiaba, el crítico se consideraba a sí mismo más importante que el autor al que estaba juzgando. Un mundo que alentaba el horrorizarse como forma de vida era un mundo equivocado.

Yo conocía esa sensación. Cuando me imaginaba la vida de Theo, una ruedecilla en el engranaje de la gran maquinaria enjuiciadora, se me erizaba el vello de la nuca.

En general, dijo Jola, Theo tenía toda la razón. A ella le sucedía algo semejante: hasta el último imbécil que por puro miedo a que lo hicieran subir al escenario se sentaba siempre al fondo en los cafés-teatro se sentía autorizado a opinar sobre sus habilidades interpretativas en internet.

—¡Hace falta una ley! —exclamó Theo—. El que critique a otro sin someterse a sí mismo a la crítica será castigado con la prohibición de

hablar durante no menos de dos años.

Cruzaron una sonrisa de conformidad. Me gustaba escuchar cuando mis clientes despotricaban contra Alemania. A mis oídos eran como soldados del frente que, estando de permiso, explicaban historias de la zona de guerra. Me recordaban aquello de lo que había huido. Me transmitían la sensación de estar haciéndolo todo bien. Tapé la copa con la mano cuando Theo fue a servirme más vino y me pasé al agua mineral. Llegó la comida. Rechazamos la guarnición. Nos hundimos hasta los codos en salsa de bogavante.

Jola preguntó por qué me había marchado de Alemania. Les expliqué lo de Brunsberg y Montesquieu. Se desternillaron de risa. Mientras yo miraba a Jola, que ya no parecía una actriz, sino simplemente una joven traviesa, pensé en esa mañana. De pronto, aquello de la válvula cerrada me pareció menos trágico.

Todavía riendo, pregunté por qué no se quedaban en la isla y punto, como todos los que ya no tenían ganas de seguir viviendo en ese estrés absurdo y ese clima espantoso. Theo hundió las manos en el agua de limón y respondió muy serio: que me envidiaba y me compadecía a partes iguales. Arrancó la siguiente cola de bogavante, retiró un hilo de tripa y le pasó a Jola el trozo más jugoso del centro.

—Con el dinero de su familia, Jola podría comprar una finca de lujo —dijo Theo—. Sobre la colina de basalto más hermosa. Con yate incluido.

Jola torció el gesto. Los ánimos habían caído y se percibía en el ambiente.

—Yo no soy mi familia —repuso.

—Que yo me deje mantener por ella en Berlín o aquí da completamente igual. Quizá aquí sería incluso menos humillante.

Theo rió para demostrar que había hecho un chiste.

Cuando quiso besar a Jola, ella se apartó. La primera botella de vino blanco estaba vacía.

—Pero no puedo abandonar el campo de batalla sin pelear —siguió diciendo Theo—. Jola y yo somos de naturaleza combativa. ¿A que sí?

Ella miró hacia otro lado. Durante ese silencio, Geoffrey trajo la siguiente botella sin que se la hubiéramos pedido, nos preguntó qué

pensábamos de la gestión de la deuda pública de Estados Unidos y abandonó la mesa antes de que nadie pudiera contestar. Siempre hacía lo mismo. Jola se puso a hablar sobre Estados Unidos, país que creía conocer bien después de haber asistido a un taller de teatro en Nueva York. Yo ya estaba acostumbrado a no poder salvar a la gente. Me recliné en la silla a escuchar. A fin de cuentas, era mejor así. Un paraíso dejaría de ser un paraíso si media humanidad se trasladaba allí. Y una isla, más aún.

Después de cenar se levantó un temporal que se alargó hasta la calma chicha de la madrugada. El viento nos tiraba de las perneras y nos cortaba los rostros. Nosotros nos enfrentamos a él riendo. Theo llevaba a Jola bien sujeta de la cintura mientras caminaban.

—¡No vayas a salir volando! —exclamó, y le dio un beso en el pelo.

A toda costa querían ir al Mirador, la famosa cafetería con terraza de vistas espectaculares que César Manrique, el artista local por excelencia, había construido sobre la roca en el punto más elevado del macizo de Famara. Antje decía que Manrique era un Hundertwasser para pobres. La isla entera estaba llena de su basura de gran formato. Pero a los turistas les encantaban sus figuras naíf, hacían cola ante sus edificios y compraban postales de carteles de lavabos en las que se veían hombrecillos con órganos sexuales sobredimensionados. Por suerte, Manrique había fallecido antes de que pudiera transformar la isla entera en una obra de arte total.

Aunque objeté que a las diez de la noche no había nada que ver en el Mirador del Río —la cafetería había cerrado ya y estaba completamente rodeada por un muro—, no me hicieron ningún caso. Así que, nada, a dar un paseo para hacer la digestión. Jola disimuló el hecho de que ya había comprado mi consentimiento con una carita de «por favor, por favor».

Enfilamos la carretera que recorría los acantilados bordeada por un murete bajo. Tras él, una franja de tierra desnuda y, luego, la caída del precipicio. Quinientos metros de pared vertical de piedra; abajo, el

mar enfurecido. Una media luna pendía en el cielo, rodeada de una corona de luz blanca. Negros jirones de nubes la cruzaban a toda velocidad y hacían pensar que estaba uno viendo pasar la Tierra por el cosmos a un ritmo vertiginoso. Una visión que provocaba un ruido en el pecho. De pronto, Jola alargó la mano hacia mí y me acercó a ella. Caminábamos los tres juntos en un estrecho abrazo. Jola estaba resguardada y segura en el centro, y nos iba mirando a uno y a otro. Yo sentía sus dedos en mi cadera y no podía evitar que mi brazo tocara el de Theo. Era absurdo y precioso.

Entonces me sonó el móvil. Sabía que era Antje, que querría preguntarme cómo había ido la noche, a qué hora llegaríamos a casa y si había que preparar algo para la mañana siguiente. Era una de sus costumbres llamar varias veces al día, lo mismo daba si mi opinión era necesaria o no. Normalmente yo no tenía nada en contra. Al fin y al cabo, llevábamos una empresa que precisaba un gran despliegue logístico. En ese momento, sin embargo, me lo tomé como una interrupción buscada. Solté a Jola y desanduve un poco el camino para refugiarme del viento en el abrigo que ofrecía la puerta cerrada del Mirador. Grité al teléfono que todo iba bien y que pronto estaríamos en la furgoneta. Apenas lograba entender lo que me decía ella.

Cuando volví a la carretera, Theo y Jola habían desaparecido. Corrí un rato de aquí para allá, gritando sus nombres, aturdido como una oveja que ha perdido a sus corderos. Después me quedé quieto y reflexioné. Recorrí con la mirada la arista de piedra bañada por la luz de la luna hasta una distancia de varios cientos de metros. Había estado hablando por teléfono dos minutos como mucho, así que no podían haber ido muy lejos. El terreno era llano en todas direcciones y nada entorpecía mi visión. Excepto en el tramo que ocultaba el Mirador.

Cogí impulso para saltar el murete que bordeaba la carretera y seguí la pared exterior del Mirador hasta el borde del acantilado. A través del portón de rejas cerrado que había al final del muro se veía la terraza de la cafetería. Durante el día, junto a su barandilla había teutones agobiados que fotografiaban a sus mujeres valiéndose de

equipamiento de alta tecnología —«¡Pero no me saques a contraluz, Robert!»— con la sobrecogedora vista de la vecina isla de La Graciosa al fondo.

Enseguida los vi. Habían trepado por las rejas y estaban ya en la terraza. Mejor dicho: sobre la barandilla de la terraza. Iban uno detrás del otro, los brazos extendidos como dos funambulistas. A su izquierda, medio kilómetro de caída libre. El viento que soplaba del mar hacía de las suyas y aumentaba de pronto su fuerza para luego aflojar de nuevo, de modo que obligaba a sus cuerpos a tambalearse. Me prohibí trepar por la reja para ir tras ellos; el peligro de sobresaltarlos era demasiado grande. Ni siquiera me atrevía a gritar. Pensé en las botellas de vino del Lobster's. Me temblaban los brazos, estaba medio subido al portón, con los dos puños aferrados a las rejas metálicas. Theo esperó a Jola al final de la barandilla. La atrapó con ambos brazos. Primero pensé que se besarían, pero entonces me di cuenta de que estaban luchando. Oí un grito y en ese mismo instante comprendí que era yo mismo el que lo había proferido. Jola me oyó. Su cuerpo giró en redondo y arrastró consigo a Theo; por unos instantes no estuvo claro hacia qué lado caerían. Aterrizaron casi al mismo tiempo sobre el suelo de baldosas de la plataforma de la terraza.

No esperé a que se levantaran. Corrí solo a través de la oscuridad, de vuelta a la furgoneta. Una vez allí me di cuenta de que estaba empapado de arriba abajo. Había empezado a llover, la luna había desaparecido, toda la meseta parecía tachada por líneas diagonales como salidas de la mano de un dibujante. Sentí unas ganas enormes de arrancar y dejarlos tirados. En lugar de eso, me senté inmóvil al volante, congelado, mirando fijamente la lluvia hasta que Jola y Theo se acercaron corriendo. Abrieron de golpe la puerta lateral de la furgo y subieron a la parte de atrás. Puse el motor en marcha sin decir palabra.

Durante el trayecto me esforcé por no mirar el espejo retrovisor. Jola y Theo se besaban como posesos en el asiento trasero. No quería saber qué hacían sus manos. Mantuve la mirada fija en la carretera, pensando cómo acabaría aquello. Todavía no había terminado de

pagar los plazos del compresor de Nitrox del garaje, y la Casa Raya necesitaba ventanas nuevas con urgencia. Pero ¿de verdad era necesario que me dejara comprar así? Por regla general, no tenía que preocuparme demasiado del buen comportamiento de mis alumnos de buceo. El Atlántico ya infundía bastante respeto. Por regla general. Claro que lo último que le pedía yo a una persona, me dije, era que se atuviera a la regla general. De hecho, mi trabajo consistía en ocuparme de que nadie muriera. Pero bajo el agua. En tierra firme podían abrirse la cabeza si querían; hasta yo mismo se lo había dicho ya. Lo que hicieran fuera del agua, a mí me traía sin cuidado. Política de no intromisión. Sentí que empezaba a tranquilizarme.

Los limpiaparabrisas luchaban como locos contra las masas de agua. La luz de los faros no alcanzaba ni a cincuenta metros. Un zorro empapado se agazapaba en el borde de la carretera. Daba lástima verlo. Que yo sepa, en la isla no hay zorros.

## Diario de Jola, tercer día

*Lunes, 14 de noviembre. Dos de la madrugada*

Tenía que salir. Dentro me faltaba el aire. El temporal ha desgarrado el cielo, ya no llueve. Han pasado siete años desde que nos conocimos. La tradicional fiesta estival en nuestra casa de campo. Trescientos invitados; entre ellos, las caras habituales de la vanguardia de actores alemanes. Papá terminará con agujetas de tanto abrir los brazos, su sonrisa llega desde el ala este a la oeste. Acaba de conseguirme un papel en *Amores y odios*, yo le he prometido esforzarme mucho. Ya he rodado los primeros capítulos con gran solvencia, lo cual interpreto como el principio de una carrera brillante. Tengo veintitrés años y llevo un vestido de leopardo con el cuello cerrado. Las miradas de las otras actrices me hacen cosquillas en la nuca. Aún hoy puedo sentir lo deslumbrante que estaba esa noche.

Papá ha subido al escenario del jardín con los brazos extendidos y dice algo de un debut muy celebrado. Un escritor sale al escenario. No es un hombre guapo. Se coloca con torpeza tras el atril y va cambiando la pierna sobre la que apoya su peso. Lee de un papel. Frases que son como neurotoxinas. Yo estoy ahí delante y ya no puedo moverme.

«Hay días en los que quisiera responder a todas las preguntas con mi propio nombre.»

«Siento la mortalidad en todo mi cuerpo.»

Hasta la fecha sigo amando esas frases. No me importa lo gilipollas que sea su autor.

El escritor recibe mi entusiasmo con mala cara. Está apoyado en una mesa alta, mira fijamente la pista de baile y no participa. En nada. Tiene doce años más que yo. Me explica que los actores han de ser idiotas porque, así, en sus cabezas huecas hay sitio para las

identidades de sus personajes. Que los actores, en general, admiran a los escritores de quienes proceden los textos que ellos repiten todos los días como papagayos. Yo bailo con un par de compañeros de *Amores y odios*, me paseo por los salones y siempre acabo volviendo junto al escritor, que sigue en su mesa alta. Como si él fuera una estrella fija en cuya órbita he caído. Entonces afirma que es impotente desde que su editor lo llama cada poco para preguntarle cómo lleva el nuevo manuscrito. A las dos de la madrugada follamos en el cuarto de baño de mis padres. Se nos rompe un frasco mientras estamos en ello, así que el resto de la noche olemos al Chanel N.º 5 de mamá.

Siete años después, estamos sentados juntos a una mesa con bogavante y un Premier Cru de Meursault, lloramos por los males del mundo y soñamos con emigrar. Porque un ático con terraza en Berlín es una auténtica pesadilla. Porque seríamos mucho más felices con un sombrero de paja en la cabeza y tierra de jardín metida entre las uñas. El viejo se sentaría en un sencillo banco de madera con la espalda apoyada contra el muro de la casa, calentado por el sol, y se pasaría el día entero reflexionando. Yo haría vasijas de barro en las que él bebería su vino. Una vez cada minuto levantaríamos la mirada y nos sonreiríamos. Seríamos agradables el uno con el otro de la mañana a la noche. Él no volvería a intentar tirarme por un acantilado solo por divertirse.

Pensaba que se disculparía. Que lo achacaría todo al vino. Que me diría que no sabía qué le había dado. Que podríamos habernos caído los dos. Se ha acercado al sofá casi sin hacer ruido. Yo estoy tumbada, con los ojos cerrados, y disfruto de cómo su cálido dedo me acaricia la mejilla. Lo hace poquísimas veces, joder. El temporal sacude los postigos de las ventanas. Antje los ha cerrado mientras nosotros estábamos de camino. Abro los ojos y no es su dedo, es su polla.

¿Qué habría hecho Lotte? Al ir a incorporarme, me echa una mano al cuello. Le digo que me suelte. Él intenta meterse en mi boca. Yo cierro los dientes con fuerza. Me presiona la laringe. Mis labios se abren, intento coger aire. Es como si, además del aire, también me estuviera quitando la capacidad auditiva. El sonido del viento ya no está. Silencio absoluto. La habitación está a oscuras. Veo su rostro a

una distancia enorme. Su boca se mueve. Me mira todo el rato. Pienso que, si ahora me da por vomitar, probablemente me asfixiaré. Me pregunto cuánto puede durar. A veces el viejo tarda mucho. Pienso que voy a perder el conocimiento. Entonces pierdo el conocimiento.

Lo que Lotte y yo tenemos en común es que las dos somos capaces de soportar una barbaridad. Siempre tengo que recordar cómo malvivió ella frente a las costas de Sudán en el *Chadra*, una embarcación árabe de pescadores de perlas que tenía ya diez años y que Hans Hass utilizaba como improvisado barco de expedición. Hacinada junto a diez hombres en ese cascarón plagado de parásitos. Cómo escribía en su diario por las noches, cuando el calor no la dejaba dormir. «12 de agosto. Después, en el cine, la gente se reclinará en cómodas butacas, se ofrecerán caramelos unos a otros y pensarán: ¡Mira qué bonito! A mí también me gustaría viajar en un barco así. ¡Qué romántico!… Me parece que en el futuro veré los documentales de expediciones con unos ojos muy diferentes, y cuando vea nuestra película me preguntaré: ¿De verdad esa soy yo?»

Estoy tumbada en sus brazos. Me estrecha como debería estrecharme siempre, fuerte y bien. Me acaricia la espalda, el pelo, la cara. Ya vuelvo a oír. Llora. Dice que soy una niña muy valiente y buena. Que me quiere mucho; tanto, que pierde la cabeza; me quiere más que a todo lo que hay en el mundo. Que él es una persona muy mala. Pero que, aun así, yo no puedo dejarlo. Porque me necesita. Porque soy su ángel. Llora con más fuerza. Yo aspiro su cercanía como una droga. Me duele la mandíbula. Empiezo a consolarlo. Le digo que todo irá bien. Que solo tenemos que esforzarnos un poco más. Él se aferra a mí como lo haría un niño. Me da las gracias como si le hubiese salvado la vida. Sonrío. Estoy completamente segura de que lo conseguiremos. Lo llevo a la cama.

Poco después lo oigo roncar por la puerta entornada. Yo me siento con mi libreta a la entrada de la casa y me imagino que estoy en la cubierta de un barco y que es el calor lo que no me deja dormir.

# 6

Está dormida. Como tiene los labios entreabiertos, le veo ese precioso hueco entre los incisivos. Siento unas ganas terribles de acariciarle el pelo y sopeso si puedo atreverme. Cuando mis dedos le tocan la frente, abre los ojos. Digo su nombre: Jola. Nos miramos un instante, después abre sus fauces de golpe. Igual que una morena, tiene un segundo par de mandíbulas que sale disparado desde su garganta. Intenta arrancarme los dedos con su dentadura de pez depredador.

Desperté sobresaltado y me senté erguido en la cama. La oscuridad era total, el despertador digital marcaba las cuatro de la madrugada. Poco a poco me fui dando cuenta de que la mujer que tenía a mi lado no era Jola, sino Antje. Dormía boca arriba, con los brazos extendidos y la cabeza ladeada, en pose de crucifixión.

Mi corazón acelerado se fue calmando lentamente. Entonces comprendí también esa oscuridad tan extraña: Antje había cerrado los postigos. El viento seguía soplando por las esquinas de la casa, aunque ya no aullaba con tanta voracidad como unas horas antes. No soportaba esos sueños que parecían salidos de la imaginación de un psicólogo. Ni pensar en quedarme dormido otra vez. Más me valía levantarme e ir al taller.

Me detuve un momento ante la puerta y miré al otro lado de la explanada, hacia la Casa Raya, que yacía como una mancha clara entre sombras profundas. Por un instante creí ver una figura humana con pelo largo encaramada al muro del jardín, pero solo era una chumbera cuyas extremidades movía el viento.

El paquete había llegado durante el día y Antje me lo había dejado en el banco de trabajo. Por primera vez me había propuesto equipar un traje seco de buceo con sistema calefactor. A cien metros de profundidad el agua estaba fría. El helio de la mezcla de gases favorecía la congelación del organismo, y luego estaban las largas paradas de descompresión. La caja contenía veinte metros de alambre

monopolar como el que se usa para los asientos calefactados, un conducto para calefacción, cable eléctrico, unos cuantos conectores submarinos y un acumulador de doce voltios. Extendí la ropa interior del traje sobre la mesa, enhebré el hilo en la aguja y en ese mismo instante me olvidé de todo lo que había a mi alrededor. Cuando Antje vino a buscarme, fuera ya se había hecho de día y era casi hora de salir.

Había refrescado. Theo había cambiado el traje de lino por unos vaqueros y un anorak, lo cual le hacía parecer más simpático. Aunque el viento había amainado, la experiencia me decía que el mar no se calmaría hasta que cayera la tarde. Mi consejo de pasar el día haciendo turismo en tierra fue rechazado. También hicieron oídos sordos a mi observación sobre el oleaje que encontraríamos en el punto de inmersión y la mala visibilidad que tendríamos bajo el agua. Pronuncié frases en las que aparecieron expresiones como «condiciones adversas» y «por vuestra cuenta y riesgo». Jola me sonrió y subió a la furgoneta. Me alegré de ver que sus dientes eran tal y como debían ser. Nos dispusimos a cruzar la isla para intentarlo por el costado que quedaba a resguardo del viento.

No sabía por qué, pero esa mañana les encontraba algo extraño a ambos. Fue al llegar a Teguise cuando se me encendió la bombilla: sencillamente se estaban comportando con total normalidad. «Tesoro, ¿podrías sacarme el agua mineral de la mochila?», había preguntado Theo. «Desde luego», había contestado Jola, y le había pasado el agua. Iban los dos sentados delante, con las manos en las rodillas y balanceándose un poco a causa del vaivén de la furgoneta. Se oyó un tono de móvil, pero era mi teléfono el que había sonado. Un mensaje de Jola.

«Me alegro de que vayamos a bucear. J.»

El punto de inmersión de Mala estaba algo apartado y no resultaba de fácil acceso. No contaba con lugares planos desde los que entrar en el mar. Había que bajar por las rocas resbaladizas, descalzo, cargando con la pesada botella a la espalda, aletas y máscara bajo el brazo, para después lanzarse al agua desde una piedra. Dejé la furgoneta aparcada al borde de la pista de grava; nos cambiamos sobre la arena negra. Jola y Theo descendieron despacio, poniendo un pie tras otro, dándose la mano en los sitios más difíciles. La marejada era más fuerte de lo que había esperado. Decidí ir deprisa para que no tuvieran tiempo de mirar mucho hacia las olas de allí abajo. Enseguida les demostré cómo tenían que saltar al agua: con una mano en el cinturón de lastre y la otra delante de la cara. Theo acarició a Jola en el hombro antes de zambullirse. Volvió a salir a la superficie junto a mí e hizo la señal de «ok».

Jola seguía aún en las rocas y la posición de su cuerpo denotaba una lucha. Por lo visto le estaba dando a sus piernas unas órdenes que ellas se negaban a obedecer. Al final se lanzó hacia delante, quizá con demasiado impulso, y cayó justamente encima de mí. Yo amortigüé el golpe, la así con fuerza, acabé de hinchar su chaleco, me aseguré de que mantuviera la cabeza por encima del agua. Había perdido el regulador y estaba tosiendo. Mi intención era bajar lo antes posible. Flotar tan cerca de las rocas no carecía de peligro; abajo, reinaría la paz. Hice la señal de inmersión y nos hundimos.

En un abrir y cerrar de ojos nos rodeó la calma. El especial silencio del mar. Los movimientos se ralentizaban, la comunicación tenía lugar mediante una danzante coreografía de señales y gestos. Bajo el agua las relaciones eran sencillas, las necesidades claras y las reacciones radicales. Al sumergirse uno a diez metros de profundidad, retrocedía también diez millones de años en la historia de la evolución… o hasta el inicio de su propia biografía. Hasta donde empezaba la vida, meciéndose muda en el agua. Sin lenguaje, ningún concepto. Sin conceptos, ninguna razón; sin razones, ninguna guerra. Sin guerras, ningún miedo. Ni siquiera los peces nos temían. Algunos se acercaban con curiosidad y nos acompañaban un rato. Si actuábamos con tranquilidad, lanzaban intensas miradas al interior de nuestras gafas

de buceo. En los mundos exóticos, el turista era al mismo tiempo una atracción. A mí me fascinaba esa paz submarina en la que cazador y presa convivían y se evitaban con cortesía, una paz interrumpida únicamente por los breves zarpazos del hambre, que no eran una traición, sino un procedimiento de selección por todos aceptado.

Era sorprendente la buena visibilidad que había a pesar del oleaje. Ante nuestros ojos se extendía uno de los puntos de inmersión más bellos de la isla. El extravagante paisaje volcánico tenía continuidad bajo el agua: una ciudad de roca hecha de torres, columnas, arcos y almenas. Mientras allá arriba el sol se abría paso entre las nubes, nosotros flotábamos en mitad de una catedral de luz y burbujas de aire ascendentes. La felicidad se abalanzó sobre mí como un puñetazo en el estómago. A mi lado, Theo pendía en el agua mirando también hacia arriba.

A Jola le pasaba algo. Para rodear un río de lava que se adentraba en el mar, los había llevado a ambos hasta el borde del arrecife, donde el lecho marino se precipitaba en vertical hacia las profundidades. Allí, dos meros grandes como un hombre adulto estaban posados sobre el saliente como si disfrutaran de la vista. Jola había nadado hasta más allá del arrecife y expulsaba burbujas de aire a una frecuencia demasiado elevada. Como un pájaro que no estuviera seguro de si de verdad podía volar, miraba hacia el abismo. El vértigo representaba un serio problema bajo el agua. Con un par de golpes de aleta me coloqué a su lado y la cogí del brazo. Se sobresaltó. Por un segundo pensé que iba a golpearme.

En el transcurso de los años yo había desarrollado una reacción refleja: cuanto más nervioso se ponía un submarinista, con más tranquilidad actuaba yo. Mis movimientos se ralentizaron hasta que casi no podía decirse si hacía algo o simplemente estaba allí, a su disposición. Desde el interior de sus gafas de buceo, Jola me miraba con los ojos muy abiertos. Su pecho se hinchaba y se deshinchaba demasiado deprisa, ya estaba hiperventilando. Varias veces le apreté el brazo para conseguir que me prestara atención. Cuando sus párpados dejaron de revolotear y empezó a concentrarse en mí, asentí para transmitirle un refuerzo positivo: «Así está bien». Separé una

mano de la boca, despacio, a la vez que cerraba los ojos: «Soltar aire». Aguardé. Abrí los ojos: «Ahora tú». Jola espiró, pero enseguida succionó con fuerza para meter aire en los pulmones, miró con pánico a izquierda y derecha, y también hacia arriba ya, planteándose si no era mejor ascender y punto. Apreté más mi mano en su brazo y sacudí claramente la cabeza: «No. Mírame. Soltar aire. Aguardar. Inspirar despacio». Por fin lo hizo, aunque todavía con los ojos demasiado abiertos. Encontramos un ritmo conjunto. Soltar aire. Aguardar. Inspirar despacio. Se tranquilizó. Solté su brazo, le estreché la mano y la moví: «Felicidades, bien hecho». Jola contestó con una tímida señal de «ok». Cuando iba a separarme de ella, se aferró a mí: «¡No me abandones!». A través de su máscara vi que estaba llorando. La sensación de asfixia era de las peores que podía experimentar un ser humano. En ese momento, Jola solo necesitaba una única cosa en todo el mundo. A mí.

Su manómetro señalizaba menos de cien bares, en dos minutos había vaciado la mitad de la botella. De mí dependía continuar con la inmersión de forma reglamentaria. Entre las cosas más importantes que debía comprender un principiante se encontraba la noción de que, durante una inmersión, los problemas había que solucionarlos bajo el agua. La ascensión de emergencia no era una opción. Le indiqué por señas que compartiría con ella mi reserva de aire. Habíamos practicado en aguas poco profundas cómo respirar dos personas de una sola botella. Le señalé mi *octopus* y vi que me entendía. Llenar los pulmones. Sacarse su propio regulador de la boca y cambiarlo por el *octopus*. Seguir respirando. Lo hizo bien.

Nos dimos la mano. A partir de ese momento tendríamos que ir juntos, como siameses conectados por dos tubos al mismo suministro de aire. Empezamos a nadar despacio. Noté cómo temblaba Jola; debilidad circulatoria tras la hiperventilación. Seguramente sentía que estaba a punto de congelarse. Le pasé un brazo por la cintura todo lo que me permitía el equipo y tiré de ella hacia mí. Bajo el agua no podía hacerla entrar en calor, desde luego, pero congelarse, como casi todo en la vida, es más que nada una cuestión de actitud.

Theo había observado la escena con interés. En lugar de seguir

buscando rayas, no despegaba su mirada de nosotros, como si acabara de descubrir las criaturas marinas más fascinantes del Atlántico. Acerqué a Jola hacia las rocas de la costa, le señalé unas caracolas amarillo chillón y varias gambas escondidas entre las grietas que, con sus largos bigotes, palpaban a tientas en dirección a nosotros. Enfoqué con la linterna una estrella de mar para sacar a relucir su coloración roja. Cuando Jola volvió la cabeza y me sonrió, sucedió algo. De pronto me di cuenta de que me gustaba tenerla abrazada. No quería volver a soltarla jamás. Quería quedarme allí abajo con ella, contemplando animales marinos los dos juntos hasta el día del fin del mundo. Jola notó mi estupor y se apretó más contra mí. Yo la separé con delicadeza y le indiqué por señas que, antes de regresar a la superficie, tendría que volver a respirar con su propio regulador. El cambio se efectuó sin problemas. Nos desligamos. Fue como sentir una amputación.

Por la noche, cuando llamé a la puerta de la Casa Raya para sacar a Jola y a Theo a cenar, ella no quiso venir. Nos dijo que tenía que estudiar para la licencia de Nitrox, miró hacia otro lado y se puso a tamborilear con los dedos en la mesa. No había nada que hacer. Casi podía verla aún, tras la accidentada inmersión de ese día, retirándose un poco de nosotros envuelta en una toalla con el paisaje volcánico al fondo. Daba pena verla ahí, helada y empequeñecida, como si el agua fría la hubiese encogido. Con los hombros levantados, los labios azules, el pelo mojado y pegado a las mejillas y el cuello. Theo le llevó el equipo a la furgoneta y se volvió hacia mí con una mirada nueva, pensativa.

Dejamos a Jola en la Casa Raya. Mientras la furgoneta traqueteaba por la pista de grava en dirección a Tinajo con Theo y conmigo dentro, me hice varios reproches. No debería haber dejado que Jola saltara al agua en unas condiciones tan adversas como las que había en Mala. Debería haber insistido en que nos tomáramos el día libre a causa del mal tiempo. Por lo menos a Jola, debería haberla mantenido

alejada del borde del arrecife. A fin de cuentas, yo sabía que ella, a diferencia de Theo, carecía de confianza suficiente en ese estado de ingravidez. Y también que poseía una voluntad fuerte, que en caso de duda la llevaría a tomar las decisiones equivocadas. Era indudable que había sentido miedo ante el borde del arrecife y precisamente por eso se había adentrado más allá. No era culpa suya. Calcular cuánto podía pedirles a los clientes era parte de mi trabajo. Si me equivocaba, la responsabilidad era solo mía.

Después de un ataque de pánico así, algunas personas no volvían a sumergirse jamás. Por eso habría sido importante que nos hubiéramos sentado a hablarlo un rato. Me hubiese gustado decirle a Jola que eso podía pasarle a cualquiera. Yo conocía a buceadores expertos que un día, de repente, empezaban a hiperventilar. Habríamos podido discutir mi teoría de que a las mujeres les resultaba más difícil sentirse seguras durante una inmersión porque, al contrario que los hombres, ellas no se sentían cómodas con el hecho de que su vida dependiera del correcto funcionamiento de unos aparatos tecnológicos. Las mujeres querían tener el control. Por esa misma razón se enfrentaban con desconfianza a coches, ordenadores y aviones. Pero sobre todo quería decirle a Jola que sería una buena submarinista, buena de sobra para interpretar el papel de Lotte. Era más difícil vencer el miedo que carecer de él. Habríamos tenido mucho de lo que hablar. Si no le apetecía verme, seguramente quería decir que estaba enfadada.

En ese punto me obligué a dejar de darle vueltas. No era mi estilo ponerme en el lugar de los demás. Aceptaba su comportamiento y, de esa forma, me llevaba bien con ellos. En ese momento se trataba de volver a ganarme la confianza de una alumna de buceo. Detuve la furgoneta al borde de la carretera, le pedí a Theo que me disculpara un momento y bajé. Mientras me colocaba sobre una roca como si tuviera que mear, saqué el móvil del bolsillo y escribí: «Que estudies mucho. Nos acordamos de ti. S.». Como rara vez enviaba mensajes de texto, tardé bastante en teclear esas pocas palabras. La respuesta llegó tan deprisa que me sobresaltó. Era breve y me golpeó como una mano abierta con la que no sabía si Jola quería abofetearme o acariciarme: «No es por ti. J.».

Giselle preparaba una sopa de pescado única. Una receta de su bisabuela francesa. Giselle era francocanadiense, su marido procedía del Congo. En las paredes de su pequeño restaurante colgaban máscaras africanas junto a fotografías de la Notre-Dame de Quebec. Éramos los únicos clientes. Theo me dejó hablar y yo hablé como si me hubieran dado cuerda. Una historia de buceo tras otra. Hablé de mantas, delfines y tiburones ballena. Del pecio al que quería bajar la semana siguiente y que me haría famoso en el mundo del submarinismo. Entre uno y otro tema, alabé a Jola y el talento de Theo, y destaqué lo divertido que era hacer inmersiones con personas sensatas.

—¿Te parecemos sensatos? —preguntó él.

Por lo demás, guardó silencio. Sonreía pensativo y bebía zumo de manzana. Después de cenar me propuso ir a dar una vuelta.

En las calles de Tinajo solía haber bastante animación, pero esa noche, con quince grados de temperatura, hacía un frío poco habitual. Apenas se veía un alma. Theo caminaba por el centro de la calzada, iba balanceando los brazos y mirándose los pies. Parecía haber olvidado momentáneamente mi presencia. Llegados a la plaza del pueblo nos sentamos en unos bancos pintados de blanco que había cerca de la pequeña iglesia. Los dragos matizaban la luz de las farolas. La punta del cigarrillo de Theo se iluminaba ante su cara a intervalos regulares. Parecía querer decirme algo. Yo esperé, paciente. Pasado un rato, deseé que nos hubiéramos vuelto sin más a la furgoneta después de cenar.

—Ella te gusta, ¿verdad? —dijo.

Iba a contestar algo, pero enseguida me hizo callar con un gesto.

—Déjalo. Siempre lo consigue. Para ella es como una adicción. —Me ofreció un cigarrillo, que rechacé—. En el fondo, lo que quiero es advertirte.

Me habría resultado más sencillo escucharlo si esa noche Theo hubiese bebido. Por desgracia, sabía que estaba del todo sobrio.

—Jola procede de un linaje muy antiguo. Se enriquecieron explotando a otras personas y lograron salvaguardar su fortuna a lo largo de dos guerras mundiales. Una mujer como Jola no sabe lo que quiere decir trabajar para conseguir algo. Siempre espera que le den todo lo que quiere. Lo único que nunca ha recibido es reconocimiento. Y precisamente eso la hace peligrosa.

Nada de lo que estaba explicando Theo me importaba lo más mínimo. Aun así, de pronto quería que continuara hablando.

—En el fondo sigue siendo una niña pequeña que lucha por conseguir el respeto de su padre. Hartmut von der Pahlen. ¿Te dice algo ese nombre?

Negué con la cabeza.

—Productor cinematográfico. Uno de los más importantes del ramo. Un gilipollas. En fin, qué más da…

Theo apagó el cigarrillo y se encendió otro.

—Yo para ella soy un sustituto con el que continúa buscando el amor paterno. Mientras no se lo dé, seguirá conmigo. Y cada día se venga mil veces por ello.

—¿Es hija única?

Me mordí los labios. Escucharlo ya era bastante horrible; hacer preguntas, peor aún. En esas situaciones yo normalmente cambiaba de tema.

—Tiene dos hermanos mayores. Uno es médico, el otro banquero. El padre de Jola nunca se cansa de deshacerse en elogios sobre sus éxitos. En fin, qué más da…

Una moto pasó por allí delante. La joven que iba de paquete le gritó algo al oído al conductor. Los dos rieron.

—Te explicaré una historia —dijo Theo— para que comprendas cómo creció Jola. De niña deseaba con todas sus fuerzas tener una mascota, una cobaya, un conejo, cualquier cosa a la que darle cariño. Por navidades le regalaron un gatito y ella se puso como loca de contenta. Cuidaba al animal día y noche, lo llevaba a todas partes consigo. Dos semanas después se quedaron sin calefacción. Para que el gatito no se congelara, Jola se lo metió en la cama y lo tapó con sus almohadones. A la mañana siguiente encontró al animal bajo la

almohada, rígido y frío como un trozo de madera. La madre de Jola tiró el gato a la basura y empezó a explicar la anécdota en fiestas. Cada vez que lo hacía, le tiraba a Jola de la trenza y reía llamándola «mi pequeña asesina». —Theo contempló la plaza con los ojos entornados—. En fin, qué más da… —Ese día parecía ser su expresión preferida.

Nos quedamos un rato callados.

—Tal vez te preguntes por qué estoy con ella —dijo tras una pausa —. Muy fácil. La quiero. Además, otras mujeres no me ponen. Y lo he intentado. Con asistentes de dirección en el teatro, con directoras de centros cívicos después de conferencias, con putas en las calles. Un desastre.

Se volvió hacia mí, su dedo índice señalaba la punta de mi nariz.

—Regla número uno para relacionarse con la señora Von der Pahlen: nunca te creas lo que explica. Y en especial todo lo que tenga que ver conmigo. Proclama a los cuatro vientos que me paso el día tumbado sin dar un palo al agua. En realidad estoy trabajando en una gran novela social. Aún no estoy seguro de si serán tres o cuatro volúmenes.

Hizo una pausa y estiró la espalda como si hubiéramos realizado un trabajo extenuante.

—Hace años que veo a mis colegas avanzar por el lodazal de su propio estado anímico, esforzándose hasta caer de agotamiento para formar una escultura de barro. Yo no. A mí me interesa el gran conjunto. Puedo esperar. Jola lo llama crisis del escritor, yo lo llamo paciencia.

Movió los dedos en el aire, como si tocara el piano.

—Mientras tanto, escribo relatos. Ejercicios digitales. —Me miró de reojo—. ¿Te gustaría leer alguno?

Carraspeé.

—Por desgracia, no sé nada de literatura.

—Mejor aún. Los enemigos de la literatura son los mejores lectores. Recuérdame que te pase algo cuando tengamos ocasión.

Se levantó y se sacudió los pantalones como si hubiésemos estado sentados encima de la mugre más sucia.

—Lo que quería decirte en realidad es lo siguiente: no tengo ningún problema con que Jola te ponga. Solo te aconsejo que lleves cuidado. En estos momentos no tengo ni idea de lo que está tramando. Pero algo trama; eso, seguro. Numeritos como los de la inmersión de hoy son típicos de ella.

Oculté una sonrisa tras un bostezo. Lo que sí era típico era esa lógica de zona de guerra: detrás de toda conducta se ocultaba un plan oscuro. Se hacía uno muchísimas preguntas y, como castigo, obtenía respuestas. Theo estornudó tres veces y de camino a la furgoneta se encendió aún otro cigarrillo.

—Mierda —dijo—. Ayer debí de pillar algo en el acantilado.

Tras los postigos cerrados de la Casa Raya se veían resquicios de luz. Parecía que Jola seguía todavía con sus apuntes de Nitrox. Theo y yo nos despedimos con afecto. Me caía bien. Era desconfiado, pero no podía evitarlo. Todos los habitantes de la zona de guerra eran así. La desconfianza era una consecuencia natural de su estilo de vida. Me sentía satisfecho. En el transcurso de nuestra conversación había comprendido que los tres nos llevaríamos bien durante el tiempo que quedaba. Yo ganaría una buena cantidad de dinero, ellos aprenderían a hacer submarinismo y puede que, además, incluso normalizaran su relación. No serían los primeros en comprender bajo el agua qué era lo importante.

Antje estaba en la entrada con pinta de haberse pasado toda la noche esperándome. La así de los hombros mientras le daba un beso en la frente para que no pudiera aferrarse a mí.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó.

—Ha sido agradable —respondí—. Muy agradable, la verdad.

—¿Nos tomamos una copa de vino?

—Mejor no.

—Solo media horita. Tendríamos que hablar de una cosa.

—Ha sido un día agotador.

—¡Pero si no son más que las diez!

Antje sabía perfectamente que yo detestaba acostarme más tarde de las diez. Necesitaba esa sensación de poder pasarme dos horas tumbado despierto y, aun así, tener todavía seis horas de sueño por delante. Una vez pasada la medianoche, fastidiado por no haber conciliado aún el sueño, ya no conseguía pegar ojo.

—Por favor —insistió—. Solo un cuarto de hora. ¡Por favor!

A Antje la había conocido antes incluso de que naciera. Los Berger vivían dos calles más allá. El futuro padre de Antje venía los fines de semana a cortar el césped, la madre limpiaba nuestro baño todos los jueves. Yo tenía casi diez años cuando la barriga de la señora Berger empezó a crecer. A partir de entonces decidí mirar por la cerradura mientras ella limpiaba. Hasta que un día ya no vino más. Unas cuantas semanas después, un cochecito de bebé apareció en la sombra del tilo mientras el padre de Antje iba dando vueltas a la casa con el cortacésped. Mi interés por el anterior contenido de la barriga de la señora Berger desapareció.

Con trece años empecé a pedirles un perro a mis padres. La petición terminó por convertirse en súplica. Estaba enamorado y no me correspondían, no era especialmente atlético y necesitaba un amigo con urgencia. Mis padres se negaban en redondo. Afirmaban que al cabo de poco tiempo perdería el interés por el perro y que entonces los cargaría a ellos con la responsabilidad. Les recriminé que estaban siendo injustos conmigo.

Para mi decimocuarto cumpleaños me regalaron a Todd, un cocker spaniel marrón con ojos mansos y orejas largas. Éramos inseparables. Tres veces al día lo sacaba a pasear. Nadie más que yo podía darle de comer. Una vez me lo llevé al colegio, donde todas las chicas lo colmaron de atenciones y me convirtió por un día en el chaval más popular de la clase.

Dos años después, salía con Mareike y ya no sabía para qué había querido un perro. Todd era mono, había resultado ser fiel y un incordio. Como no quería concederles a mis padres ese triunfo, yo

apretaba los dientes y seguía cumpliendo con mi obligación de sacarlo a pasear, aunque el paseo era cada día más corto. Daba una vuelta al edificio arrastrando a Todd como si fuera un trasto viejo, y al final terminé por echarlo de mi cuarto, donde había dormido feliz a mis pies durante sus dos primeros años de vida. Él me miraba con tristeza pero sin reproches. Junto a mi mala conciencia fue creciendo también el odio.

La salvación apareció encarnada en la pequeña Antje, que un día se presentó ante la puerta y preguntó si podía acompañarme a sacar a Todd. A partir de ese momento, Todd fue el perro más feliz sobre la faz de la tierra. Adoraba a Antje y Antje lo adoraba a él. Se pasaban tardes enteras en el parque de la ciudad. Cuando Antje fue algo mayor, montaban juntos en el autobús para ir a recorrer los bosques del valle de Neander. Que mi madre le diera una paga por ello no se debía tanto a que Antje lo hubiese esperado como a la costumbre de remunerarles sus servicios a todos los miembros de la familia Berger.

Después de que me fuera a estudiar a Colonia, cuando hacía mal tiempo Antje se quedaba tumbada con Todd en el suelo de mi habitación, escuchaba mi música, leía mis libros y esperaba a hacerse mayor. Cuando yo volvía a casa durante las vacaciones, me sentaba a mi escritorio encorvado sobre los enigmas de algún trabajo jurídico que estaba redactando y, mientras, Todd y Antje compartían una bolsa de ositos de goma sobre la alfombra de lana. Si quería ir al lavabo, tenía que pasar por encima de ambos. Antje no me molestaba. Su presencia tenía un efecto tranquilizador. Casi había cumplido los dieciséis cuando, una tarde de lluvia, me acosté con ella por descuido. Como no nos hizo daño a ninguno de los dos, de vez en cuando repetíamos la experiencia de ese hobby común.

Más adelante, Antje me dijo que, ya de pequeña, no era de Todd de quien se había enamorado, sino de mí. Pero que una niña de siete años no podía acercarse a un chico de diecisiete. Tampoco una de doce tenía ninguna posibilidad con un universitario. No fue hasta los dieciséis cuando estuvo en situación de impresionar a un joven de veintiséis, por lo que su plan había consistido ante todo en esperar. Durante los largos paseos por el valle de Neander conversaba

imaginariamente conmigo. En mi cuarto, hasta mis libros le olían a mí. Para sus primeros ejercicios masturbatorios se había colado en el armario de mi ropa. A mí me habría parecido de mala educación no creerla. En los tribunales había presenciado cómo la gente daba forma al pasado siguiendo modelos creados por ellos mismos. Explicaban los disparates más zafios con un convencimiento sagrado. Quizá fuera eso lo más importante que aprendí durante mi formación como jurista: que quien no decía la verdad, al cabo de poco tiempo tampoco mentía. A mis ojos, Antje era uno de esos casos.

El día en que quise ir a buscar a casa de mis padres un par de cosas que necesitaba para la isla, Antje estaba tumbada en mi cama haciendo un crucigrama. Mi madre estaba en la puerta, gritándome. Mi padre se había ausentado de su puesto de médico jefe en la clínica para apoyarla. Como él me había financiado los estudios, le debía mi vida. Esa era su postura. Acordamos que yo no esperaría de él ninguna ayuda si al cabo de algunas semanas regresaba de mi aventura fracasado y habiendo hecho el ridículo. Me eché al hombro mi petate del ejército alemán y huí de casa.

Antje me siguió a la estación, al tren y al piso que compartía en Colonia. Sencillamente se negó a separarse de mi lado. Yo estaba agotado y decidí que no podía prohibirle que el 31 de diciembre de 1997 se encontrara en el aeropuerto a la vez que yo. Resultó que aquellas pagas que había recibido por cuidar de Todd durante años le alcanzaban en total para pagarse un billete de avión.

Yo había realizado el servicio militar en el Cuerpo de Buzos y durante las vacaciones de la universidad me había sacado el título de profesor de submarinismo en la Asociación Alemana de Salvavidas. Cuando llegamos a la isla, tenía más de quinientas inmersiones registradas en mi *logbook* y empecé a ganar dinero desde el minuto uno. Antje había aprendido español en el colegio y además tenía talento organizativo. Fundar una escuela de submarinismo conllevaba una barbaridad de trabajo del que había que ocuparse fuera del agua. Antje se hizo cargo de toda la logística, desde los trámites burocráticos y la contabilidad hasta el mantenimiento del equipo, de manera que yo desde el principio pude concentrarme en las inmersiones. Al cabo

de poco, no se podía negar que habíamos formado un buen equipo.

Todd murió unos meses después de que desapareciéramos de Alemania. Que en aquel momento tuviera casi trece años no quería decir nada para Antje. Ella estaba convencida de haber matado a su mejor amigo para poder estar conmigo. Cuando la escuela de buceo iba tan bien que pudimos adquirir la propiedad de Lahora, removió cielo y tierra para que el mismo criador le enviara un perro idéntico desde la región de Eifel. Efectivamente, el nuevo Todd era idéntico al viejo. Adoraba a Antje, y Antje lo adoraba a él. A mí me parecía inquietante que fuera capaz de acallar su culpabilidad con un truco tan sencillo.

—Tengo abierta una botella de Nenad. —Nenad era un amigo esloveno, y hacía veinte años que producía vino en la región de La Geria—. ¿Una copa para relajarnos?

—Buenas noches.

Me volví para dejarla sola.

—Jola ha estado aquí —dijo Antje.

Me detuve. Si quería hablar de una clienta, era otra cosa. Todd estaba tumbado frente al sofá y golpeó el suelo con la cola cuando nos sentamos. Antje sirvió una segunda copa de vino, me la alcanzó y sostuvo la suya en alto para brindar. Siempre era de la opinión de que yo tenía que «relajarme». Más que nada porque por lo visto creía que las personas solo eran capaces de relacionarse después de la correspondiente relajación.

—¿Y qué te ha contado Theo? —preguntó.

—Ibas a decirme por qué ha venido Jola.

Antje miró hacia la ventana, donde solo se veía la negrura de la noche. Se inclinó para acariciarle la cabeza a Todd y quitó un par de pelusas del respaldo del sofá. Por un segundo creí que se había inventado la visita de Jola para retenerme e impedir que me fuera a la cama. Pero al final sí que empezó a hablar.

Resultaba que, por lo que fuera, Jola se había aburrido de estudiar

y, por lo que fuera, se había acercado un momento a la Residencia y, como Antje al fin y al cabo acababa de prepararse una ensalada de atún, pues al final Jola se había quedado a cenar con ella. Habían abierto una botella de Nenad y, por lo que fuera, habían estado charlando la mar de a gusto las dos.

Le pedí que dejara de decir «por lo que sea» todo el rato.

Primero Jola le había explicado lo mucho que le gustaba el submarinismo y lo importante que era para ella convertirse en «la chica del fondo del mar». En general parecía que estaba más que obsesionada con Lotte Hass, lo cual sin duda podía achacarse a una especie de miedo a perder el tren, profesionalmente hablando. Como si su lema fuese: «O consigo este papel, o se habrá terminado para siempre». A Antje le había resultado interesante que una mujer como Jola, que parecía tener tantos éxitos y tanta seguridad en sí misma, sufriera tanto en realidad. A pesar de los 384.000 resultados en Google, por lo visto Jola tenía que luchar contra unos miedos enormes.

Me anoté que yo no era el único que había buscado el nombre de Jola en internet y pregunté:

—¿Y qué?

Por lo que fuera, siguió explicando Antje, Jola parecía dudar de todo su proyecto vital. Había empezado hablando de que las decisiones y los actos de una persona eran como piezas de mobiliario que colocaba en su vida. Por eso, una persona que hacía el mal jamás podía reencontrar una vida hermosa, por mucho que fuera rico y famoso y tuviera un gran éxito. Por ese mismo motivo, las cosas buenas nunca sucedían a causa del altruismo, sino únicamente del egoísmo, siempre. La forma en que cada uno conducía su vida, por lo tanto, no era un problema moral, sino estético. Según eso, había personas que se sentían más a gusto en la fealdad que en la belleza. Porque nadie, a menos que estuviera como una cabra, haría nada malo por equivocación. Y en esa línea, dijo Antje, Jola había seguido hablando un buen rato y había explicado una cantidad increíble de cosas extrañas.

A mí, en primer lugar, el razonamiento de Jola no me parecía

extraño y, en segundo, no sabía por qué estaba allí sentado, escuchando el pormenorizado resumen de una conversación inofensiva. Justo eso le dije a Antje.

Tras dudarlo un momento, ella me explicó que, por lo que fuera, Jola no estaba del todo bien. Que no hacía más que mirar a su alrededor todo el rato, como si en la habitación acechase una amenaza invisible, y más de una vez le había dado la sensación de que estaba a punto de echarse a llorar.

Por fin había llegado ese momento en que Antje recurría a la intuición femenina para no tener que basarse en hechos concretos. Mi fastidio se intensificó hasta convertirse en exasperación. Cuando iba a levantarme, me agarró del brazo.

—No lo entiendes —dijo—. Jola tenía miedo.

—¿De qué?

Antje puso cara de psicoanalista y expuso que todo el tiempo le había estado hablando indirectamente de Theo. Que Jola no se había referido a nadie más que a él cuando hablaba de esas personas que amueblaban su vida con hechos malvados.

Quise saber si el nombre de Theo había salido a colación.

No, pero el caso era que estaba claro que la conversación, por lo que fuera, había tratado sobre Theo.

—Menuda gilipollez —dije.

Antje seguía obstinada. Jola le había mandado señales de que necesitaba ayuda.

Le pregunté si ella había utilizado la palabra «ayuda».

Eso tampoco, pero en algún momento Jola había cogido de repente a Antje de la mano y le había dicho, literalmente: «Tendrías que darle gracias al cielo por tener a Sven».

Yo nunca había entendido esa afición femenina a interpretarlo todo en clave psicológica. Con la ayuda de una botella de vino, Antje podía erigir un mundo entero a base de interpretaciones, un mundo dramático y tornasolado como un musical, y al final confundir el resultado con la realidad. Solo una mujer era capaz de enfurecerse con su marido porque esa noche había tenido una pesadilla en la que salía él.

A mí me parecía imposible que Jola hubiese suplicado ayuda a causa de Theo. En cuanto a su afición por los pasatiempos peligrosos, ella no era mejor que él. Me levanté.

—Bueno —dije—. Que duermas bien.

También Antje se levantó del sofá de un salto.

—Ha dicho algo más: «Sven jamás te haría nada».

Le di un beso en la frente.

—Me alegro de que os entendáis tan bien.

—Pero…

Entre las cosas agradables de la vida estaba la circunstancia de que cada cual tenía derecho a su propia visión del mundo. Yo me fui a la cama con mi opinión: que el día siguiente sería una jornada del todo normal en la que saldría a bucear con dos clientes. Más allá de esa certeza no había nada que considerar.

## Diario de Jola, tercer día

*Lunes, 14 de noviembre. De noche*

Me asfixio. No consigo librarme de esa sensación. No me llega el aire. No me pasa por la garganta. Como si tuviera algo atascado ahí. Un tapón. Un espasmo. En lugar de estudiar, salto de la silla cada tres minutos y corro a la ventana. La abro de golpe. Lleno los pulmones de aire con una fuerte inspiración. Me digo: ¡Esto es oxígeno! ¡Tu cuerpo lo absorbe automáticamente! No vas a morir. Mi corazón palpita tan deprisa que me duele. Intento tranquilizarme. Vencer el pánico. Respirar despacio, como me ha enseñado Sven. Ojalá estuviera aquí. Ojalá me cogiera de la mano. Ojalá pudiera darme SU aire para respirar. Necesito un profesor de buceo en tierra firme. Alguien que me explique cómo no asfixiarme en esta mierda de vida.

Nada más ver al viejo salir de la ducha con una toalla mojada sobre el hombro y esa expresión especial en la cara, siento que me quedo sin aire. Que me enfrío mientras mi voz interior me grita consignas: ¡Sé fuerte! ¡Puedes resistirlo! ¡Esto no te matará! ¡Piensa en alguna otra cosa y quédate quieta, así terminará antes!

El viejo me pone una mano en la nuca y me pregunta con simpatía si de verdad no quiero ir al pequeño restaurante de Tinajo. Yo, nerviosa, busco los libros de submarinismo. Una fina línea de defensa. Sven llega y parece consternado al enterarse de que prefiero quedarme en casa. No aparto la vista del reloj de la pared. Va una hora adelantado para que los veraneantes no se pierdan los programas de la televisión alemana.

La teoría es absurda. Fórmulas matemáticas y páginas enteras con descripciones de componentes del equipo. Como si uno pudiera protegerse teóricamente contra la práctica. Como si el mundo no tuviera mil y una formas de dejarnos en la estacada. Y, encima, venga

a hablar del «compañero». Tiene que poder confiar usted en su compañero. Practique la comunicación con su compañero. Nunca haga nada que pueda suponer un peligro para usted o para su compañero. Solo ese concepto ya me pone mala.

Sé que Theo me quiere. No solo porque lo diga. Lo veo en sus ojos. Lo noto por cómo me coge del brazo. Cómo me consuela. Cómo intenta protegerme de sí mismo. Cómo se esmera. Por lo mucho que se esfuerza en ser otra persona. Muchas veces soy yo quien lo desafía. Venga, va, hazlo. Dame una hostia. Méteme la polla por el culo. Ya no se te pone dura si no puedes jugar a ser un violador. Hasta que me agarra del cuello y me hace callar. Provocar significa tener el control. Hay situaciones en las que la mayor benevolencia consiste en por lo menos cargar uno mismo con la culpa.

¿Tienen las personas un opuesto? En ese caso, Sven es lo opuesto al viejo. Sven me cuida. ¡Qué rápido se ha puesto a mi lado en el borde del arrecife! Ha visto que había perdido el control antes de que yo misma lo comprendiera. Su mirada tras las gafas de buceo. La firme convicción de que podía ayudarme. ¡Cómo me ha transmitido su tranquilidad! No tendría que haberme soltado jamás. Ojalá nos hubiésemos quedado allí, bajo el agua, para siempre.

Acaba de enviarme un sms. «Nos acordamos de ti.» Nunca deja de preocuparse. No conozco a ninguna otra persona que se preocupe tanto. Prácticamente puedo ver cómo giran las ruedecillas en el interior de su cabeza. Engranajes de cavilación, engranajes de preocupación. A veces me gustaría abrazarlo hasta que dejara de pensar y decirle: Eres una buena persona.

Intento imaginarme a Sven matando al viejo. Lo coge de la garganta y lo hunde en el agua. Yo llevo gafas de buceo, estoy en el fondo y los miro. El miedo a morir en el rostro de Theo. La repentina certeza de que ha ido demasiado lejos. Morir ahogado es una muerte horrible. Con música de Carter Burwell, como en una película de los Coen. Le doy al botón de stop.

Todo podría ser tan bonito… Estamos en esta isla, tenemos dinero, tenemos salud. Pero es feo. Cuantas más cosas feas pienso y hago, más fea es mi vida. Como un piso espléndido que está decorado con

objetos de mal gusto. Duele, tener que verlo todos los días. Resulta insoportable estar ahí dentro. La ventana abierta ya no sirve de nada. Tengo que salir de aquí.

# 7

A la mañana siguiente, el temporal se había disipado por completo. Un cielo azul, un sol resplandeciente, una brisa amable. Jola estaba sentada en la escalera de la Casa Raya con unos vaqueros cortados y un top que sostenía sus pechos gracias a una fina banda de tela que se anudaba en la nuca. Algo faltaba en esa imagen. Estaba sola. No había ningún Theo. Enseguida supe que él no había entrado un momento para ir a buscar una prenda que se había olvidado. Todavía no había salido de casa. Vi, en Jola, que Theo no vendría a bucear con nosotros esa mañana. Me miraba de frente, como si me viera por primera vez.

Me detuve ante ella y pensé de qué manera nos habíamos saludado los días anteriores. ¿Nos habíamos dado la mano? ¿Nos habíamos tocado el hombro? ¿Habíamos intercambiado un breve gesto acompañado de un «hola»? ¿O nos habíamos hecho ya tan amigos como para tener que abrazarnos? No me gustaban esos consabidos besos en la mejilla entre casi desconocidos. Cuando en la universidad se puso de moda echarse al cuello de la gente para saludar, yo decidí no ir a ninguna fiesta más. Una cosa estaba clara: no podía abrazar a Jola. No mientras llevara ese top. Caí en la cuenta de que, los días anteriores, había acercado la furgo hasta la casa y simplemente me había quedado sentado al volante mientras Jola y Theo lanzaban sus bolsas al asiento de atrás y se sentaban junto a mí, en el banco de delante. Todavía no me explicaba por qué esa mañana había bajado del vehículo.

—¿Pasa algo? —preguntó Jola.

—¿Dónde está Theo?

Su expresión se ensombreció.

—La que te paga los honorarios soy yo.

—¿No le apetece venir hoy?

—El viejo es tu fan más fiel, pero está en la cama con un resfriado.

—Antje le llevará algo para que mañana vuelva a estar en forma.

—Pero tú estás preparado y dispuesto a ir a bucear conmigo, aun sin Theo, ¿verdad?

Realicé un saludo militar:

—*Yes, ma'am.*

Se sentó junto a la ventanilla, de modo que entre nosotros quedaba un sitio vacío. Volví la cabeza y ella me miró con una sonrisa extraña que descubría el hueco de entre sus incisivos. Me dio la sensación de que iba a abrir las piernas. No dijimos nada. Me obligué a mantener la mirada fija en la carretera.

Querer es poder.

En tierra firme, el silencio era algo diferente a bajo el agua. No era un estado normal, sino la muda banda sonora del fracaso. Al cabo de un cuarto de hora ya no pude soportarlo más.

—¿Cómo llevas la teoría?

—A la mierda la teoría.

Pronunció la palabra como si «teo-ría» tuviera algo que ver con «Theo». Volvimos a guardar silencio.

La furgoneta empezó por fin a traquetear sobre la pista de baches que conducía hasta el punto de inmersión de Mala. Me parecía importante bucear otra vez en el mismo lugar en el que Jola había sufrido su ataque de pánico el día anterior. Igual que los jinetes vuelven a subirse al caballo justo después de una caída. No lo habíamos acordado. Ella no había preguntado adónde íbamos y a mí esa mañana no me salía nada de lo que quería decir, y la primera frase menos que ninguna.

Jola bajó, estiró la espalda y miró hacia el mar, que se extendía liso hasta el horizonte. Yo abrí la parte de atrás de la furgoneta y sentí gratitud al ver el equipo. Descargar botellas, preparar chalecos, buscar cinturones de lastre. Jola me ayudó a tender la lona sobre la que nos cambiaríamos. Cuando cruzó los brazos para quitarse el top por la cabeza, yo me volví hacia la Volkswagen y saqué mi máscara de debajo del asiento.

—Aquí dónde se puede mear —dijo ella.

No fue una pregunta, sino una advertencia.

En cinco kilómetros a la redonda no había ni un árbol ni un arbusto.

Estaba la pista de grava sobre la que habíamos aparcado. Más allá, solo piedras y tierra negra.

Jola rodeó el vehículo y se acuclilló junto a la rueda delantera izquierda. Yo seguía inclinado sobre el asiento del acompañante y fingí estar ocupado en mis cosas por miedo a verla a través de la puerta entreabierta del conductor si me erguía. Un chorro cayó sobre el duro suelo. Prácticamente pude sentir cómo le salpicaba los pies. Cuanto más duraba, más insoportable se hacía la situación. Ese murmullo parecía hablar de una forma cada vez más expresa y vergonzosa sobre las entrañas de Jola. No paraba nunca, y yo no hacía más que mirar el polvo que tenía a mis pies.

El borboteo se fue convirtiendo poco a poco en llovizna mientras en el suelo, bajo la puerta del acompañante, aparecía un fino riachuelo. No daba muestras de dejarse absorber por la tierra. En lugar de eso, sus bordes arrastraban consigo polvo, de tal modo que el pequeño arroyo rodaba más que fluía. Se acercó a la punta de mi pie. No lo aparté. De pronto tenía a Jola a mi lado. No me miraba a mí, sino el suelo. La huella mojada de mi pie izquierdo.

—Bueno, pues vamos allá —dije.

Mi tono desenfadado fue una rebelión contra su sonrisa burlona.

Jola tropezó en el escarpado camino de los acantilados. Instintivamente le alargué una mano que ella asió y ya no soltó más. Me dije que, yendo por un terreno peligroso con equipamiento pesado, era mi obligación ofrecerle apoyo. Su mano no me aferraba con coquetería, sino con firmeza y calidez, casi como la de un hombre. Ir con ella de la mano me pareció algo del todo natural.

En el punto de acceso volví a enseñarle cómo tenía que asegurar la máscara y el regulador. Hinché su chaleco y controlé todas las hebillas de su equipo. Cuando sus dedos paseaban sobre mi traje durante las comprobaciones de seguridad, yo cerraba los ojos. Entonces di media vuelta y salté.

Silencio. Jola estaba mucho más tranquila bajo el agua que el día anterior. Como si la ausencia de Theo la relajase. Se hundió despacio, con una mano en la nariz para ir compensando la presión mientras su pelo flotaba alrededor de su cabeza como si fuera un ser vivo.

Extendió brazos y piernas y quedó suspendida, subiendo y bajando ligeramente a causa de su propia respiración. Se volvió boca arriba y siguió con la mirada las burbujas que, desde su boca, ascendían hacia el sol como medusas relucientes. Yo me arrodillé sobre el fondo sin poder dejar de mirarla. Allí estábamos unidos. Dos seres a cámara lenta en un mundo a cámara lenta. En catorce años de experiencia con cientos de clientes, nunca antes había surgido semejante sentimiento de comunión. Jola se acercó y aterrizó de rodillas justo frente a mí. Así estuvimos un rato más, como si nos venerásemos uno al otro. Una pequeña sepia pasó nadando y nos miró con curiosidad. Cambió la coloración de sus manchas por el patrón rayado del celo para descubrir si éramos machos o hembras. Al final, Jola unió el pulgar y el índice formando un «¿Ok?». Yo contesté a su señal: «Sí, ok».

Ya no sé quién de los dos fue el primero en extender las manos. Sí sé que yo la agarré de los hombros y la estreché, y que ella enseguida correspondió a mi abrazo. No podíamos besarnos porque debíamos mantener los reguladores en la boca. No podíamos acariciarnos porque medio centímetro de neopreno nos cubría la piel y el equipo se entrometía por todas partes. Solo me quedaban sus manos y su nuca. Metí los dedos por la abertura lateral del chaleco de Jola, para por lo menos palpar la forma aplanada de su pecho bajo el tejido. La giré y la incliné hacia delante para frotarme contra sus nalgas engomadas. Pensé un momento si podía atreverme a desvestirla. Sostenerla con una mano por el cinturón de plomo mientras con la otra le quitaba poco a poco el chaleco. Dejar la botella en el fondo. Podría haberse sujetado a ella con las manos para no ir a la deriva. Seguramente habría conseguido sacarla a medias del traje. El solo hecho de imaginar que abría la cremallera y liberaba sus pechos con ella tumbada boca arriba sobre el lecho marino, indefensa como un recién nacido, encadenada a la reserva de aire mediante un tubo, me volvía loco.

No hice nada semejante, desde luego. Nos encontrábamos a veinte metros de profundidad, era su decimoquinta inmersión y yo su instructor, sobre quien recaía toda la responsabilidad. La sepia, aburrida, había reemprendido su marcha. Tres rayas mariposa se

deslizaron por el fondo a cierta distancia. Theo habría estado entusiasmado.

La mitad de mi vida me había tenido por un hombre poco apasionado en el amor. A veces contemplaba la cara de Antje y pensaba que era muy guapa. Entonces me alegraba de que estuviera conmigo. Esos breves momentos eran para mí la cúspide del sentimiento. Ese amor que, por el contrario, llevaba a familias enteras a la ruina, que provocaba guerras o que abocaba al loco enamorado al suicidio, solo lo conocía por las películas. El mero concepto me resultaba ajeno. Como si me faltara el órgano que producía esa clase de querer. Por eso, durante mucho tiempo había pensado que tenía algo estropeado. En la universidad había invertido grandes esfuerzos en intentar enamorarme. Eso me condujo al sexo, pero yo era demasiado honesto para confundir un calentón con amor.

Un día —hacía ya varios años que vivía con Antje— oí al profesional de la publicidad Donald Draper decirle a una mujer en la serie *Mad Men*: «Lo que usted llama amor lo inventamos hombres como yo para vender medias». A partir de entonces me sentí mejor. A partir de entonces ya no me sentí deficiente. Consideraba el amor una mezcla entre pacto social y reacción psicosomática. Pensaba que las personas como Antje experimentaban amor porque en cada esquina les explicaban que así debía ser. Antje empezó a decirme «Te quiero» desde la primera vez que nos acostamos. Al final estuve en disposición de contestarle con un «Y yo a ti». Sencillamente decidí llamar «amor» a un compañerismo que llevaba años funcionando. E incluso estaba bastante seguro de que en realidad Antje y yo nos referíamos a lo mismo.

Hasta ese instante en que, sobre el lecho del Atlántico, abracé a Jola, escultural y envasada en neopreno. Jola, que me metió una mano

entre los muslos y agarró con fuerza para burlar la barrera del traje. Ni rastro de la timidez infantil con la que Antje empezaba a acariciarme la nuca una vez a la semana. Siempre intentaba colocarse detrás de mí mientras yo estaba sentado en el sofá, o al ordenador, y me hacía cosquillas en las orejas con movimientos insistentes, hasta que yo le asía las muñecas y se las besaba como pura forma de autodefensa. Al besar, en lugar de abrir bien la boca, Antje solo sacaba la punta de la lengua entre los dientes y lamía mis labios. Soltaba unas risitas y tiraba las chancletas al suelo haciendo más ruido del necesario mientras corría hacia el dormitorio antes que yo. Siempre quería estar tumbada boca arriba, porque, si no, no se corría.

De pronto Jola me demostraba que, si todavía no había dejado a Antje, era solo a causa de mis erróneas creencias sobre el amor. Antje era como el práctico armario que habíamos comprado bastante bien de precio cuando nos trasladamos a la Residencia: una solución provisional que, años después, seguía estando en el mismo lugar porque había resultado ser útil y no daba ningún motivo claro para que nos deshiciéramos de él. Antje era una maestra en el arte de no dar motivos.



A Jola, por el contrario, la deseaba tanto que casi me hacía perder el conocimiento. Incluso en el agua fría del Atlántico creía sentir la calidez que irradiaba de ella. Como si su cuerpo estuviera lleno de un líquido caliente. Volvió mi cabeza hacia la suya y señaló hacia arriba con el pulgar. Yo asentí aunque no tenía ningunas ganas de ascender. En ese mundo que no había sido creado para las personas, estábamos hechos el uno para el otro.

Siendo un submarinista conservador, me di ocho minutos para regresar a la superficie. Ayudé a Jola a salir del agua por las rocas e insistí en llevar el equipo enseguida a la furgoneta. Subimos por el escarpado camino del acantilado uno detrás del otro. Jola tenía la marca roja de las gafas de buceo en la cara. Cuando llegamos a la Volkswagen, me empujó contra un lateral a la vez que intentaba abrir

la cremallera de mi espalda. La aparté de mí; era imposible salir así de los trajes. Uno junto al otro liberamos nuestros cuerpos del neopreno. Con las prisas y a la pata coja, Jola estuvo a punto de caerse. Entonces la vi desnuda. Se apoyó en la furgoneta con ambas manos y me ofreció las nalgas. La así de las caderas. Sus pechos pendían libres, el pelo mojado se le pegaba a la espalda.

Estaba sucediendo. Habría sucedido. Solo que algo no iba bien. Era la forma en que Jola se volvía hacia mí. Su mirada interrogante. Excitante, cachonda. A qué esperas. Parecía una actriz. Coloqué la polla entre sus muslos y empecé a moverme. No estaba especialmente húmeda y, aun así, enseguida echó la cabeza hacia atrás. Gemía al ritmo de mis movimientos. Como si interpretáramos los papeles protagonistas en una peli de porno vacacional. Podría habérsela metido, habérmela follado bien, y unos minutos después todo habría terminado. Pero ¿para qué?

Tal vez se debía a que, fuera del agua, éramos personas. En mi interior reinaba un silencio sepulcral. Los imperiosos sentimientos de un momento antes habían enmudecido. Nos vi como desde el exterior. La furgoneta Volkswagen, el equipo tirado por el suelo. Una turista y su instructor de buceo, que estaba a punto de olvidar sus principios. El sexo representaba una forma severa de intromisión. El error de creer que podía uno mantenerse al margen de todo después de un polvo rápido ya lo habían cometido suficientes hombres antes que yo.

Me retiré, le acaricié el culo y murmuré una disculpa. Después me enfundé los vaqueros y me dispuse a cargar el equipo. Estaba visto que últimamente el punto de inmersión de Mala no tenía buena estrella. Cuando me senté al volante, Jola estaba ya reclinada en su asiento. No parecía enfadada. Más bien algo ausente. Miraba a lo lejos como si de pronto se le hubiera ocurrido una idea muy importante. Le puse un momento la mano en la rodilla. Después usé esa misma mano para meter la marcha.

A lo largo de su vida, un hombre se acostumbra a que las mujeres, salvo contadas excepciones, no quieran acostarse con él. Una mujer, por el contrario, puede dar por hecho que, en teoría, todos los hombres querrán acostarse con ella. Hoy me pregunto qué debió de

significar para una mujer como Jola sentirse rechazada. ¿De verdad es posible que el destino quisiera que yo en ese momento llegara hasta el final? Las preguntas que no tienen respuesta son las que mejor se prestan a plantearse una y otra vez.

# Diario de Jola, cuarto día
# (páginas arrancadas y pegadas otra vez)

*Martes, 15 de noviembre. Por la tarde*

Las algas producen el ochenta por ciento de nuestro oxígeno. Eso dice mi iPhone. Y también que hace unos cuantos millones de años se formaron montañas enteras con el calcio de los animales marinos. El hombre fabrica con ello hormigón. Erige ciudades de conchas de caracoles y cáscaras de moluscos. Al viejo le gusta esa imagen. A lo mejor puede convertirla en una historia.

El buen humor funciona igual que el mal humor. Hay que descargarlo sobre alguien. Como aquí no hay nadie más, el placer lo tiene el viejo. Está tumbado en el sofá, gastando pañuelos de papel. Le he preparado una infusión, le he ahuecado los cojines y he reconocido que su dolencia es la más trágica del universo. Le voy leyendo curiosidades de internet. Así, la felicidad con uno se transforma en ternura hacia el otro. Cuidado: la felicidad, no la mala conciencia.

Lo que más me gustaría contarle al viejo es algo muy diferente. Quisiera explicarle en detalle cómo Sven, que normalmente habla todo el rato cuando vamos en la furgoneta (describe la inmersión que vamos a realizar, ensalza los escasos atractivos turísticos que tiene la isla, narra anécdotas de su vida submarina), de pronto hoy no ha dicho ni una palabra. En lugar de eso, volvía la cabeza cada veinte segundos para mirarme. ¿Por qué no se lo explico a Theo? Porque se enfurecería, me molería a palos, puede que incluso me matara. Sin querer. No se merece una historia sobre felicidad. Tener la boca cerrada es por lo menos igual de divertido. Así que aquí estoy, sentada en la cama del dormitorio, riéndome de vez en cuando yo sola.

¿Qué tiene tanta gracia?, exclama el viejo desde el sofá.

¿Sabías que las sepias cambian de color cuando están en celo?,

contesto yo levantando la voz.

En tierra firme me cuesta tomarme a Sven en serio. Brazos gruesos y esa mirada cándida. Un jurista frustrado que ha huido a la guardería eterna, con un cien por cien de sol garantizado y un cero por ciento de vida real. Pero bajo el agua es otra persona. Falso: otro ser. Su candidez se convierte en aplomo, su empeño en la más elevada concentración. Semejante confianza jamás se da entre las personas. Solo los animales la conocen. Lo observo, siento cómo su calma me llena a mí también. Dejo de resistirme. Solo quiero estar junto a él.

Hoy no he tenido miedo. El agua me llevaba consigo como en un vuelo lento. Sven me esperaba en el fondo. Nos hemos arrodillado uno frente al otro como sacerdote y sacerdotisa. La naturaleza solo conoce una clase de culto.

El año 1996, los *Neoselachii*, que comprenden a los tiburones modernos y las rayas, fueron divididos en dos taxones monofiléticos diferentes según sus características morfológicas: los *Galeomorphii* y los *Squalea*. Los tiburones pasaron a ser, por lo tanto, parafiléticos y, con ello, un taxón morfológico, y las rayas solo un subgrupo de los tiburones escualiformes.

Se lo leo a Theo del iPhone porque me ha vuelto a preguntar que de qué me río.

Hoy hemos visto rayas, le digo.

Qué feliz encuentro, me dice.

No podría haberme contestado nada más divertido. ¡Qué feliz encuentro, ya lo creo! Tengo que controlarme; si no, empezará a sospechar.

Las rayas planeaban por el agua como pájaros a cámara lenta. No nos han hecho el menor caso. Como si ni siquiera estuviéramos allí. Las manos de Sven bajo el chaleco, sobre mis pechos. A través del traje de buzo he notado lo dura que la tenía. La lenta ascensión ha sido una tortura bien dosificada. Con cada metro que nos acercábamos a la superficie aumentaba la tensión. Enamorada de mi instructor de buceo. ¿Y qué? Otras se tiran al profesor de esquí o al entrenador de tenis porque en casa las tratan como a una mierda. Lotte Hass se casó con el director de la expedición. Casi hemos corrido para llegar a la

furgoneta. A pesar de todo el equipo. Si se me hubiese ocurrido negarme, él me habría tomado por la fuerza. Nunca dos personas se habían librado tan deprisa de los trajes de neopreno. La chapa de la furgoneta de Sven estaba caliente bajo mis manos. A él lo tenía detrás, ha doblado un poco las rodillas para poder entrar dentro de mí. No ha habido nada sucio. Todo ha sido muy cálido. Casi me ha pedido permiso antes de metérmela. La impaciencia por poco nos hace perder la razón. Por fin teníamos todo el tiempo del mundo. Y aunque la humanidad entera, por consideración hacia los hombres, afirme durante cien años más que el tamaño no importa: Sven si está en disposición de llenarme. La dulce sensación de la entrega que me invade. El ruido del embate de las olas, la brisa suave, el paisaje negro. Salvo nosotros, ningún ser vivo por ninguna parte. Como si ya solo quedara vida en el mar, del que también nosotros acabábamos de emerger. Dos criaturas marinas que salen a tierra para aparearse. Cuando me acuesto con el viejo, incluso cuando todo va bien, pienso en otra cosa. Sven ha encontrado el ritmo. A mí se me han aflojado las rodillas, ha tenido que sujetarme. No se hartaba de mis pechos. Cada vez que creía que ya no podía ir a más, él seguía y seguía. Me he oído balbucear tonterías. Sven se ha puesto a gritar mi nombre. Cuando ha llegado el momento, casi se ha derrumbado encima de mí. Nunca antes me había corrido de pie.

Se ha tumbado de espaldas sobre el suelo de piedras y me ha arrastrado consigo. Nos hemos quedado juntos sobre la tierra. Me ha hecho trenzas en el pelo y me ha acariciado la nuca. Me ha dicho: «Te quiero, Jola». No me lo he tomado a mal. Entendía lo que quería decir. Ha sido un momento de paz absoluta.

Theo pregunta: ¿Cómo es que solo habéis hecho una inmersión?

Yo le digo: Bah, es que sin ti es la mitad de divertido.

Ríe: Pequeña hipócrita.

Ya en la pista de grava que sale de Mala, Sven me tenía abrazada mientras conducía. Vestido también me ha gustado tocarle. Poco antes de llegar a la carretera nos hemos sentado con decencia. En la isla todo el mundo se conoce. Nuestro silencio ha cobrado entonces otra cualidad. No dejábamos de sonreír. Cuando me ha hecho bajar ha

dicho: Hasta mañana. Yo he dicho: Saluda a Antje. Él ha dicho: Lo haré. Lo cual quería decir: Todo, absolutamente todo va bien.

# 8

Fue como un *déjà-vu*: Jola estaba sentada a la misma hora en el mismo punto de la escalera de la Casa Raya, esperándome. Sola. Yo saqué la Volkswagen marcha atrás por la entrada, bajé y dije «Hola». El mismo error. Tendría que haberme quedado sentado al volante. Cuando estuve frente a ella, me cogió del cuello y me dio un beso en la boca.

—Buenos días —dijo.

Eché un vistazo rápido para comprobar que ni Antje ni Theo estuvieran en la ventana, esperando para despedirnos con la mano. Gracias a Dios que no había vecinos. La explanada de arena estaba desierta, decorada por las formas geométricas de las sombras de la mañana.

—Sube —dije.

Me había decidido por Famara. Allí, el plano fondo de arena iba cayendo lentamente, de manera que el oleaje levantaba pequeños objetos flotantes y, la mayoría de los días, echaba a perder la visibilidad. Aparte de briznas de algas, bancos de salpas y la vieja morena Helena en su sempiterna grieta de las rocas, no había nada que ver. Sin embargo, el punto de acceso estaba justo en el viejo puerto, así que había que cambiarse en mitad del pueblo. El mejor lugar para no estar solos.

Durante el trayecto no paré de explicar cosas. Mi boca y la parte de mi cerebro que se ocupaba del habla representaron una función que yo no había programado. Por algún motivo, me extendí sobre el buceo técnico, sobre el enorme despliegue de equipo y planificación que hacía falta para bajar a unos ridículos cien metros de profundidad: cien metros que, en tierra, recorría uno en un minuto casi sin darse cuenta. Expliqué la legendaria desproporción entre descenso y ascenso poniendo como ejemplo la expedición que tenía planeada a mi pecio. Me sumergiría a toda velocidad y, al final, solo dispondría de veinte minutos para visitar el buque hundido. Para el ascenso, sin embargo,

necesitaría más de dos horas si no quería poner mi vida en peligro. En la última parada tendría que pasar una hora entera a seis metros de profundidad, con la luz, el aire y el casco de la embarcación de apoyo justo encima de mí. Encadenado a la presión del agua por la cantidad de nitrógeno disuelto en mi organismo.

Jola, que con toda probabilidad jamás había realizado más que inmersiones en tiempo de no descompresión y que seguramente ni siquiera había llegado a comprender lo que implicaba eso, miraba por la ventanilla. Llevaba una minifalda verde oliva. A mí me costaba mucho esfuerzo no pensar que ahí abajo iba rasurada. Nos cruzamos con Bernie, que nos saludó desde su Transit. Levanté una mano, Jola hizo lo mismo que yo. Como si hubiésemos recorrido ese trayecto juntos mil veces y hubiésemos saludado a Bernie juntos mil veces. A la primera ocasión me preguntaría por ella.

Aparcamos en una calle secundaria. Dos viejos pescadores interrumpieron su partida de ajedrez. Una española salió de un portal y echó un cubo de agua de fregar a nuestros pies. En un patio, un perro pastor se echaba la siesta bajo un bote de remos levantado sobre tacos. Con nuestros trajes negros y nuestras botellas a la espalda, recorrimos las callejas desiertas como dos extraterrestres de paso torpe. El calor se acumulaba ya de buena mañana entre las viejas fachadas. Jola tenía la cara colorada del esfuerzo. Antes de entrar en el agua, intentó darme la mano. Yo la rechacé. No sabía qué me resultaba más penoso, si haber llegado tan lejos el día anterior o no haberla poseído finalmente. Debía de ser una combinación de ambas cosas.

La visibilidad era lamentable, el mar estaba tibio como el orín. Cabeceamos como mucho a nueve metros de profundidad en aquel caldo turbio y ni siquiera encontramos a la morena Helena en casa. Yo estaba desconcertado por el hecho de que, aunque solo fuera por unos instantes de absoluto calentón, se me hubiera ocurrido pensar que había encontrado en Jola a mi gran amor. No me interesaban para nada las broncas. Hacía catorce años que basaba mi vida en la sabia decisión de mantenerme al margen de los asuntos ajenos. «Alemania» era el nombre de un sistema en el que todo giraba en torno a quién

tenía culpa y de qué. Jola era Alemania. Había venido de allí y allí regresaría. Theo y ella se habían traído consigo a la isla un pedazo de la zona de guerra. En lugar de mantener la mayor distancia posible, yo había estado a un suspiro de precipitarme dentro. Lo sucedido ya no se podía cambiar, pero sí era posible enderezar el volante tras una curva muy cerrada.

Hoy añadiría: siempre que sepa uno conducir. Frenar de golpe y dar un volantazo nunca es la estrategia correcta.

—Una inmersión genial —exclamó Jola.

Se tropezó con las aletas y cayó al agua de espaldas donde no cubría.

Yo le pregunté cuántas veces más tendría que repetirle que con las aletas había que caminar hacia atrás. Luego añadí que, además, ya iba siendo hora de que aprendiera a equilibrarse, en lugar de dar tumbos en el agua siguiendo un curso en zigzag. No era cuestión de echarle a nadie en cara su falta de talento, pero sí se trataba de interiorizar los principios básicos del deporte. ¿Acaso era pedir demasiado?

Jola no dijo nada. Yo reduje la pausa en superficie al mínimo necesario e insistí en realizar la segunda inmersión en el mismo lugar. Porque el agua somera y tranquila era la que mejor se adecuaba a los buceadores inseguros.

A las ocho menos algo habíamos salido de Lahora; después de la segunda inmersión, el reloj no había dado ni las doce aún. Mientras yo cargaba la furgoneta, Jola se quedó de pie detrás de mí, envuelta en un albornoz que había llevado por primera vez ese día y con una toalla en la cabeza. Parecía una modelo de un catálogo de baños de lujo. Tocar sus pechos bajo el grueso tejido de rizo debía de ser todo un placer.

—¿Vamos a ir a algún otro sitio?

—No he traído botellas para una tercera inmersión.

—¿Donde estuvimos ayer? ¿Solo un rato?

Me volví hacia ella.

—¿Para terminar la faena?

Jola sonrió y me tendió una mano.

—A lo mejor no es más que el principio.

Me aparté. Mi voz sonó agobiada a causa del esfuerzo que hacía por no gritar.

—¿A lo mejor, para variar, podrías dejar de comportarte como una fulana?

Ella se dejó caer sobre el bordillo y empezó a llorar. Un llanto pequeño, sin teatralidad. Hundió la cara en el cuello del albornoz.

A la mierda los pescadores. A la mierda la mujer del cubo de fregar, que ya volvía a asomarse a su portal. De todas formas, casi ningún autóctono me conocía, ni siquiera en Famara. El perro pastor de debajo del bote se había levantado como si quisiera acercarse a ver qué le sucedía a Jola. Me senté junto a ella y le pasé un brazo por los hombros.

Le dije que lo sentía.

Ella me preguntó qué quería decir con eso.

Le dije que el día anterior me había comportado con muy poca profesionalidad y que no volvería a suceder.

—Sven. —Levantó el rostro. Tenía las narinas enrojecidas, parecían temblar ligeramente—. Me he enamorado de ti.

—No digas tonterías. —Me aparté unos centímetros—. Es por las inmersiones. Son experiencias límite. Yo soy tu persona de referencia. Eso despierta sentimientos.

Extendió los dedos y me tocó el hombro.

—Déjalo. Por favor. —Le así la mano—. Tienes a Theo. Yo tengo… novia.

Recibió mi minúscula duda con una minúscula sonrisa.

—¿Ah, sí?

La conversación necesitaba un nuevo rumbo.

—Dentro de diez días subirás a un avión para volver a Alemania.

—Puedo quedarme aquí. Hacer el trabajo de Antje.

De pronto vi a Jola sentada en el estudio, frente al ordenador, las piernas echadas hacia un lado con elegancia mientras se ocupaba de llevar mi contabilidad. La vi de pie ante los fogones. Vi mis manos, que se metían bajo su vestido mientras ella removía las cazuelas. Ella se volvía un poco hacia mí… y de pronto era la cara de Antje la que se sostenía sobre el cuello de Jola y me miraba con tristeza por entre el

pelo de Jola. Me sobresalté.

—Pero, a ver, ¿de qué estamos hablando aquí?

—De la vida, me parece.

—Theo te quiere, Jola.

—¿Cómo vas a saber tú eso?

—Porque me lo ha dicho.

Pensativa, levantó la mirada hacia mí.

—¿De verdad?

El alivio me incitó a seguir.

—Cuando salimos a cenar. Que no puede vivir sin ti, me dijo. Que tú eres todo lo que tiene.

No recordaba sus palabras exactas, pero era algo en esa dirección.

—¿Y que puedes follarme si quieres?

—Es evidente que eso no lo dijo. —Intenté sonar indignado.

—¿Y que no tiene ningún problema con el hecho de que yo te ponga cachondo? ¿Porque de todos modos pongo cachondos a todos los tíos y él ya está acostumbrado?

Guardé silencio. Jola rió y se levantó al mismo tiempo.

—Eres un verdadero encanto, Sven.

Metió las manos en los bolsillos de su albornoz.

Los pescadores nos miraban sin ningún disimulo. Preferí pensar que no entendían alemán.

—No te preocupes —siguió diciendo Jola—. Tenemos tiempo. Podemos simplemente esperar a ver cómo se desarrollan las cosas.

Empezó a quitarse el biquini mojado debajo del albornoz. Estaba claro que la conversación había terminado. Aunque no sabía a qué conclusión habíamos llegado, me sentía mejor. Como si nos hubiésemos asegurado uno al otro que queríamos seguir siendo solo amigos.

Poco después, ella estaba sentada en el asiento del acompañante, el pelo recogido en una coleta, y parecía de muy buen humor.

—Comeremos en Teguise —dijo—. Después me gustaría ir a visitar el jardín de cactus.

Me senté al volante.

—Yo preferiría que regresáramos a Lahora.

Jola se echó a reír como si le hubiera contado un chiste buenísimo.

—¿No se te habrá olvidado para qué te pago? —La risa se interrumpió—. Dedicación exclusiva. Las veinticuatro horas. Arranca.

Eran las ocho de la tarde, Antje estaba sentada delante del televisor, yo al ordenador, cuando sonó el timbre de la puerta. Normalmente nadie llamaba a nuestro timbre. Nadie pasaba casualmente por el fin del mundo. Las raras ocasiones en que sí llamaban, era alguna de las amigas españolas de Antje, que venía a buscarla para ir de compras o que traía un conejo despellejado. El timbre no representaba ningún estímulo especial para mí. La mayoría de las veces ni siquiera movía la cabeza. Fue puro instinto lo que en esa ocasión me hizo decir «No te levantes» e ir hasta la puerta.

Fuera, en la oscuridad, estaba Theo, y no parecía haber venido para pedir que le prestáramos una taza de harina. Llevaba pantalones de traje, iba sin zapatos y se había abotonado mal la camisa. Tenía los ojos y la nariz enrojecidos. Olía a alcohol. Salí de casa y cerré la puerta tras de mí.

—¡Muchísimas felicidades! —Sonaba acatarrado—. Mi más sincera felicitación.

—Theo. ¿Te encuentras mejor?

—¿Quién habría pensado que sucedería tan deprisa, verdad? —Rió.

—¿Quién es? —preguntó Antje desde dentro.

—¡Solo es Theo! —exclamé en respuesta a través de la puerta cerrada.

—¿Me permites que ahora yo haga lo mismo contigo? —Señaló hacia la casa.

No podía calcular cuánto se le oía desde dentro. Su volumen se movía entre el susurro y el alarido.

—Beneficiarme a tu pequeña Antje, quiero decir.

Dio un traspié. Yo lo esquivé. Me enseñó los dientes.

—Te tengo cagado de miedo.

Bajo el agua me resultaba fácil mantener la calma en las coyunturas

difíciles. Incluso podría afirmarse que, cuanto más crítica se ponía la situación, más estable mi sistema nervioso. Por desgracia, eso no sucedía en tierra firme. Sentí un deseo salvaje de abofetear a Theo. Se sostenía tan tambaleante sobre sus piernas que hasta un niño habría sido capaz de tumbarlo. Pero era mi cliente.

—«Cagado» es la palabra clave. —Se cerró un agujero de la nariz y se sonó. El moco aterrizó a pocos milímetros de la alfombrilla de entrada—. ¿No habrás pensado que no mantendría mi palabra? Ya te dije que podías tenerla. Solo estoy aquí para dejar clara una cosa. —Me señaló con el dedo índice—. Eres una gran polla pegada a un cobarde. Eso es lo que eres. —Asintió despacio y pasó revista una vez más al significado de esas palabras.

—Escucha —dije yo—, ¿qué te parece si volvemos a hablar de esto mañana?

—¡¿Lo ves?! —Alzó la voz—. Ya vuelves a cagarte de miedo. Que no me oiga tu Antje. Eres un cobarde, Sven. He venido expresamente para hacértelo saber.

—Ya basta.

—¿De pronto ya basta? Si tú tienes derecho a follarte a mi mujer, yo tengo derecho a decirte cuatro cosas.

—No me he follado a tu mujer.

—¡Ah! —Soltó un grito que tardó varios segundos en desenmascararse como carcajada—. ¡Qué flojo es eso, Sven! ¡Eres un cagado de mierda! ¡Por lo menos da la cara!

De repente apareció un brillo en su rostro. Sus ojos, su camisa, toda su figura irradiaba verdadera luz. Tardé un rato en comprender que la puerta se había abierto a mi espalda.

—¿Va todo bien? —preguntó Antje.

Detestaba la sensación de perder el control. El control era el objetivo de todo empeño humano. La pérdida de control significaba la muerte. Sentí que mi cerebro perdía temperatura.

—¡La parienta! —exclamó Theo, alegre—. ¡Buenas noches!

Antje me miró con ojos interrogantes. Como siempre, enseguida intentó llegar a un entendimiento conmigo. Mi cuerpo me hizo el favor de encogerse de hombros y convertir mi boca en una mueca de

confusión.

Theo se volvió hacia ella.

—No me alargaré mucho más. —Entonces volvió a dirigir su índice hacia mí—. No buceas porque los peces te parezcan estupendos. Buceas porque ahí abajo te sientes seguro.

Su lengua parecía más suelta, sonaba menos bebido. Me pregunté si conmigo había estado fingiendo.

—Te tienes por el individualista supremo. Por un hombre entero, que fue lo bastante valiente para apearse y no seguir jugando al juego de los débiles y los idiotas. Pero no eres la excepción. Ni siquiera te has apeado. Eres el apabullado prototipo del apabullado siglo veintiuno. ¡Una época entera de apabullamiento! ¿Recuerdas aún lo que pensábamos a finales del siglo pasado? La gran oportunidad, la gran libertad. Todo quisque quería aprovecharlo todo y entonces, de repente, resultó ser demasiado. Demasiado mundo, demasiada información, demasiadas posibilidades. Todos se van al exilio, querido don polla gigantesca. Se exilian en la intimidad de su hogar, en el campo, en un hobby, en la nostalgia o incluso en una isla. Un batirse en retirada que todo lo abarca, y tú estás metido de lleno.

Se enjugó el sudor. Estaba agotado de tanto hablar. No solo la borrachera, también el odio había desaparecido. Permaneció un rato mirando con los ojos entornados hacia el cielo nocturno, como sopesando si merecía la pena concluir ya su discurso.

—De acuerdo —añadió al fin—, lo que quiero decir es lo siguiente: también a ti te llegará la hora. Tú sueña con tu planeta privado, sueña con tu gran independencia. Un día te llegará la hora, igual que a todos los demás. Y entonces te acordarás de mis palabras. Buenas noches.

Dicho eso, dio media vuelta, recorrió el camino de grava y cerró con cuidado la puerta del jardín tras de sí. Lo vimos cruzar la explanada de arena y desaparecer en la Casa Raya.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Antje.

—No lo sé —respondí.

Ella se encogió de hombros.

—Será el jarabe para el resfriado sumado al tinto de Nenad.

—¿Se lo has dado tú?

—¿Cómo iba a saber que pensaba bebérselo todo de golpe?

No pude evitar reír. Me sentía bien. No había hecho nada más que estar allí plantado y, sin embargo, era el vencedor. Mejor dicho: precisamente por eso. Todo bajo control. Antje me miró.

—¿Por qué te ha llamado «don polla gigantesca»?

Le acaricié un momento el pelo. Entramos juntos otra vez en casa.

## Diario de Jola, quinto día

*Miércoles, 16 de noviembre. De noche*

Me estoy limpiando algo húmedo de la boca y miro si es sangre cuando suena el móvil. Hartmut el Grande.

Yo: Hola, papá. Él: Como siempre, habla sin puntos ni comas. A veces me pregunto si llegaría a enterarse en caso de haber marcado un número equivocado. Nadie puede hacer preguntas más hermosas sin querer saber la respuesta. Para Hartmut el Grande, «Cómo estás, ah, me alegro» es una sola frase. En algún momento dejé de estar escuchándolo siempre. Desde entonces, nuestra relación es difícil. De lo cual él aún no se ha dado mucha cuenta.

El viejo sigue en el rincón, dándose un masaje en los nudillos y temblando. Yo le señalo el móvil que sostengo junto a mi oreja y formo un mudo «Hartmut» con los labios.

Hartmut habla de los disgustos que tiene con su nuevo proyecto, despotrica contra los directivos de la WDR, contra la Fundación de las Artes Cinematográficas de Renania del Norte-Westfalia, contra lo lentos que llegan a ser los guionistas, contra el joven director, que es lo bastante lerdo para creerse un verdadero artista, y evidentemente contra la caprichosa actriz principal.

Yo voy soltando algún «Ajá» y algún «Ah, vaya» de vez en cuando. No le he explicado a Hartmut nada de Lotte. Seguro que él podría conseguirme el papel. ¡Tú dímelo, tesoro! Una llamadita, un poco de presión… Pero entonces Lotte estaría muerta. No sería mi Lotte. Ya puestos, también podría hacerle una mamada a algún director y que me dé el papel de mejor amiga de la protagonista en su nueva comedia.

Siempre con lo de la caprichosa actriz principal. Que por quién se tiene. Que qué se imagina. Que quién se ha creído ser.

Esa sería una buena para el viejo. «¡“Que es”! —vociferaría—. ¡Quién se ha creído “que es”!»

Casi no puedo evitar reírme. Qué alivio, cuando por fin me pega. Entonces piensa que me río de él. Que no me lo tomo en serio. Lo cual lo enfurece más aún, y entonces sí que tengo miedo. El viejo me ha destruido el alma. Solo las almas destruidas ríen mientras reciben una paliza. Yo me encargo de que suceda con regularidad. Satisfacción para sus instintos básicos en pequeñas dosis. Si se acumula, un día me partirá la cabeza sin querer. Cuando más miedo tengo es cuando no me toca. Visto así, hoy ha sido un buen día. Ni siquiera me ha hecho sangre. El viejo lleva cuidado para que al día siguiente no se note nada. Perder los estribos, sí, pero con sistema, por favor.

A continuación Hartmut la toma con la familia. Mamá ha vuelto a cambiarse el color del tinte. El bótox no le sienta bien. Lo peor son sus chistes: Entonces le confieso a mi mujer que la noche anterior la he engañado. Y ella me dice: Pero, Hartmut, si a la que te tiraste anoche fue a mí.

¿Cuánto tiempo hace que sus gracias me hieren, que querría gritar: ¡Papá, que soy tu hija, que la mujer de la que hablas es mi madre!? Me parece que a mí el Edipo se me acabó cuando todavía no sabía ni deletrear «Edipo» siquiera. Una buena preparación para el viejo. Así entrena el joven las habilidades que necesitará con treinta años. Quizá debería darle las gracias a Hartmut. Muchas gracias, papá, porque me dejaste claro desde muy temprano lo despreciables que son las personas. Y lo cierto es que tu llamada ha llegado en el mejor de los momentos.

No hace ni media hora que el viejo ha aparecido de repente en la puerta mientras yo estaba sentada en la cama, escribiendo.

Quiero saber ahora mismo qué es lo que escribes y cómo es que te ríes de una forma tan tonta.

Vete a la mierda.

Dame eso.

Jamás.

Dámelo o te parto todos los huesos.

Que no, que sí, que no, que sí, como en parvulitos. Al final gana el

que primero se pone violento. Theo ha arrancado un par de páginas de mi libreta y ha tirado el resto al suelo. Yo me he hecho un ovillo en la cama mientras él leía. Una eternidad. ¿Cuánto puede tardarse en comprender que tu novia se ha tirado a otro? Al terminar, ha estrujado todas las páginas y las ha dejado caer. Que había algunos fragmentos muy bien escritos, me ha dicho. ¿Es que acaso quiero hacerme escritora? No he contestado. Esperaba que arremetiera contra mí. En lugar de eso, ha dado rienda suelta a las lamentaciones. Que cómo puedo hacerle esto. Que él me ama. Que si quiero matarlo. Que no puedo abandonarlo. Que él ya sabe lo mal que me trata, lo poco que me merece, la cantidad de veces que me ha engañado, o que por lo menos lo ha intentado… Al menos todavía se acuerda de eso. Que en mi caso, sin embargo, la cosa es muy diferente, porque a fin de cuentas él es una mala persona, un demonio, y yo por el contrario un ángel, su ángel, inocente y puro. Se ha puesto a beber mientras hablaba, ha acabado hasta con los restos de ayer directamente de la botella rota y luego ha descorchado otra. Que su pequeña no podía dejarse ensuciar por el primer submarinista imbécil que pasara por allí, y que si su enorme polla de verdad me llenaba tanto, ¡¿eh, puta asquerosa?!

Pégame de una vez, he pensado yo. No esperes tanto. El miedo me tenía atenazada. Mi rostro se contorsionaba en muecas incontrolables. Mi voz interior gritaba: ¡Domínate! ¡Sé fuerte! ¡Sé fría! ¡No puede hacerte nada! ¡No puede llegar a tu alma!… Pero el alma hace tiempo que me la arrebató, y lo que me queda es el cuerpo, que estaba allí tirado, indefenso, mientras el viejo se iba encendiendo. ¿Es que no tenía yo, pedazo de mierda, ni un poco de respeto en las venas? ¿Precisamente con semejante isleño inútil, un auténtico fracasado que ha huido de casa para jugar a ser un milhombres? ¿Es que tenía que enseñarme respeto? ¿Acaso llegaría yo a suplicárselo incluso? ¡Cobarde!, le he gritado, y entonces, por fin, me ha pegado un puñetazo y ha sonado el teléfono.

¿Qué diría Hartmut si yo lo interrumpiera? Perdona, papá, tengo que colgar, Theo estaba a punto de violarme; ahora, antes de que esté demasiado borracho para conseguirlo. Seguro que diría exactamente

lo mismo que ha dicho, o sea, que se alegra mucho de lo bien que lo estamos pasando en la isla, pero que en realidad tampoco tiene tanto tiempo para hablar y que llamaba por un motivo muy concreto, y era para comunicarme que Bittmann ha vuelto a zarpar con el *Dorset* y que en algún momento de los próximos días llegará a Puerto Calero, con Bittmann *himself* a bordo y sin duda con la chusma habitual: un poco del mundo del teatro, un poco del cine, un poco de la literatura. El caso es que la semana que viene Bittmann celebrará una pequeña cena en el *Dorset,* y a una chica como yo no le vendría nada mal asistir a ella, es más, le sería incluso muy beneficioso.

Hartmut cuelga. Yo sigo haciendo «Ajá» y «Ah, vaya», hasta que el viejo se ha terminado su botella. Entonces digo «Vale, papá, hasta otro día», y guardo el móvil.

El viejo se sienta a la mesa, la cabeza apoyada en las manos. Es su postura de sentirlo mucho. Que si no podré perdonarlo una vez más. Que tengo todo el derecho a engañar con otro a un gilipollas como él. Porque me merezco a alguien que sea bueno conmigo. Me tiende la mano extendida, pero yo no tengo ganas de mimos. El viejo está ya tan mamado que apenas consigue abrir la siguiente botella. ¿Por qué siento tristeza en lugar de regodearme en su desgracia cuando lo veo sentado de esa forma? Se le ve tan mayor… Y solo. Un par de frases más de su novela que me sé de memoria: «Los hombres experimentan odio cuando deberían experimentar compasión. Con las mujeres, sucede lo contrario».

Hoy, después de la inmersión, Sven me ha preguntado si me imaginaba viniéndome a vivir a la isla. Lo ha dicho en serio. Lo había estado pensando y su intención era totalmente sincera. No quería oír ningún argumento sensato. ¡Como si la semana que viene fuera a hundirse el mundo! Tenía la cara congestionada de tanto empeño. Yo he estado a punto de echarme a reír. Estoy ya tan estropeada que doy media vuelta cuando alguien sencillamente quiere tratarme bien. Sven me ha insistido para que volviéramos otra vez a Mala. Casi no lograba quitarme las manos de encima. Le he pedido que me dejara tiempo. Que le diera a las cosas una oportunidad para evolucionar. Parecía el dalai lama hablando, y él, el joven Werther. Y eso que tiene diez años

más que yo. A pesar de todo, ha sido una tarde agradable. Comida en Teguise y paseo de la mano por el jardín de cactus. Más como un matrimonio feliz que como recién enamorados. El viejo solitario acechaba muy lejos, tras el horizonte.

Pero ahí está sentado, encorvado sobre la mesa. Por lo visto Antje le trae las botellas; el suministro no se le acaba. Mientras se dedique a emborracharse y a darle vueltas a la cabeza, me dejará en paz. A lo mejor Theo y Antje podrían enamorarse y así seríamos todos felices y comeríamos perdices. Los cuatro, puerta frente a puerta.

# 9

No podía dormir. La aparición de Theo seguía rondándome por la cabeza. ¿Cómo se le ocurría llamarme cobarde por haber dejado Alemania? Los cobardes eran justamente las personas como él, que habían descubierto el juego y, a pesar de ello, seguían jugando. De sobra me conocía los oportunos discursitos de mis clientes. Despotricaban contra la sociedad competitiva mientras enviaban a sus hijos a clases de chino. Rechazaban la ideología del crecimiento sostenido mientras salían a la calle para exigir el siguiente aumento salarial. Les reprochaban a los directores de empresa su codicia mientras buscaban en internet fondos de acciones con las mejores promesas de interés. Veían tertulias de crítica al capitalismo en sus pantallas planas de última generación. Todos maldecían, todos contribuían. Me provocaba arcadas. Al final, de toda esa miasma solo salían tipos acabados. Como Theo. El hecho de que él fuera lo bastante inteligente para darse cuenta de la absurdidad lo hacía aún peor. Que me llamara cobarde solo podía querer decir que en realidad me envidiaba. La otra pregunta era qué le había explicado Jola. Seguramente nada de nada. Seguramente se le había desbocado la imaginación. Lo mejor sería no tomar ninguna medida. El noventa por ciento de todos los problemas se solucionaban por sí solos si uno mantenía la calma.

Pasaba poco de la medianoche. Me levanté, bebí un vaso de agua en la cocina y me comí unas olivas y unos tacos de queso sin cerrar la puerta de la nevera. Eso no me ayudaría a conciliar el sueño. Me fui al estudio. Emil estaba sobre el teclado y miró hacia mí. Cuando extendí la mano, subió a mis dedos como si fueran una escalera, trepó por mi muñeca y siguió hasta la curva del codo, donde se quedó quieto. En noviembre refrescaba un poco por la noche y yo poseía calor corporal suficiente como para compartirlo con él. A fin de no molestar a Emil, encendí el ordenador con una sola mano, abrí la página principal de la

web de *Amores y odios* y busqué un rato hasta encontrar el archivo. «Mentiras mortales», del 16 de abril de 2010. Desde el pasillo me llegó el tenue repiqueteo de unas patas sobre las baldosas de terracota y un olisqueo en el umbral. Todd entró y movió la cola entusiasmado de haberme encontrado. Con el pie lo empujé de vuelta al pasillo y cerré la puerta. No me interesaba tener un soplón.

Dos tipos en un escenario de una cafetería. Uno, de veintitantos años, llevaba una gorra de béisbol y barba de tres días, lo cual se suponía que lo convertía en deportista y simpático. El otro, no mucho mayor, iba bien peinado y llevaba traje, lo cual enseguida lo señalaba como enemigo del simpático. No pude reprimir una sonrisa. Era típico: una serie producida por imbéciles codiciosos en la que se mostraba a un imbécil codicioso como el malvado. El capitalismo denunciaba a sus más fieles servidores.

Estaban hablando sobre la cafetería del simpático, en la cual había invertido el del traje, por lo que ahora quería ver sus réditos, mientras que el simpático le suplicaba algo más de tiempo para darle vida al negocio. El del traje se disponía a soltar una vil amenaza cuando una rubia despampanante se acercó a la mesa y colgó su siliconado y moreno escote de solárium por encima del simpático. Avancé el capítulo. El resumen me había prometido una aparición de Bella Schweig. Los pies fríos de Emil se movieron en la curva de mi codo, después se quedó quieto otra vez.

Bella estaba ante la puerta de un piso y se mordía los labios. Llevaba un vestido de estampado estridente, quizá demasiado juvenil, que, sin embargo, desvelaba bastante de su figura. Por fin tuve tiempo de contemplarla con tranquilidad. Podía estarme allí sentado y observar hasta el último detalle de su rostro, cada gesto de su cuerpo. Se alborotó el pelo con ambas manos. Se frotó los ojos y se pellizcó las mejillas. Cuando la cámara volvió a ofrecer un primer plano, tenía el maquillaje corrido y lágrimas resbalándole por la cara. Entonces llamó al timbre. Yo seguía ahí sentado, fascinado. El dolor me apresaba el tórax. No me había equivocado: era más guapa que todas las mujeres a las que yo conocía, desde luego. Pero más allá de su belleza había algo, algo que calaba hondo. Algo que me conmovía. Todo el rato

quería gritarle: «No hagas eso».

Un hombre mayor y atractivo, con las sienes plateadas, abrió la puerta. Me gustó su jersey gris de punto liso y los vaqueros oscuros. De la conversación se desprendía que era el ex novio de Bella y que no quería dejarla entrar. Ella, sin embargo, lloraba desconsoladamente y acabó por lanzarse a sus brazos. Le decía que estaba en el barrio por casualidad y que abajo, en la calle, había sido testigo de un terrible accidente. Un camión había arrollado a un ciclista. Sangre por todas partes. Y entonces se desmayó.

A mí me pareció que lo hacía muy bien, y me alegré por ella al ver que su compañero de escena parecía más sensato que aquellos dos tontos del culo de la cafetería.

Se la llevó al sofá y le puso los pies en alto. Por lo visto era médico. Con una mano le tocó la frente, con la otra, la barriga. El dolor de mi tórax se intensificó. Apagué el ordenador y me quedé un rato más sentado en la oscuridad. Emil dejó mi brazo sin que yo tuviera que empujarlo y se encaramó al monitor, que crepitaba levemente.

Al oír el tono de mi móvil, me acerqué de un paso a la ventana y miré a través de las cortinas. Toda la Casa Raya estaba a oscuras. No se intuía ninguna luz tras los postigos, nada se movía en el jardín. Abrí el mensaje de texto.

«Yo tampoco puedo dormir. Pienso en ti. J.»

Me quedé un buen rato allí de pie, inmóvil. La pantalla del móvil se apagó. En la puerta oí a Todd resollando. A partir de ese momento, no había nada que hubiera podido hacer.

# 10

Los días siguientes me sentí como si tuviera fiebre. Esa típica mezcla de debilidad, aturdimiento y felicidad nerviosa. No era una sensación desagradable, la verdad. De pronto el mundo entero había dado un paso atrás. Era como estar viendo una película en la que uno mismo interpretaba el papel protagonista. Como si la vida fuera una aventura entretenida sin ninguna consecuencia. Mi madre llamaba a eso la actitud del «me importa todo una mierda». «Con esa actitud de "me importa todo una mierda" no te pienso dejar salir de casa —me decía —. Túmbate en la cama y espera hasta que puedas volver a pensar con claridad.»

En realidad no tenía fiebre, por supuesto. Aun así, visto en retrospectiva no me resulta fácil describir con exactitud lo que sucedió. Los días que transcurrieron hasta la cena del *Dorset*, donde, tal como creo hoy, se tomaron todas las decisiones, se difuminan, se niegan a asumir un orden claro, intentan conformar una masa sin principio ni final. Por las noches esperaba a que Antje se quedara dormida y me apostaba frente al ordenador para ver un par de capítulos de *Amores y odios*. Me colocaba a Emil en el brazo y me sacaba la polla de los calzoncillos. Me gustaba esperar hasta que por fin aparecía Bella. Y, sobre todo, me tomaba mi tiempo. Aguantaba hasta tres capítulos enteros. Cuando terminaba, el reloj marcaba más de la una y ya no podía ni pensar en dormir. Me tumbaba en el sofá y reflexionaba si mi nueva pasión por *Amores y odios* interfería en mi trabajo con Jola y Theo. Tras detenidas consideraciones llegué a la conclusión de que lo que hiciera o dejara de hacer en mi tiempo libre no podía tener nada que ver con mis relaciones profesionales. Ningún abogado rechazaba un caso solo por tener fantasías con una clienta que quitaba el hipo.

En resumen, podría decirse que solo bajo el agua seguía siendo todo como antes. Theo había vuelto a acompañarnos. A pesar de su catarro,

insistía en venir a todas las inmersiones. Le expliqué los riesgos que corría y le prohibí que se pusiera gotas nasales. Tardaba una eternidad desesperante en compensar la presión, pero siempre conseguía llegar a la profundidad planeada. Por lo visto había decidido no quitarnos el ojo de encima a Jola y a mí ni a veinte metros por debajo del nivel del mar. Los tres juntos nos mecíamos en el silencio líquido, nos señalábamos unos a otros tiburones ángel, rayas y meros. Dábamos de comer erizos a los pulpos, contemplábamos a las barracudas en sus cacerías.

Sobre la superficie, por el contrario, el aire parecía reverberar entre nosotros. Como si los tres esperásemos que pasara algo. Y teníamos espectadores, además. Todo empezó una tarde en que fuimos juntos a comprar al súper. Como a mí no me gustaba hablar con las dependientas, maniobré para que Theo y Jola pasaran de largo por el puesto de quesos, la pescadería y la carnicería. También di un rodeo para evitar la frutería, en la que no podía pesarse uno mismo el género. Me detuve delante de una estantería con botes de aceitunas y esperé mientras Theo estudiaba el surtido de vinos dos pasillos más allá. Jola había desaparecido entre artículos cosméticos. Regresó con una caja de muchos colores, me cogió del brazo y me puso el producto delante de las narices.

—¿Qué te parece?

Vi la fotografía de una mujer muy acicalada con el pelo de un rubio pajizo y no entendí nada.

—Es decolorante —explicó Jola—. Lotte es rubia. Si quieres saber cómo piensa alguien, tienes que llevar su mismo pelo.

Intenté liberar mi brazo.

—¿Crees que me quedará bien?

Se acurrucó más contra mí.

—A mí me gusta tu pelo —dije.

Jola rió y me dio un beso en la boca. Cuando sentí su lengua entre los dientes, perdí el mundo de vista. Fue solo un breve instante en el que mis ojos se cerraron y mis manos tocaron. Creí caer. Hasta que oí la voz de mi colega Laura.

—¿Estáis ensayando una escena para *Amores y odios*?

Me habría gustado darme un bofetón. El supermercado quedaba de camino a la playa. Todos iban allí a comprar. Laura nos miraba como si hiciera ya un buen rato que estaba frente a nosotros.

—¿O es que la respiración boca a boca es parte de la formación?

Por lo visto, eso le pareció gracioso.

Jola, a quien había apartado de mí en pleno sobresalto, se apoyó en la estantería de las aceitunas y se recolocó la camiseta con una explicitud provocativa. Yo levanté una mano para saludar, aunque no hacía ninguna falta.

—Laura. ¿Qué tal va todo?

—Eso iba a preguntar yo —dijo Theo. Estaba al otro extremo del pasillo, mirando a Jola fijamente—. ¿Por qué no te arrodillas aquí mismo y le haces una mamada?

—Bueno, pues adiós —dijo Laura, y desapareció.

Presa del pánico, pensé a quién podía explicarle Laura aquella escena mientras al mismo tiempo buscaba palabras para disculparme con Theo.

—Ni te molestes —se me adelantó él sin apartar la mirada de Jola —. Si no fueras tan capullo como para estar enamorado de ti mismo, comprenderías que aquí tú no eres ni mucho menos el problema.

Me retiré a la sección de prensa. Cuando, un cuarto de hora después, vaciaban sus compras juntos en la cinta de la caja, bromeaban entre sí. Me pregunté si había estado soñando.

En la furgoneta intercambiaron sus sitios. Jola se sentó en el centro del banco de tres plazas, mientras que Theo se reclinó con un hombro contra la ventanilla. Al hablar, Jola no hacía más que ponerme una mano en el antebrazo o en la rodilla. Si les explicaba historias de inmersiones, me escuchaba con seriedad y hacía preguntas. Si les contaba un chiste, se reía a carcajadas. Por la tarde me llegaron tantos mensajes de texto suyos que tuve que silenciar el móvil.

«Gracias por un día maravilloso! Tu amiga J.»

«Te echo de menos. Tu amiga J.»

«Lotte y el cardumen: fue como si estuviera frente a un gran poder que me observaba con mil ojos. Bonito, verdad? Eso cree tu amiga J.»

«Bajamos al mar? Las olas, la luna, solos los dos? TAJ.»

Y continuó a la mañana siguiente, mientras yo estaba aún tumbado en el sofá: «Ya estoy impaciente por lo de después. Tu amiga J.».

No respondí. Intentaba mantenerla a distancia. Aun así, mis conocidos no dejaban de verme con ella una y otra vez. Me pregunté si era posible que Jola lo hiciera adrede. En el café Wunder Bar, acababa de sentarse medio en broma sobre mi regazo justo cuando entró Bernie. Me hubiera gustado echarla de mis rodillas, pero eso habría parecido una confesión de culpabilidad, así que se quedó ahí sentada mientras Bernie y yo cruzábamos cuatro frases sobre los planes de la expedición. El *Aberdeen* estaba a punto, Dave ya estaba al corriente. Si el tiempo se mantenía igual, el 23 no habría ningún problema.

—Será coser y cantar —dije en inglés.

Bernie asintió en dirección a Theo y se fue a la barra para escoger un trozo de pastel de chocolate. Como si no hubiera visto a Jola.

En otra ocasión, ella estaba frente a mí y decidió ponerse a buscar la llave de la furgoneta en el bolsillo de mis vaqueros. Antes de que pudiera detener sus manos, Dave, el compañero de Bernie, dobló la esquina. Miró en otra dirección y no me saludó. En el paseo de Puerto del Carmen, Jola iba cogida de mi brazo cuando nos cruzamos con un grupo de españolas. Me pareció reconocer a dos de las amigas de Antje, aunque con tanto vestido de colores, tantas narices grandes y tantas melenas negras de pelo recio nunca estaba del todo seguro.

La isla era como un pueblo. Todo el mundo se conocía. Nada pasaba desapercibido. Lo extraño era que en realidad nunca sucedía nada, pero, aun así, no pasaba desapercibido. Empecé a sentirme constantemente vigilado.

Mientras esperábamos a Theo, que había ido a comprar tabaco no sé dónde, le pedí a Jola de manera expresa que lo dejara de una vez.

—¿El qué, exactamente? —Me cogió de la mano.

—¡Esto, exactamente! —Le aparté la mano.

—Quizá es que yo soy un poco más sincera que tú. —Me cogió la otra mano y la puso sobre su cadera—. Dime que no te gusta mi tacto.

Siempre era igual: justo en ese momento pasó junto a nosotros un Land Rover Defender plateado. Solo había un Land Rover Defender en

la isla, y era el que conducía Geoffrey, del Lobster's. ¿Podía haberlo sabido Jola? ¿Podía haberlo visto antes que yo? ¿O me estaba volviendo paranoico? El sol transformaba los ojos de Jola en cristal verde y a mí me gustaba mirar en su interior. Tampoco podía afirmar que no me gustara el tacto de su cadera. Al contrario. Theo salió de la tienda poco antes de que la soltara.

—Tú no te cortes, pequeño cabrón —dijo.

Aún más extraño era que Jola esos días pareciera tan despreocupada. Reía mucho. «Recién enamorada», habría sentenciado Antje con su simplista conocimiento de la naturaleza humana. Aunque no tuviera ningún sentido, la sonrisa resplandeciente de Jola me enorgullecía. Su rostro solo se ensombrecía cuando veía a Theo. Theo, que ya solo me llamaba «pequeño cabrón» y parecía extraer un extraño placer de las circunstancias. Seguía cada uno de nuestros movimientos con la mirada, ponía una sonrisa enfermiza cuando Jola me tocaba y esperaba con ansia a ver qué sucedía a continuación. Yo no quería emitir ningún juicio, pero esa falta de orgullo resultaba repugnante. La presencia de Theo me sacaba de quicio. Era como estar permanentemente expuesto a una radiación tóxica. Y al mismo tiempo, no comprendía qué quería de mí. No sabía qué le habría explicado Jola… pero él era libre de buscarse otro instructor de submarinismo o abandonar la isla. Mientras siguiera requiriendo mis servicios, yo no podía hacer más que realizar mi trabajo con toda la corrección posible. No era difícil darse cuenta de que yo intentaba mantener a Jola lejos de mí. Nunca me metía entre ambos frentes. Era Jola la que no me dejaba en paz. Tampoco era culpa mía el hecho de que nos pasáramos prácticamente las veinticuatro horas los tres juntos y solo nos separásemos para dormir. Después de las inmersiones, ninguno de los dos quería irse a casa. Yo les hacía de chófer por toda la isla y me esforzaba por sacar el máximo partido de los escasos puntos de interés turístico. Comimos pato en la antigua villa de Omar Sharif. Contemplamos las aguas verdes del cráter de El Golfo. Nos recorrimos una por una todas las obras del artista local. De un lado, el parloteo de Jola; del otro, el silencio glacial de Theo. Me dije que solo un idiota podría haber esperado embolsarse catorce mil euros por

unas horas de submarinismo. Me pagaban por vérmelas con dos neuróticos que ya habían previsto que durante las vacaciones iban a necesitar supervisión. En contra de la suposición de Theo, no era tan tonto como para creer que el problema fuera yo. Cuando Jola me cogía de la mano a la vista de todos, sabía que lo hacía por él.

Durante esos días pensé muchas veces en un programa de testimonios que habíamos visto Antje y yo hacía años. Una pareja se había sentado en el sofá blanco para hablar sobre inclinaciones sadomasoquistas. Los dos rozaban la cincuentena, llevaban buena ropa y tenían dos hijos ya casi criados. El hombre dijo que el amor no era posible sin sometimiento. El que afirmara cualquier otra cosa no demostraba tener una mentalidad moderna, tan solo daba muestras de insinceridad. La igualdad de derechos e incluso la libertad en las relaciones interpersonales representaban una ilusión. La diferencia entre un practicante de SM y un ciudadano normal no consistía en que el primero poseyera un sótano de tortura. Sino en que el practicante de SM era consciente de esa realidad. Los espectadores solo tenían que tomarse la molestia de reflexionar sobre sus propias relaciones.

Antje y yo nos quedamos inmóviles en el sofá. Nuestra rigidez desprendía algo embarazoso. Como si no estuviéramos siguiendo la emisión sin más, sino fijando la vista obstinadamente al frente para no tener que mirarnos uno al otro.

Los telespectadores podían pensar también en sus fantasías sexuales, dijo la mujer. Dudaba que hubiera alguien que soñara con tiernos preliminares y la postura del misionero para masturbarse.

¿Con qué, entonces?, quiso saber el presentador, para quien aquello no resultaba aún lo bastante escandaloso.

Con cosas jóvenes que querían ser reconvenidas como merecían, dijo la mujer. Con madres que se lo montaban con sus hijos. Con profesores y alumnas, serviciales prostitutas, africanos de miembros enormes. ¿Acaso no había visitado nunca el presentador alguna de las páginas porno más populares? Lo principal era la sumisión, esa era la

consigna.

Lo más importante en la vida era que uno podía abandonarse a otro, explicó el hombre. Para eso se necesitaban reglas. Así, cada cual sabía lo que tenía que hacer.

Y lo que haría el otro, añadió la mujer. Eso proporcionaba una sensación de protección.

Entonces, lo que desde fuera parecía el infierno en vida, ¿desde dentro era felicidad?, preguntó el presentador.

Si quería verlo así, sí, contestó la mujer.

Infierno exterior y felicidad interior: esa era la fórmula en la que pensaba cada vez que la mano de Jola acariciaba la hebilla de mi pantalón. Busqué una explicación. No me quitaba de encima la torturadora sensación de que Jola y Theo seguían las reglas de un juego que yo no comprendía. En el fondo, aún a día de hoy sigo sin entenderlo. Qué extraño, que ni siquiera en retrospectiva sea capaz de encontrar una explicación. Cualquiera habría dicho que las explicaciones son nuestra merecida recompensa por soportar el paso del tiempo. Tenemos derecho a ellas. Enloquecemos si no las conseguimos.

## Diario de Jola, octavo día

*Sábado, 19 de noviembre.*
*Primera hora de la mañana*

Soy feliz. Así, como suena. Jamás habría pensado que un día escribiría esa frase. Una mujer distinta, con ojos resplandecientes y sonrisa de iniciada. La felicidad es siempre un secreto. La felicidad le pertenece siempre a uno mismo y a nadie más. Sobre la felicidad pueden escribirse todas las bobadas que se quieran y siempre suenan falsas, por alguna razón. Lo más bonito es esto: que ninguno de los dos tiene la menor idea de la felicidad. Yo no, y Sven tampoco. Se nota por lo avergonzado que está. Por cómo me aparta cada vez que lo toco. Por cómo intenta evitarme siempre. No quiere reconocerlo. No puede creer que lo merezca. Y entonces, de repente, me acerca hacia sí. Succiona mis labios con fuerza. En mitad del supermercado. Mientras su compañera, otra instructora de submarinismo, nos mira y, a través de sus ojos, la isla entera. No sabemos absolutamente nada de la felicidad. Antje para Sven y el viejo para mí no han sido buenos profesores. Hemos tenido que aprenderlo como autodidactas. Cada uno a su manera. Sven se resiste, yo lo empujo. Quizá para él sea más difícil que para mí. Tiene más que perder. Tiene que hacer daño a una persona encantadora como Antje. ¿Y yo? Solo al viejo. Qué «solo» tan brutal… Le he ofrecido a Theo pagarle un vuelo de vuelta a Berlín para ya. Y que por ahora pueda quedarse en el apartamento. Una separación de prueba. Descubrir con tranquilidad cómo evolucionan las cosas. Conmigo. Con Sven. Y luego ya veremos. Pero no ha querido. Me dice frases como: No voy a dejarle el campo libre al pequeño cabrón. Tengo derecho a que me engañes. Me quedaré hasta el amargo final. Y: En caso de duda siempre puedo escribir sobre ello.

Eso estaría bien, replico yo. Y veo el refulgir de sus ojos. Pero se

controla. Se domina. Eso estaría bien, dice. Exacto.

Desde luego, yo ya sabía que no querría volver a casa. ¿Se lo he propuesto solo para cabrearlo? ¿Quiero incluso que se quede aquí, quizá? ¿Lo necesito como espectador? A veces me pregunto si mi felicidad solo está ahí para él. Si solo existe para hacerlo sufrir. Si, sin Theo, no sería posible ningún Sven. Entonces Sven no sería el final de la historia de Theo. Sino únicamente el siguiente capítulo. Una nueva cualidad. Al pensar eso, un terror crudo hace presa en mí.

Grito: En la vida volverás a tocarme. ¡Si se lo cuento a Sven, te partirá todos los huesos del cuerpo! ¡Te matará! Suena como: Se lo diré a mi hermano mayor. Es probable que lo diga con esa misma intención.

El viejo contesta: Me quieres. No estás en disposición de abandonarme. ¿Un poquito de mar y sol y buen humor…? Tú no eres de las que aguantan eso. Me necesitas, Jola. Solo tengo que esperar a que comprendas que el pequeño cabrón no te hace feliz. … Tiemblo de miedo al pensar que pueda tener razón.

Por las noches, Sven me llama en voz baja desde delante de la ventana. Espera a que Antje se haya dormido para escabullirse de casa. Por eso sé que todavía no ha hablado con ella. Yo no lo presiono. El viejo por lo menos me ha enseñado una cosa: que a los hombres no se los puede obligar a nada.

Bajamos hasta el agua. Sven extiende una esterilla aislante sobre las rocas. Por la noche, el Atlántico ruge con más fuerza aún que de día. El estruendo se traga nuestros gritos. La oscuridad es total. Una clase de oscuridad que Berlín ya no conoce. Aunque el viejo estuviera a solo unos metros de nosotros, no podría vernos ni oírnos.

Sobre el sexo y el océano se han dicho muchas horteradas. Me temo que todas ellas son ciertas. Casi siempre sucede muy deprisa. Nos envolvemos con una manta y esperamos media hora antes de empezar otra vez. Más despacio, con otra clase de fuerza.

A veces me invade el pánico. De repente, mientras lo hacemos. Algo no va bien. Todo esto es demasiado increíble. Pierdo el control. Como si Sven pudiera arrancarse la cara en cualquier momento y allí debajo apareciera otra persona. Mi padre. O el viejo. Entonces, de pronto, en

mi deseo se entremezcla el odio. Quiero encoger los pies y pegarle patadas a Sven en la barriga para hacerlo caer hacia atrás, hacia el embate de las olas. Cuando Theo me pega una paliza, por lo menos sé una cosa: eso es la realidad. Inconfundible. Absurda, injusta y banal. No ha lugar a error.

Esas ideas enseguida desaparecen otra vez. Seguramente es que no estoy acostumbrada a que un hombre me trate bien. Tengo miedo.

Regresamos sin tocarnos y nos separamos sin pronunciar palabra. Cada cual hacia su lado de la explanada, cada cual a su casa. Por la mañana, al despertar: una felicidad repentina. Como una niña la mañana de Navidad, enseguida sé que me está esperando algo bueno. Me levanto y preparo café para el viejo y para mí.

# 11

Fuimos paseando hacia el puerto. La tarde estaba templada. En la isla había trescientas tardes templadas al año, pero la de ese día traía algo más consigo. La brisa era tan suave que casi daba mala espina. Los contornos de las personas y los edificios parecían ligeramente desdibujados. En cambio, todos los sonidos resultaban tener de algún modo filos más cortantes. También Theo y Jola percibían algo. Mientras bajábamos por la empinada calle asfaltada, él no dejaba de acercarse a ella cada vez más. En el paseo del puerto, Jola dejó que la rodeara con un brazo. Incluso apoyó la cabeza en su hombro. Al verlos así sentí alivio. Me retrasé un par de pasos y miré en otra dirección, como si no fuéramos juntos.

El pequeño gentío llamaba la atención ya desde lejos. Se habían reunido en el lugar en que empezaban los amarres para yates de más de veinte metros, y no parecía que hiciesen cola para conseguir mesa en uno de los restaurantes. Más bien miraban hacia el otro lado de la dársena, al embarcadero de llegadas que había en la parte interior del muelle.

—Mirad a toda esa chusma —dijo Jola—. Es verdad que están esperando a la boba de Stadler.

Yvette Stadler era una conocida cantante y actriz alemana de la que yo había oído hablar por primera vez esa mañana. Como Antje era capaz de descifrar el amortiguado parloteo en español de las noticias de Crónicas Radio, me lo había explicado durante el desayuno: en el puerto deportivo de Puerto Calero se esperaba esa tarde la llegada del velero *Dorset*, fletado por el heredero del emporio alemán de las barritas proteicas Lars Bittmann. A bordo viajaban, entre otros, la susodicha Yvette Stadler. Antje se echó a reír cuando pregunté que quién era.

—Tú acércate a Puerto Calero y échale un vistazo.

—¿Te has vuelto loca? —comenté—. ¿Qué se me ha perdido a mí

allí?

Y allí estábamos. Había sido idea de Jola, igual que todo lo que nos habíamos propuesto hacer esos últimos días. Por encima de sus gafas de sol de insecto llevaba puesto un artístico turbante que ella consideraba «de incógnito». Hasta en el infierno mismo la habría reconocido, por ese hueco entre sus dientes.

—Me alegra ver esas caras de idiotas —dijo.

—Tienes que hacerte una idea, Sven —añadió entonces Theo—. Hace dos horas que esperan, y eso que es una famosa de segunda.

Era la primera vez en dos días que Theo no me llamaba «pequeño cabrón». En sus ojos brillaba la alegría de la antelación, que también intuí tras las gafas de sol de Jola. El *Dorset* parecía significar algo para ambos.

—Bittmann siempre hace lo mismo —explicó Jola—. Reúne un poco del famoseo de la cultura, navega por medio mundo y envía por fax su lista de invitados a las agencias de noticias. La persona más famosa de la lista, en realidad, nunca va a bordo.

Solo con pensar en famosos alemanes me puse malo de indiferencia. No entendía por qué les resultaba tan divertido contemplar a unos cuantos turistas de la isla esperando a Yvette Stadler en vano; pero, por primera vez desde hacía días, Theo y Jola estaban de buen humor por el mismo motivo. En el grupo de curiosos identifiqué entonces a Dave. Era lo bastante alto para sacarle una cabeza entera a la pequeña muchedumbre de la que estaba rodeado. El brazo de Theo seguía echado sobre el hombro de Jola. No podía haber deseado una aparición mejor para presentarnos en público. Puede que incluso hubiésemos llegado a un punto de inflexión. Puede que esos últimos días Jola solo me hubiera estado utilizando para volver a ganarse a Theo. Las mujeres hacían esas cosas. Un último truco inofensivo que conducía directamente de vuelta a la normalidad.

—¡Dave!

Se volvió hacia nosotros y pude ver lo que registró su cerebro y en qué orden: a mí, luego a Jola y a Theo, y luego el hecho de que iban abrazados, mientras que yo, con las manos en los bolsillos del pantalón, paseaba a cierta distancia relajado y con una sonrisa.

—Oye —dije en inglés mientras le daba unas palmadas en el hombro—. ¿Qué coño haces tú aquí?

—Solo he venido a presentar mis respetos a una belleza famosa en el mundo entero —dijo también en inglés.

—¿A Yvette Stadler? No me digas que eres fan.

—Joder, no. —Dave se echó a reír—. ¡He venido por el barco!

—El *Dorset* es el cúter más grande del mundo —me explicó Jola—. Lo construyeron en 1920 y lo restauraron meticulosamente en 2006 para rebotarlo. Navega con bandera británica.

La mirada que le lanzó Dave contenía un profundo asombro. Como si Jola, la muñeca parlante, acabara de convertirse en una persona de verdad ante sus propios ojos.

—¿Así que conoces el *Dorset*?

—¡Es legendario! Supo defenderse contra los barcos modernos en la Superyacht Cup de 2007. ¡Y consiguió dos primeros puestos en la Regata de Saint Tropez al año siguiente!

Dave debía de estar a solo unos segundos de proponerle matrimonio.

—¿Me estás diciendo que alcanza los nueve nudos?

Seguramente fue una pregunta capciosa. Con nueve nudos no se podía ganar ninguna regata, por supuesto. La boca de Jola se transformó en una amplia sonrisa.

—¡¿Me tomas el pelo?! Bittmann dice que ha llegado a diecisiete o más, y se sabe que superó los veintidós ya en su época, en los años veinte.

Dave ya estaba perdido. Tan generoso como resignado, Theo apartó el brazo del hombro de Jola para prestar a su novia una vez más.

—Sabes un par de cosas sobre barcos —dijo Dave.

—A mi padre siempre le ha gustado navegar —repuso ella mientras daba un par de pasos a un lado—. Yo a las doce ya capitaneaba con él. Sabía exactamente cuándo arrizar las velas o poner el motor en marcha.

El anhelo que se manifestó en la expresión de Dave fue pasmoso. Su cuerpo de metro noventa de estatura se había doblegado ligeramente para acercarse todo lo posible al rostro de Jola. Mientras ella hablaba,

él le miraba la boca. Theo siguió mi mirada. En sus labios vi esa sonrisa burlona que ya conocía.

—Si quieres poseer una yegua de esta categoría, tienes que soportar que otros sementales vengan a olisquearla —dijo.

Al principio creí haber oído mal, luego no supe qué replicar a eso.

—Mírame a mí. —Extendió los brazos como un padrino de la mafia —. Dejo que te la cepilles. ¿No vas a dejar tú que el inglés babee un rato con ella?

—Escocés —corregí.

Por el borde del muelle apareció la punta de un mástil. El barco al que pertenecía debía de quedar todavía a una buena distancia. Poco después pudo verse también el velamen, primero la escandalosa y a continuación la cangreja. Por lo visto el mástil que la sostenía medía cuarenta metros de alto. El *Dorset* era grande. Y rápido. No era de extrañar que Dave hubiera cruzado media isla para ir a recibirlo. Aunque en ese momento solo tuviera ojos para Jola. El resto de los presentes extendieron brazos y dedos índices a la vez para señalarse unos a otros la aparición del mástil. Algunos habían llevado hasta prismáticos.

La mano de Theo cayó sobre mi antebrazo. De nuevo una aparición propicia. Así, todo el mundo pudo ver lo bien que nos entendíamos. Por un momento me pregunté desde cuándo utilizaba la palabra «aparición» para referirme a ser visto con otras personas.

—Una ventaja —dijo Theo— es que siempre tengo a mi lado a alguien que sufre la misma mierda que yo.

Me dio unas palmaditas de ánimo en el hombro.

—Pues gracias —repuse—, pero para que no haya malentendidos: yo no me cepillo a Jola.

—Claro, claro. —Miró hacia la bocana del puerto con los ojos entornados—. Te la follas con dulzura.

El *Dorset* se acercaba deprisa. Probablemente el capitán había recibido órdenes de navegar a velas desplegadas. No podía negarse que era un espectáculo imponente.

—Eso tampoco —dije—. En serio. No tenemos ninguna aventura ni nada parecido.

Theo se volvió de golpe, como si lo hubiera picado algo. De su semblante había desaparecido cualquier rastro de amabilidad.

—¿Tú sabes lo que es el honor?

Sacudí la cabeza y al mismo tiempo me enfadé conmigo mismo. Por supuesto que sabía lo que era el honor. Solo que no entendía adónde quería ir a parar. Además, nuestra aparición estaba a punto de fracasar de forma estrepitosa.

—Ya decía yo. —Theo rió—. Hace poco te lo expliqué. Tíratela. Disfrútalo. Pero no me mientas.

—¿No puedes hablar más bajo?

—¿No puedes ser más maduro?

—Escucha, Theo. —Me acerqué más a él y bajé la voz—. No sé lo que te habrá contado Jola…

—¡Esto es desquiciante! —Estaba gritando. Un par de curiosos nos miraron. También Dave y Jola volvieron la cabeza hacia nosotros—. Tú lo sabes. Yo lo sé. La isla entera lo sabe. Ni siquiera os tomáis la molestia de disimular. Así que hacedme un favor y acabad ya con toda esta mierda.

—Pero es que no hemos…

—¡Theo! —gritó Jola.

O ella lo conocía tanto como para leerle el pensamiento, o mi capacidad de reacción había perdido mucho en los últimos días. Mientras yo todavía me preguntaba por qué había gritado Jola, Theo ya me había agarrado de los hombros. Yo estaba demasiado perplejo para defenderme. Como a cámara lenta, vi que la gente se hacía enseguida a un lado. Ya estaba inclinándome hacia atrás por encima del borde del muelle. Una idea clara como el agua me cruzó por la mente: «No caigas en la pasarela del embarcadero». Antes de que mis pies perdieran el contacto con el suelo, me impulsé, di media vuelta en el aire y me zambullí. Enseguida supe que estaba ileso. Durante unas cuantas brazadas me mantuve pegado al fondo. El agua del puerto tenía una temperatura sorprendentemente cálida. Había pececillos picoteando en las quillas de las barcas ancladas. Me mentalicé: subir a la superficie, coger aire, sonreír con alegría. Empezaba a asfixiarme. Salí a la superficie, vi veinte caras

preocupadas que se inclinaban sobre el borde del muelle y me eché a reír.

Fue la maniobra final del *Dorset* lo que puso fin a las carcajadas y las conversaciones sobre mi caída al agua. Mientras las velas se desplomaban sobre sí mismas, yo seguía plantado en mi charco particular. Oímos las órdenes del capitán. Una gravedad reverencial se apoderó de los turistas. Todos ellos tenían de pronto prismáticos ante los ojos. Arrancó el motor diésel. El *Dorset* se deslizó majestuoso por el interior del malecón de Puerto Calero.

Pensé la siguiente frase: «Mi corazón arde de amor». Eso era exactamente lo que sentía. El *Dorset* demostraba lo que significaba la auténtica belleza: no simetría, sino la unión de fuerza y elegancia. La fuerza pura resultaba tosca; la elegancia a secas era vanidad. Solo la coincidencia de ambas cosas podía conmover en lo más íntimo, y justo ahí era donde me sentía conmovido. Jola aguardaba muy erguida justo en el borde del muelle, sujeta unas veces por el brazo de Dave y otras por el de Theo. Daba la sensación de que el barco arribaba por ella. Orgulloso y robusto y, aun así, tan vulnerable a las tempestades. Yo, el divertido instructor de buceo al que sus clientes lanzaban al agua para reírse un rato, quedé relegado a un segundo plano. Sentía amor y dolor y tristeza, y no estaba seguro de que todo ello no fuera lo mismo.

Dos horas después, al volante de mi furgoneta Volkswagen, me reía tanto más fuerte a pesar del mal humor que se había apoderado de mí. A esas alturas ya se me había secado la ropa. En el muelle ya se habían hecho todas las bromas posibles con mi caída, desde una botadura hasta un bautizo, pasando por un baño refrescante en un día caluroso, pero Jola seguía estando en plena forma. Había dejado su turbante medio deshecho sobre el salpicadero, sus gafas de sol colgaban del retrovisor. Sus pies descalzos, que había apoyado contra el parabrisas, dejaron unas huellas que todavía se veían semanas después cuando el cristal se empañaba por dentro. Theo y ella se

pusieron a recapitular la llegada del *Dorset*. Lo importante no era la belleza del barco, sino el hecho de que «la Yvette», tal como habían predicho, no se encontraba entre los huéspedes de a bordo. Jola imitó a Bittmann sobre la pasarela, extendiendo los brazos: «*Sorry*, gente —dio con el tono de voz de Bittmann casi a la perfección—, al final la Yvette no ha podido venir». Y luego lo había repetido en inglés, por si no todos los curiosos eran alemanes: «Sorry, guys, Yvette couldn't come». Los siguientes en ser parodiados fueron los cinco pasajeros. En la interpretación de Jola, habían bajado por la pasarela en el preciso instante en que la reunión de turistas decepcionados se dispersaba, así que se habían quedado por allí plantados como pasmarotes, con la esperanza de que alguien los reconociera. Yo solo había visto a cinco personas que bajaban de un barco. A mí me parecieron absolutamente normales, pero a los ojos de Jola y de Theo, por lo visto, eran unos fantoches. De tanto reír, Jola estuvo a punto de caer sobre mi regazo. Si no, en una situación así la hubiera apartado. Le hubiera rogado que no se pegara tanto a mí. Hubiera hecho notar con tono de aguafiestas que tenía que conducir un vehículo. Esta vez intenté ponerle una mano en el pelo. Deseaba que se tumbara sobre mis rodillas y me fastidió ver que ya se estaba inclinando otra vez hacia el lado de Theo. Me hubiera gustado decir algo yo también, pero no conocía ni al crítico literario ni a la directora teatral ni al fotógrafo. Mis propias risotadas desagradables eran lo único que me quedaba para demostrar que seguía perteneciendo a su grupo.

En Lahora aparqué la furgoneta y me detuve un momento más de lo necesario junto a la verja para contemplar cómo Jola y Theo cruzaban la explanada de arena y desaparecían en la Casa Raya. Habían rechazado mi propuesta de ir a tomar una sopa de pescado al restaurante de Giselle. Jola quería cocinar algo. Entré en casa, encontré a Antje en la terraza con un libro, me la llevé a rastras al dormitorio y la lancé sobre la cama. A diferencia de lo que se veía en las películas, a pesar de todo no me resultó nada difícil gritar el nombre correcto.

## Diario de Jola, octavo día

*Todavía sábado, 19 de noviembre. De noche*

Las niñas pequeñas esperan al caballero de dorada armadura que las subirá a su caballo y se alejará galopando con ellas. Las mujeres adultas, por el contrario, cierran acuerdos. Un pacto más: el viejo me deja tranquila si le hago una paja cuando me lo pide y mientras tanto le hablo de Sven. La enorme polla de Sven, que me llena tanto la boca y la garganta que casi me ahoga. Los huevos descomunales de Sven, que ocupan todas mis manos. Cómo Sven me agarra y me folla con tal brutalidad que amenaza con desgarrarme.

Pero la humillación es un asunto complicado. Ahí está el viejo, sentado en el sofá con el sexo medio duro entre mis dedos. Ha puesto una mano sobre el tapizado y ha enredado la otra en mi pelo mientras escucha historias sucias sobre mí y nuestro instructor de submarinismo. La pregunta de quién está humillando aquí a quién no debe plantearse ni responderse. Él tiene cuarenta y dos años y es un escritor con una única novela publicada. Los pantalones caídos por los tobillos, la cara roja del esfuerzo. Una criatura atormentada que se atormenta a sí misma.

Así se lo he dicho. Con lo cual nuestro pacto ha quedado automáticamente sin efecto. Se ha subido los pantalones y ha corrido al cuarto de baño. Por un dulce momento de triunfo, la víctima revela que sigue incólume. Me encanta mirar en los ojos de Theo y ver cómo se rompe algo ahí dentro. La atroz ofensa, porque he sido yo, nada menos, quien le he dado la puñalada. Es una sensación tan maravillosa… Por unos segundos sé, no, veo claramente lo mucho que me ama. ¿Hasta qué punto puede llegar a verse el amor? Algo así sucede muy pocas veces, es algo valioso. Pensaré en eso cuando él regrese y…

# 12

Cuando Antje se quedó dormida, yo volví a levantarme. Había agotado todas mis fuerzas, no había cenado nada y lo habíamos hecho dos veces seguidas. Ella, además, en la segunda ronda se había mostrado más bien dispuesta a realizar ejercicios gimnásticos, cancha y público unidos en una única persona. Me temblaban las rodillas. Estuve varios minutos delante de la nevera abierta, contemplando los restos de las tapas de Antje guardados bajo film transparente. La mirada de reproche de Todd me dejó claro que yo era uno de esos bellacos que ni siquiera dan a los necesitados lo que ellos mismos no quieren ya.

Tras un absurdo paseo por el salón, no pude seguir ocultando que mis pasos me conducían al ordenador. Como siempre, cerré para dejar a Todd fuera y, mientras el sistema operativo se iniciaba, me puse a buscar a Emil, que ese día no quería dejarse ver. A esas alturas me había familiarizado lo bastante con la serie para seguir la trama, tener personajes que me caían bien o mal y saber con cierta seguridad cuándo se produciría la siguiente aparición de Bella. Desde que volvía a estar con su ex novio, el médico, sus planos me deparaban un placer especial. Había mucho beso, mucho susurro y mucho toqueteo, aunque estaba más que claro que el médico no pensaba poner fin a la aventura que tenía con una enfermera. Bella, por su parte, solo lo utilizaba a él para conseguir fármacos con los que pretendía vengarse de un director que no la había elegido para un papel que deseaba muchísimo. Bella acababa de pillar in fraganti al médico con la enfermera y le estaba montando una escena cuando oí una música. Música a todo volumen. Me levanté y aparté la cortina a un lado. Detrás de mí, en el pasillo, Todd empezó a ladrar.

Mis ojos se fueron directos al salón de la Casa Raya. Cuando encendían la luz de noche, esa habitación se convertía en un escenario. Vi… No supe muy bien lo que veía. Vi a dos personas que

parecían bailar muy alegres. Se abrazaban una a la otra, se tambaleaban hacia atrás, giraban juntas, chocaban una contra la otra. A veces una desaparecía, como si se hubiese caído o hubiese salido corriendo un momento de la habitación. Poco después volvían a balancearse muy unidas, caían las dos al suelo, volvían a ponerse en pie.

El deseo de estar allí con ellos me mantenía pegado a la ventana. Veía una energía que no estaba presente en mi vida. Por lo cual, tal como comprendí de repente, no era una vida de verdad. Había puesto ambas manos planas sobre el cristal, miraba hacia el otro lado con los ojos muy abiertos y en ese momento habría sacrificado cualquier cosa por formar parte de aquella escena. Más allá del control. Más allá de la estrategia. Más allá de la huida. Incluso cuando comprendí que no se trataba de un baile. Al principio me sentí rechazado. Después, el impulso de correr hacia allí fue más apremiante aún. Pero me quedé quieto. Mis puños se cerraron contra el cristal de la ventana. No era asunto mío impedir lo que estaba sucediendo en la Casa Raya. Quería participar, eso era todo. Irrumpir. Gritar que bajaran la música y dejar de ser de una vez Sven, el simpático instructor de buceo. No sabía qué era lo que me asustaba más: si lo que estaba viendo, o mi reacción. Allí delante, una de las figuras cogió un objeto y lo levantó por encima de su cabeza. Un objeto relativamente grande. Una silla de comedor. El simpático instructor de buceo habría intervenido hacía rato. Ya habría interrumpido lo que fuera que se estaba desarrollando ahí delante.

En lugar de eso, fue Todd el que tomó medidas. Su pequeño cuerpo salió disparado por el camino de grava de delante de la Residencia. Cruzó corriendo la explanada de arena. Ladrando como un loco, subió la escalera de la Casa Raya y se lanzó contra la puerta. La música cesó, las luces se apagaron. La maquinaria de la lógica se movía apática en mi cabeza: alguien debía de haber dejado salir al perro de casa. Me volví de golpe. Antje estaba en la puerta del estudio. Enseguida miré hacia el monitor. El salvapantallas ocultaba la cara de Bella. Antje había seguido mi mirada.

—Ay, Sven —dijo—, no te preocupes. De todas formas, ya sé lo que

haces aquí. Nunca borras el historial del navegador.

Ni siquiera sabía lo que era un historial. Me la quedé mirando. Su pelo rubio estaba revuelto, cosa en la que había colaborado yo.

—¿Qué es lo que pasa ahí delante? —quiso saber.

Tampoco a eso sabía qué contestar. No conseguía apartar los ojos de su bata, que tenía un estampado de fresas. ¿Por qué fresas?, me pregunté.

—Tus amigos empiezan a ponerme de los nervios, ¿sabes?

Por fin conseguí separar los dientes.

—Esos dos no son mis amigos —repuse—. Son nuestros clientes.

—Sí, no, está claro, Sven —dijo Antje, y se volvió a la cama.

De repente sentí asco. En la Casa Raya ya no se movía nada. Me tumbé en el sofá para esperar a la mañana.

# Diario de Jola, noveno día

*Domingo, 20 de noviembre.*
*Muy temprano por la mañana*

Bella Schweig es una zorra. Pero siempre es víctima. Nunca verdugo. ¿Quién quiere ser verdugo? Nadie. Salvo quizá en el momento del acto en sí. Pero el acto es breve. Después comienza la eternidad en potencia, y ahí todas las simpatías son para la víctima. El ser humano lleva el victimismo en la sangre. Hasta el chiquillo más pequeño grita «¡Ha empezado él!» cuando acaba de pegarle a otro. Las niñas de cuatro años dominan a la perfección la técnica de poner ojos de corderito degollado porque se han entrenado ante el espejo. Por eso la gente se empareja, comparte piso, se une, crea partidos y sociedades: para que siempre haya ahí otro a quien poder echar toda la culpa. Ser víctima es un arte que resulta fácil cuando se encuentra el compañero de reparto adecuado. Uno que sea lo bastante tonto para poder cargarle el muerto. Que arremeta sin pensárselo y que luego suplique perdón. ¡Un verdugo que sale así de barato devenga enormes réditos de inocencia! Es como una cuenta de ahorro de inocencia, un plan de pensiones de inocencia. Si tienes a tu propio verdugo, no tienes que volver a preocuparte jamás por el papel de víctima.

¿Quién querría poner fin a una relación tan lucrativa por propia voluntad? Exacto: ninguna puerca estaría tan loca. El verdugo sonríe un poco, suelta un silbidito, y la sensata víctima regresa a esa situación de beneficio mutuo. ¿Autoestima, instinto de supervivencia, aunque solo sea el reflejo de defenderse? Eso no existe, una quiere quedarse donde está, cómodamente instalada en su propio sufrimiento, *my doom is my castle*, mi destino es mi castillo, a fin de cuentas tuvo una infancia muy dura, un padre que nunca estaba en casa a menos que se estuviera celebrando una fiesta, y una madre

volcada por completo en su lucha contra el paso del tiempo. Es evidente que con eso basta para ofrecerse como víctima de por vida. Qué importa un poco de sangre en la nariz mientras una sepa que es por una buena causa. Aunque no vaya a acabar jamás.

Mañana el viejo le explicará a Sven que se le rompió la silla al sentarse. Relatará entre risas cómo se lanzó sobre el asiento y, ¡crac!, cayó al vacío. ¡Ja, ja, la buena comida de la isla! ¡Ja, ja, el buen vino de la isla! Generoso, se ofrecerá a reponer la silla. Con mi dinero, *by the way*, pero no vamos a ser ruines. Puede que al final emplee demasiadas palabras para describir un acontecimiento irrelevante, pero él ya es escritor y, como tal, está acostumbrado a decorar sus mentiras.

Sven lo creerá. Él no tiene experiencia con las mentiras. ¡Qué cara ha puesto en el puerto! Ese insondable desamparo que hablaba desde sus ojos. Vendrá un barco, pero no para él. Y eso que es él quien quiere darse tiempo. No hay que precipitar nada. Y mucho menos llegar a los hechos. Todavía sigue sin hablar con Antje. Pero yo sé cómo interpretar eso. No es por falta de amor. Es solo que los hombres son cobardes. Por eso resultan tan adecuados para hacer de verdugos. Cuidado: Sven no es ningún verdugo. El propio Sven es una víctima. Solo hay que oírlo. No se fue de Alemania como vencedor, sino como vencido. Y ahora le gusta desvariar sobre la zona de guerra.

¿Volverás con Theo?, preguntaba su mirada en el puerto. ¿Es que acaso lo he abandonado?, le he respondido sin palabras.

Esta noche Sven no ha venido a llamarme a la ventana. Aun así, cuando el viejo se ha quedado dormido he bajado hasta el mar. A nuestro rincón. Sola, el rugido de las olas me da miedo. Como si el pedazo de roca sobre el que estoy sentada pudiera desprenderse en cualquier momento.

No debería pensar en cómo me he comportado antes en la furgoneta. Sentada entre mi amante y mi compañero, congraciándome con ambos. Las bromas sobre los invitados de Bittmann solo servían para darle un gusto al viejo. Porque ha sido agradable conmigo durante unos cuantos minutos. Porque ha intentado luchar por mí cuando ha tirado a Sven al agua. El silbidito del verdugo que hace

regresar a la víctima. Si pudiera verlo desde fuera, tendría ganas de vomitar. De puro asco, subiría el volumen de la música para que mis gritos no se oyeran y castigarme porque no solo voy por ahí comportándome como una zorra, sino que también voy lamiendo culos.

La verdad requiere tan solo de unas pocas palabras: estoy acabada. Intentar disfrutar juntos de unas agradables vacaciones, convertirme en Lotte, buscar la felicidad con otra persona… todo gilipolleces. Siempre regresaré al lado del viejo, al menos hasta que me destruya. Necesito ayuda. Sven tiene que decidirse. Esto no es el típico caso en el que un hombre puede pasarse media eternidad planteándose con qué mujer prefiere estar y, mientras tanto, divertirse con las dos. Esto es la excepción. Si de verdad Sven quiere tenerme, deberá hacer algo.

# 13

—Espera un momento, Sven, tengo que confesarte una cosa —dijo Theo.

Se plantó ante la puerta del conductor abierta, mientras yo, sentado al volante, acababa de meter la primera para aparcar la furgoneta otra vez en su sitio. Eran alrededor de las siete y media de la tarde y ya hacía una hora larga que había oscurecido. Theo se inclinó sobre mí y apagó el motor.

Por la mañana, Jola no se había presentado para ir a bucear. Theo me había explicado que le había bajado la regla. Después de la segunda inmersión, me había pedido con tanta insistencia que realizáramos una tercera y finalmente incluso una cuarta que me pregunté si no sería que en realidad no quería volver a casa. El sol se ponía ya cuando salimos del agua por última vez. En ese momento, yo en lo único que pensaba era en la cena. Antje había llamado para comunicarme que estaba haciendo paella.

—Lo siento muchísimo, fue una tontería, no vayas a creer que pensamos destrozaros todo el apartamento. Fue un verdadero percance, tal vez por la buena comida de la isla, ni idea de cómo pudo pasar. En todo caso, es evidente que te abonaré los daños sin reparar en los céntimos.

—¿Qué es lo que se ha roto? —pregunté.

—Ah, ¿todavía no te lo he mencionado? —Rió.

Mi expresión siguió impertérrita. Llevaba desde esa mañana esforzándome por reflexionar sobre la situación y no había avanzado ni un paso. Me convencí a mí mismo de que ni siquiera sabía si existía una «situación». La pregunta de qué era lo que ocurría, en caso de que ocurriera algo, se me escurría siempre entre los dedos. Sentía vergüenza y no quería saber por qué. En cierta forma, hasta me había alegrado de que Jola no hubiera venido a bucear. Sentía la cabeza como si fuera una máquina recalentada. Quizá no fuera más que puro

agotamiento. Lo que necesitaba era una cena tranquila con Antje, a poder ser con vela encendida y música suave incluidas. Un paraíso en miniatura.

—Sencillamente gigantesco. —Theo estaba mirando hacia el cielo—. Algo así no lo tenemos en Alemania. Ahí está la Vía Láctea, justo encima de nosotros. Vuestro cielo estrellado es una obra de arte.

Me miró con admiración, como si el firmamento fuese obra mía.

—No pasa nada, Theo —dije—. Buenas noches.

—Espero que no fuera una pieza de herencia familiar —añadió—. La silla, quiero decir.

Por lo visto quería que le preguntase qué había sucedido. Me mordí los labios. Después, sin embargo, le hice la pregunta.

—¿Qué ocurrió?

—Ni idea, chico. —Volvió a mirar hacia arriba—. Puede que me dejara caer en ella con demasiado ímpetu. La pobre se rompió como si nada. Qué locura, tal cantidad de estrellas.

—¿Estuvisteis… bailando?

Theo retiró su mirada del universo y me observó pensativo durante un rato.

—Digamos que la noche se nos fue un poco de las manos.

—¿Es posible que la silla… volara por el salón?

—La lancé de rabia al otro lado de la sala. Al principio me hizo bastante daño. Quizá te ha llamado la atención el moratón que tengo en el muslo.

Podía afirmar con bastante seguridad que Theo no tenía ningún moratón en el muslo.

—Pero no te preocupes, no se rompió nada más. —Rió—. Entonces oímos ladrar al perro y apagamos la música. Espero que no os despertáramos con nuestro espectáculo.

—No —dije.

—No me pongas esa cara.

Me dio un suave golpe en el hombro.

Yo enseguida levanté una mano para defenderme, no quería que me tocara.

—¿Es que ya no me concedes ni un poco de diversión con ella?

Tampoco es que sea de tu propiedad, ¿estamos?

—Es mi clienta, Theo. Nada más.

—Ese es el enfoque correcto. —Asintió con seriedad—. Te paga para que te ocupes de ella a fondo durante las vacaciones.

—Me paga por las inmersiones.

—De acuerdo. —Se cruzó de brazos—. Vamos a aclarar las cosas de una vez por todas. Ahora estamos solos, no nos oye nadie. Hablemos de hombre a hombre. ¿Entendido?

Asentí. Sentía una enorme necesidad de aclararlo todo de una vez por todas.

—He permitido que le des alguna alegría —dijo Theo—, pero mi relación con Jola no es asunto tuyo.

Hasta ahí lo veíamos igual. Me relajé un poco.

—Por última vez te lo pido: basta ya de negarlo. Está muy feo.

—Pero es que… —empecé a decir, y volví a callar.

El esfuerzo no merecía la pena. No me creería, daba igual lo que adujera.

—Eso, así está muy bien. Tú ten la boca cerrada. —Se encendió un cigarrillo—. Puede que todo esto te resulte muy estrambótico. Créeme, a mí tampoco me parece estupendo. Pero Jola se niega a marcharse, y yo me niego a dejarla aquí sola. Así que nos quedaremos los seis días que faltan aún, y después no volverás a verla. Quizá os escribáis unos cuantos e-mails, pero eso no tardará en enfriarse y la cosa quedará olvidada. Tú seguirás viviendo tu vida y yo la mía.

De repente sentí alivio. Aunque Theo partiera de unas premisas erróneas… había expresado exactamente mi opinión. Era casi como si me estuviera oyendo pensar a mí mismo. Sensato y claro. Ni rastro de esa confusión agotadora y del todo innecesaria, a fin de cuentas, de los últimos días.

—Durante el tiempo que nos queda podríamos llevarnos muy bien —siguió diciendo—. Siempre que nos comportemos como adultos.

Dio una calada tan larga y placentera a su cigarrillo que de pronto sentí ganas de fumar yo también. Por lo visto podía leerme el pensamiento; sea como fuere, me ofreció al instante la cajetilla y me dio fuego. Inhalé, tosí y disfruté del leve mareo.

—Por lo poco que te conozco, a ti tampoco te apetecen estos jueguecitos. —Me ofreció una mano—. *Fair play?*

Mi mano estaba ya en la suya mientras yo me preguntaba aún qué le estaba prometiendo. En el fondo, seguramente solo se trataba de no seguir negando ante él mi supuesta aventura con Jola. Lo cual no significaba que yo reconociera nada. En las relaciones jurídicas imperaba el principio de que el silencio no representaba una confesión. El silencio no quiere decir ni que sí ni que no. No quiere decir nada. Es un cero jurídico. Quien calla no miente. Le estreché la mano. Theo me dio unas palmadas en el hombro con fuerza.

—Lo sabía —dijo—. Eres un buen tipo, Sven.

Toda esa escena parecía poseer una gran relevancia para él. Tiramos las colillas al suelo.

—Lo bonito es que ahora podemos hablar uno con el otro. —Volvió a mirar hacia las estrellas del cielo—. ¿No tienes a veces la sensación de que Jola no está del todo bien de la cabeza?

La pregunta me cogió por sorpresa.

—No lo sé —balbuceé—. La verdad es que no. Quizá todavía no la conozco lo suficiente.

Se echó a reír, como si hubiera hecho un chiste.

—Tengo por principio no emitir juicios sobre los demás —dije.

—Nada de juicios, ¿verdad? —Theo asintió, meditabundo—. Menudo lujo el que te concedes. Así que ¿tampoco puedes decir si te parece guapa?

Tuve que pararme a pensarlo. No cabía duda de que Jola era preciosa. En su caso, eso no me parecía un juicio por mi parte, sino un hecho que toda persona normal habría corroborado. Desde luego, no podía negarse que la confirmación de un hecho contenía también elementos valorativos. Sin embargo, era algo que no me apetecía debatir. Y menos aún tenía ganas de departir con Theo sobre las características de su novia como si acabáramos de fletar juntos un yate.

—Quiero entrar ya, comer algo —dije.

—Muy bien —repuso Theo—. Esto es nuevo para ti. No estás acostumbrado. En el fondo valoro tu discreción. Espera, tengo una

cosa que darte.

Del bolsillo trasero del pantalón se sacó unas hojas de papel dobladas por lo menos cuatro veces, hasta alcanzar el tamaño de un paquetito. Debía de haber estado el día entero paseándolas por ahí.

—Dijiste que querías leer algo mío. Que lo disfrutes.

Me puso las páginas en la mano y enseguida se abrieron. Estaban escritas con máquina de escribir. Volví a doblarlas bien.

—Saluda a Antje. Dile que ya casi no queda vino. Una locura de firmamento, el que tenéis aquí.

Ya había llegado a la escalera de la Casa Raya cuando se volvió una última vez.

—Siento haberte tirado ayer al agua. Y no olvides decirme cuánto tengo que darte por la silla.

La puerta chasqueó tras él al encajar en la cerradura. No fue hasta ver cómo se encendía la luz dentro cuando me di cuenta de que un momento antes la Casa Raya estaba a oscuras. Como si Jola no estuviera allí. Solo que, en el fin del mundo y sin coche, no podía haber ido a ninguna parte. Salvo al agua. Quizá estaba ya durmiendo. O sentada a la mesa del comedor con la luz apagada y la mirada perdida. Intenté pensar en la paella, pero ya no tenía nada de hambre.

Esa noche soñé con Jola. Bailaba delante de un escritorio al que había sentados dos hombres. Uno era Theo, al otro no lo reconocí. No se oía ninguna música, por lo que los golpes de los pies descalzos de Jola contra el suelo sonaban tanto más fuerte. Con esa danza se estaba presentando para un papel. Llevaba gafas de buceo y el biquini rojo. Mientras la contemplaban, los hombres se estaban haciendo una paja por debajo de la mesa. Jola terminó su baile antes de que ellos se corrieran. Por el dolor insistente en la entrepierna, supe que el segundo hombre tenía que tratarse de mí mismo.

—Muy bonito, señora Von der Pahlen —dijo Theo mientras Jola seguía de pie ante nosotros, sin aliento—. Y ahora, deletree «Montesquieu».

Jola balbuceaba, Theo reía. Yo quería intervenir. Levantarme de un salto y gritar que no era ningún juez, que no emitiría ningún juicio, que no tenía nada que ver con todo ese asunto. Pero tenía la boca tan seca que no conseguía proferir ningún sonido, y tampoco podía mover las piernas.

—Entonces me temo que esto no le ha servido de nada —dijo Theo.

Jola estaba llorando. De pronto iba vestida como Bella Schweig, que le contaba a su exnovio lo del accidente en la calle.

—Inténtelo en algún otro sitio. —Theo garabateó algo en una tarjetita y se la pasó a Jola—. La muerte es una empresa que siempre está buscando gente.

Mis manos salieron disparadas y agarraron a Theo del cuello. Antes de que pudiera apretar, Jola se acercó. En realidad no se encontraba en la sala, sino que se movía por una gran pantalla. Sonriendo, le habló a la cámara:

—No apaguen su televisor. Nosotros los apagaremos a ustedes.

Me desperté con un grito. Antje se volvió hacia mí y me miró en la penumbra.

—Te está bien empleado —dijo, giró hacia el otro lado y se durmió otra vez.

Por la mañana me desperté en el salón y tardé un rato en saber cómo había llegado allí. Poco a poco comprendí que estaba en el sofá. Antje seguía en el dormitorio, la casa estaba completamente en calma. El «Te está bien empleado», por lo visto, lo había soñado también. A mi lado, en el suelo, descubrí páginas sueltas del relato de Theo. Aunque no podía recordar qué había leído antes de quedarme dormido, tuve la certeza de que el sueño estaba relacionado con ello.

Me obligué a bajar las piernas del sofá y sentarme. Por primera vez desde hacía cuatro noches había dormido varias horas seguidas. Me sentía enfermo. Pensé que no sabía por qué ni para qué estaba en esta vida. Entonces me levanté y fui a la cocina a prepararme un café.

# 14

Al principio había creído que era pura casualidad, después que eran imaginaciones mías. El décimo día de mi relación con Jola y Theo se convirtió en una certeza. La gente cambiaba de acera cuando me veía. Entre inmersión e inmersión nos fuimos a comer un helado al paseo turístico de Puerto del Carmen y ocurrió tres veces seguidas. Primero un grupo de españolas que debían de ser de la pandilla de Antje. Después una pareja que quizá eran propietarios de una de las casas que Antje alquilaba a veraneantes. Por último, dos hombres ya mayores a los que no pude relacionar ni con Antje ni conmigo. Todos ellos venían en dirección a nosotros, me miraron y cruzaron la calle para seguir caminando por la otra acera. Jola y Theo no parecían darse cuenta de nada.

Probablemente mi paranoia era consecuencia de la llamada de Bernie. Por la mañana, mientras desayunaba, había sonado el teléfono. Era lunes y al cabo de dos días teníamos que realizar mi gran expedición de submarinismo con el *Aberdeen*. Todavía había que aclarar un par de cuestiones, pero resultó que Bernie llamaba por otro motivo. Me preguntó cómo me iba en un tono que en realidad suele reservarse para embarazadas y enfermos de cáncer. ¿Y tú, cómo estás? *How* are *you?* Como no sabía adónde quería ir a parar, guardé silencio. Antje me miró con atención mientras dejaba clavado medio panecillo con miel delante de su boca. Me levanté y salí a la terraza.

Ahora en serio, había empezado a decir Bernie. Que cómo se me ocurría, cómo pensaba seguir con aquello. Que si no me preocupaba mi trabajo, si no me daba vergüenza. Que qué decía Antje de todo el asunto.

Tardé un rato en comprender que se refería a Jola y a mí. La verdad es que Bernie me caía bien. Era una persona que se guiaba por un principio: un acuerdo consigo mismo que le prohibía ser simpático sin motivo alguno. Eso hacía que relacionarse con él no fuese nada

complicado. A mi entender, la mayoría de los problemas no surgían porque la gente quisiera hacerle daño a nadie, sino porque no sabían de qué hablar. Buscaban un tema y, aparte del tiempo y los chismorreos, no había nada que pudiera seguir manteniendo viva una conversación entre dos personas. Bernie era diferente. Era grosero, lacónico y, por ello, incorruptible.

Esa mañana, sin embargo, sí le había dado por hablar, y no pensaba darme tregua. Me estaba sacando de quicio. Me llamó *prick* y *dumb-ass* y me vino con la doctrina del *do-it-right* de los submarinistas. Todo eso a un ritmo vertiginoso, aunque sabía que a mí me costaba entender el inglés por teléfono.

—Vete a la mierda, Bernie —dije en inglés antes de colgar.

No podía dejar de pensar en ello. No sabía qué le habría contado Dave, o quien fuera, a Bernie. No me había parecido preocupado, sino furioso. Yo necesitaba a Bernie y a Dave con el *Aberdeen* el miércoles. La expedición estaba planeada desde hacía meses, me había gastado una barbaridad de dinero en equipo nuevo. Me habría encantado agarrar del cuello al primer transeúnte que me cruzara y gritarle a la cara que cómo se le ocurría meter las narices en los asuntos de los demás. Que más les valía a sus amiguitos de la isla y a él dejar de contar mentiras sobre mí. Así se hacía la guerra: mediante el gusto por los rumores. Mediante la disposición a creer siempre lo peor de los demás. Estuve encantado de que llegara el momento de volver a ponernos los trajes de buzo. El neopreno constituía una piel gruesa que mantenía al mundo apartado de mi cuerpo. Me alegré de no tener que compartir mi respiración con la humanidad durante la siguiente media hora.

Que volviéramos a sumergirnos otra vez en la Playa Chica, frente a Puerto del Carmen, denotaba que me había quedado sin recursos. Para entonces, Jola y Theo ya se conocían todos los puntos de inmersión. Barracudas, meros y tiburones ángel habían dejado de representar una sensación para ellos. Seguir sorprendiendo a los clientes era una especie de ambición personal, pero muy pocos se quedaban más de diez días, y prácticamente nadie realizaba más de dos inmersiones en cada jornada. Incluso el Atlántico disponía de una cantidad finita de

lugares de interés. Poco a poco se me iban agotando las ideas. Al este de la Playa Chica, por debajo del borde del arrecife había una cueva lo bastante espaciosa para no representar ningún peligro. Eso era lo que quería enseñarles. Después tendríamos que aguantar los días que quedaban realizando inmersiones desde barca.

Yo nadaba muy cerca del fondo y me volvía cada pocos segundos hacia ellos dos para comprobar que no se hubiesen atascado con la cadena de ningún ancla ni se hubiesen enredado en ningún sedal perdido. Aunque con Bernie realizábamos de vez en cuando alguna expedición de limpieza, la Playa Chica era el lugar más sucio de toda la isla. A nuestra izquierda, Laura se abría paso entre el lodo con un grupo de principiantes. Por encima de nosotros, los niños saltaban desde el muelle con los talones por delante, dispuestos a partirle la crisma a cualquier submarinista que ascendiera. Turistas con tubo de esnórquel deslizaban sus barrigas por el agua y nos miraban desde sus alturas sin sospechar lo quemada que tendrían la espalda esa noche a causa del sol. Constantemente teníamos el rugido de las barcas a motor en los oídos. No veía el momento de dejar por fin atrás la cala para alcanzar el borde del arrecife y lanzarme a esferas más profundas.

No llegamos tan lejos. Descubrí su rastro a menos de doce metros de profundidad. Estaba enterrado en la arena y tenía más de un metro de largo; un macho, sin duda. Los torpedos, o rayas eléctricas, me recordaban siempre a los muñecos de nieve de masa de galleta que hacía mi madre por Navidad. Dos discos circulares, uno grande y otro pequeño, unidos para formar una figura plana. Solo que los torpedos descargaban corrientes eléctricas letales.

A Laura le gustaba explicar cómo una vez, nadando de espaldas para no perder de vista a un grupo de submarinistas, había molestado a uno con las aletas. El animal se levantó del fondo como un rayo, realizó una voltereta completa ante sus narices y la tocó en el codo. Doscientos voltios bajo el agua. No era mortal de necesidad, siempre que no perdiera uno la conciencia. Laura comparaba la sensación con un puñetazo directo al plexo solar. Al parecer, todavía recordaba lo que le había pasado por la cabeza. Que de ninguna manera podía

desmayarse, porque su grupo de principiantes no habría estado en situación de salvarla. Que ya podía irse despidiendo de su licencia si el pez, presa del pánico, alcanzaba a alguno de sus clientes. Y que era buena señal estar pensando aún todas esas cosas. Consiguió llegar con su tropa a la superficie. Yo me hice cargo de sus clientes durante dos semanas, hasta que ella volvió a sentirse preparada para meterse en el agua.

Levanté los brazos y les indiqué a Jola y a Theo que se arrodillaran sobre el fondo. Entonces les señalé con una mano el torpedo mientras me pasaba la otra plana por el cuello, como si quisiera cortarme a mí mismo el pescuezo. Ambos asintieron, me habían entendido: «Letal».

Dejé que se acercaran un poco más, a una distancia de un metro largo estarían a salvo. Los torpedos, en realidad, no eran agresivos. Solo se defendían dentro de un radio predecible si se sentían atacados. Desde la experiencia de Laura, yo había realizado varias veces el truco y siempre me había funcionado bien. Me quité una aleta del pie, la cogí con ambas manos y di varias pasadas con ella justo por encima del dorso del animal. La onda expansiva levantó la arena que lo cubría. Por fin quedó al descubierto la forma de muñeco de nieve y su coloración. Un ejemplar bastante pálido. Volví a dar varios aletazos y rocé la cola del pez con mi aleta de plástico para provocarlo un poco más. Quería que diera la voltereta. Jola y Theo todavía no habían visto ningún torpedo, sería la tardía sensación que podrían anotar en sus *logbooks*. De vuelta en la superficie les hablaría de la fuerza de la descarga eléctrica y les contaría la historia de Laura; puede que incluso afirmara que todo aquello me había sucedido a mí mismo.

Pero no pasó nada. El cuerpo del torpedo se balanceaba dormido al ritmo del oleaje. Parecía una gran bayeta. Lo intenté un par de veces más, agitando la aleta como si quisiera avivar una hoguera. O el pez estaba profundamente dormido de verdad, o no tenía ningunas ganas de dejar que lo molestaran. Al final me rendí y me dispuse a calzarme la aleta de nuevo.

Lo que siguió es mejor expresarlo con palabras muy sencillas: Jola empujó a Theo. El momento era oportuno. Theo se había inclinado hacia el apático animal para sacarle un par de fotografías con su

cámara subacuática. Tenía los dos brazos levantados ante el cuerpo y el centro de gravedad muy desplazado hacia delante. Entre la cámara y la piel del dorso de la raya no había ni medio metro. En esa posición, el empujón de Jola le hizo perder por completo el equilibrio. Aunque la resistencia del agua ralentizaba los movimientos, Theo se precipitó hacia delante demasiado deprisa para poder reaccionar a tiempo. En lugar de torcer hacia un lado, soltó la cámara y extendió los brazos para apoyarse en el fondo; pero ahí estaba el torpedo. Con unos aspavientos desesperados, Theo intentó ganar distancia y evitar el contacto. Yo estaba demasiado lejos para alcanzarlo con las manos, así que le propiné una patada en el muslo para darle otra dirección a su caída. Habría podido salir bien. Sin embargo, en ese mismo instante el torpedo se hartó. Una vibración recorrió al animal que un segundo antes todavía dormía y de pronto se tensó concentrando todas sus fuerzas.

Nadie sabe qué se esconde en el alma de un torpedo. En lugar de lanzarle a Theo una fortísima descarga eléctrica, se decidió por la huida. Un par de aleteos impetuosos se lo llevaron de allí. Diez metros más allá volvió a sentirse a salvo de nuevos acosos, se dejó caer sobre el fondo y cavó con los bordes de su cuerpo circular para echarse arena sobre el lomo. Theo estaba a cuatro patas encima del punto donde había yacido el torpedo poco antes. Sus fuertes jadeos hacían ascender una columna de burbujas de aire sobre él. Ni siquiera intenté sujetarlo cuando decidió poner fin a la inmersión por su propia cuenta y empezó con el ascenso controlado.

No tenía ni idea de lo que les diría o haría en cuanto llegáramos a tierra firme. En lugar de pensamientos estructurados, por mi cabeza pasaban imágenes a toda velocidad. Yo sentado con Jola en un banco del paseo, quitándole una púa de erizo de la planta del pie. Ella peleándose con Theo en la barandilla, sobre el precipicio de Famara, rodeados de oscuridad, viento y lluvia. Todo aquello parecía haber sucedido hacía tanto que me pregunté, sorprendido, cuánto tiempo llevábamos ya juntos. No obstante, al intentar comprender el ahora inmediato en el que nadábamos de espaldas en dirección al embarcadero, tuve que constatar que también esa imagen se

asemejaba ya a un recuerdo. Como si el presente no fuera más que una visión especialmente nítida del pasado.

De nada me habría servido el mejor de los planes, el sermón más hermoso o la firme decisión de mandar a Jola y a Theo a la mierda de una vez por todas. Porque para lo que vino cuando subimos los resbaladizos escalones del muelle no había forma de prepararse. Y es que nadie habría podido verlo venir. Nos habíamos abierto paso con nuestros trajes de goma por entre los turistas del paseo y por fin, chorreando agua, llegamos a la furgoneta. A Jola le temblaba todo el cuerpo. No de vergüenza ni de agitación, ni siquiera de frío… sino de rabia. Apenas hubo dejado la botella, lanzó las aletas al suelo y se arrancó la máscara del cuello, la emprendió contra mí.

—¿Tú te has vuelto loco? ¿Cómo se te ocurre hacer esto… —se pasó una mano por el cuello—, si resulta que el pez estaba vivo?

—¡Esto… —también yo realicé el gesto con la mano en la garganta —, significaba que era letal!

Se me quedó mirando, estupefacta.

—¿Y luego vas y le quitas la arena de encima para que podamos verlo mejor, o qué?

—Quería despertarlo para que nos hiciera su voltereta.

—¿Justo delante de nosotros?

—No era mi primer torpedo, Jola.

—Pero es que estaba pálido e inerte como un cadáver. ¡Pensaba que estaba muerto! —Una vez más repitió mi gesto—. ¡Theo habría podido morir!

—¡Porque tú lo has empujado! —grité.

—¡No! —Se plantó justo delante de mí, los brazos cruzados, el pecho modelado como en plástico bajo el ceñido neopreno. Por un instante pensé que a lo mejor no estaba enfadada ni mucho menos. Que simplemente le divertía representar ese papel—. Porque tú has hecho una señal que no habíamos acordado —dijo—. ¿Te suena de algo que solo se usan las señales que se han convenido antes? ¿Por motivos de seguridad? ¡Forma parte de ese principio del *do-it-right* que tú tanto valoras!

Su tono estaba empezando a sacarme de quicio.

—Ese gesto es de significado claro.

—Pues no tanto, por lo que se ve.

—¡Pero si has sido tú la que ha empujado a Theo!

—No intentes girar las tornas. La responsabilidad es tuya. Te has comunicado mal, o sea que tú eres el único que tiene la culpa. Si a Theo le hubiera pasado algo, tendrías que responder por ello.

Dio media vuelta y se colocó delante de Theo, que estaba apoyado en la furgoneta y se había encendido un cigarrillo. Parecía un espectador desinteresado que esperaba con tranquila curiosidad a ver cómo se desarrollaba la escena. También yo tuve de pronto la impresión de que el trozo de acera en el que estábamos era un escenario. No fue una sensación agradable.

—Lo siento, Theo. —Le acarició la mejilla como a un niño pequeño que se ha hecho daño en la rodilla—. Tenía que ser una broma tonta. Theo y el pez muerto. Ja, ja.

—No pasa nada —dijo él, y le dio una calada al cigarrillo sin apartar los ojos de Jola.

—Ha sido fallo de Sven. Quéjate a él.

Me lanzó una última mirada fulminante por encima del hombro, después rodeó la furgoneta Volkswagen con andar orgulloso y la perdimos de vista. Era la única posibilidad para salidas a escena y mutis.

En ese preciso instante yo debería haber comprendido el juego al que jugaba Jola. Me había ofrecido ya pistas de sobra. Además de la biografía de Lotte, Jola leía innumerables libros técnicos de submarinismo y el mundo subacuático. ¿Precisamente ella no sabía qué aspecto tenía un torpedo ni qué significaba mi señal de advertencia? Y cuando yo había intentado provocar al animal, ella había creído… ¿qué? ¿Que me dedicaba a jugar con un pez muerto? Mi obligación habría sido reconocer lo sistemático del comportamiento de Jola. Dicen que los juristas tienen un sexto sentido para las estructuras, pero yo no era jurista, claro, sino instructor de submarinismo. En lugar de desearles a los dos unas felices vacaciones y alejarme lo más posible, llegué a la conclusión de que Jola no estaba del todo equivocada. De haber colisionado Theo con el torpedo y

haber muerto en el accidente, puede que me hubieran acusado de homicidio involuntario. Puede que incluso de asesinato. El motivo habría estado claro, ya que media isla habría podido dar testimonio de mi supuesta aventura con Jola. El resto del día lo pasamos cada cual por su lado. Theo y Jola querían quedarse un poco más en la ciudad, después irían a comer algo y cogerían un taxi para regresar a Lahora. Agradecí disponer de una tarde libre. Conduje mi Volkswagen por el paisaje volcánico disfrutando de ir solo en la furgoneta.

Es fácil juzgar a un yo pasado. Qué tonto fue uno, qué poco entendía. Solo en retrospectiva se encuentran patrones, aunque no explicaciones. Por eso podemos estar seguros de que nuestros intentos de arreglarlo todo llegarán siempre notoriamente tarde.

# Diario de Jola, décimo día

*Lunes, 21 de noviembre. Por la tarde*

No me queda mucho tiempo. En cualquier momento puede volver. Estoy sentada frente a un pastel de queso y un café de filtro, rodeada de turistas alemanes. 15.32 en el café Wunder Bar. Hace apenas una hora, Theo ha vuelto a intentar matarme. Suena a principio de novela policíaca. Pero no lo es. A lo mejor debería lanzar una llamada de socorro ahora mismo: ¡Si encuentra usted esta nota, informe enseguida a la policía! Pregunte por el paradero de una tal Jolante von der Pahlen. ¿Ha desaparecido? ¿Le ha ocurrido algo? ¡Dígale a la policía que no ha sido un accidente! Que interroguen al escritor Theodor Hast y no olviden que es un verdadero maestro tergiversando la realidad. Esa es su profesión.

¡Con qué descaro se ha encendido contra el pobre Sven! Que ha interpretado mal la señal y que creía que el pez estaba muerto. El pez muerto y la actriz… ja, ja. Me pregunto si Theo se prepara su papel antes de decidir lanzarme sobre un torpedo. ¿O es tal su genialidad que es capaz de inventar una historia así sobre la marcha? Incluso nos ha amenazado con una denuncia, y eso que Sven podría habernos mandado al cuerno con todo el derecho del mundo. Pero su insolencia va aún más allá. Al final, Sven ha llegado a creer que había sido culpa suya.

Ahora el viejo está buscando un cajero automático para sacar de mi cuenta una buena cantidad con la que me invitará a cenar esta noche. Semejante intento frustrado de asesinato hay que celebrarlo. Probablemente ni siquiera quería matarme. Un juguete tan bonito no se rompe a propósito. Solo quiere uno saber hasta dónde aguanta. Quiere uno ver cómo representa una danza de doscientos voltios en el fondo del mar. Cómo pone los ojos en blanco, cómo se sacude con

convulsiones epilépticas, traga agua, pierde el conocimiento. Solo por diversión.

¿Acaso pensaba que Sven no lo ha visto empujarme? ¿O era eso incluso lo que quería? A lo mejor no se trata de mí. A lo mejor tenía que ser una especie de suicidio. Quizá Theo me dio una paliza justo delante de la ventana del salón y me ha empujado sobre un pez letal delante de las narices de Sven para provocarlo. Hasta que el pobre no pueda hacer más que vengarme y dejar al viejo colgado de cualquier roca en la siguiente inmersión. Theo es lo bastante listo para saber que a un submarinista experto como Sven debe de resultarle muy fácil escenificar un accidente. Sin pruebas. Sin testigos. Yo sería entonces poco más que un juguete. Poco más que un instrumento. Solo una especie de cebo. El trocito de queso en la trampa para ratones.

Puede que me esté volviendo loca. Ya no siento nada. Mi cabeza, por el contrario, trabaja sin interrupción. Me recuerdo a mí misma que quería hablar con Sven. Que Sven tiene que salvarme. Pero de pronto Sven se me antoja algo surrealista. Una figura plana, como de cartulina. Como si me lo hubiera inventado. ¿Cómo va a salvarme mi propia invención? Explíquemelo, por favor, cuando haya acabado usted de prestar declaración ante la policía. Y no olvide hablar con los guardacostas. Deberían peinar el Atlántico en busca de los restos mortales de la actriz o del escritor. Puede que incluso de ambos. Hasta una profundidad de cuarenta metros.

# 15

Ya cuando me acercaba a la explanada de arena vi que Antje no estaba en casa. En todos aquellos años no había logrado enseñarle que no tenía que cerrar la verja hasta que la Volkswagen estuviera dentro de la propiedad. Siempre que yo llegaba a Lahora, tenía que bajar del vehículo para abrir el portón. Había días en los que eso hacía que me subiera por las paredes. Esa tarde, por el contrario, me sentí frustrado al encontrar la verja abierta. Aquello significaba que Antje no estaba. Me habría alegrado pasar la tarde con ella. Cenar algo, charlar. Comentar el día y preparar el siguiente. Unir nuestras cabezas bajo la luz de la lámpara del comedor. Casi me parecía estar viendo esa imagen como si mirara por una ventana iluminada mientras yo mismo me encontraba en una fría e invernal calle de Alemania.

La casa llegaba a retumbar de silencio sin los ladridos de Todd. En el fondo tampoco era tan extraño que Antje se hubiera acercado a la ciudad después de comer, a comprar y a verse con sus amigas, o a ocuparse de un apartamento por alquilar. Solo que normalmente me llamaba para preguntar qué estaba haciendo yo y si quería que se pasara por el punto de inmersión a llevarnos botellas llenas o una sopa caliente. Cuando no había nada más programado durante la tarde, a veces quedábamos para tomar un café y un trozo de pastel de queso en el café Wunder Bar. O salíamos a dar una vuelta con Todd por el paseo. De pronto comprendí hasta qué punto habían cambiado las cosas desde que Jola y Theo estaban en la isla.

Coloqué la entallada cafetera italiana sobre un fuego y me serví un vaso grande de limonada. «Darse un pequeño lujo» constituía una técnica femenina; a pesar de ello, estaba más que decidido a probarlo. Fui reuniendo las páginas del relato de Theo junto al sofá del salón y las coloqué en el orden correcto. Llevé el café y la limonada a la terraza, saqué también un recipiente con cubitos de hielo y arrastré la tumbona hasta la sombra.

Dos horas después marqué el número de Antje. Solo me contestó el buzón de voz. Por si estaba en un punto sin cobertura, la llamé tres veces más dejando pasar varios minutos en cada ocasión.

Me costó trabajo leer todo el relato de Theo hasta el final. Al terminar sentía verdadera repugnancia por la tipografía de su máquina de escribir. Como si el contenido de las palabras se hubiese desteñido sobre el papel. Como si pudiese ensuciarme los dedos con ellas.

El sol se había hundido tras las planas azoteas de las vacías casas vecinas. Antje sabía de literatura. Quería preguntarle cuánto de vida real se ocultaba en un relato. Si, cuando un autor describía algo espantoso hasta el menor detalle, también tenía que conocerlo por propia experiencia. No entendía por qué me había entregado Theo esa historia. Crecía en mí la sensación de no querer volver a verlo nunca más. Mientras leía, había tenido más de una vez la intención de llamar a Bernie y preguntarle si quería hacerse cargo de mis clientes. Con todo, uno de mis principios era no aceptar ningún pago por adelantado, así que todavía no había visto ni un céntimo de ellos dos. Si decidía rescindir el contrato, lo más probable era que acabara quedándome con un palmo de narices. Antje y yo necesitábamos urgentemente los catorce mil euros. Por eso quería hablar con ella. Quería preguntarle si no era mejor poner de patitas en la calle a un tipo que escribía algo así. Seguro que ella me miraría como si hubiese hecho un chiste: «¿Quieres cancelar el mejor encargo de tu vida porque tu cliente ha escrito un relato en el que dos personas no se portan bien la una con la otra? ¿Nunca te ha dicho nadie que la literatura jamás trata de cosas agradables, ni siquiera en una isla? ¡Te comportas como un niño que ha visto una película de terror y luego tiene miedo de la oscuridad!». A lo mejor esa horrible sensación desaparecería en cuanto la oyera hablar así.

Otra vez el buzón de voz. Antje nunca apagaba el teléfono. Siempre llevaba ese cacharro a tope de batería y listo para lo que hiciera falta. Para ella, estar disponible constituía una especie de fe de vida. Igual que algunos físicos creían que la Luna no existía mientras no hubiera alguien mirándola, Antje también creía que todo al que no podías

llamar desaparecía. Prácticamente nunca sucedía que no contestara al teléfono. El buzón de voz, de nuevo. Decidí no seguir intentándolo. Por suerte, yo no era de esas personas que enseguida pensaban que al otro le había sucedido algo horrible. Solo había que tener presente el cálculo de probabilidades. Un accidente de tráfico era mucho menos probable que haber perdido el móvil o no oír el timbre. Incluso tratándose de Antje. Caí en la cuenta de que no habría sabido a quién preguntar por ella. Ni siquiera sabía cómo se llamaban la mayoría de sus amigas, y mucho menos tenía sus números. Eso por no mencionar que hablar por teléfono en español era algo imposible para mí. Bernie no tenía nada que ver con ella, aparte de que enseguida me habría soltado la pregunta de qué demonios era lo que sucedía entre nosotros dos. Con sus padres, en Alemania, no tenía ningún contacto. Además, no eran más que las ocho.

Una extraña inquietud me llevó a recorrer la casa. Puede que también me encontrara un poco mareado. Seguramente tenía hambre, pero no podía decidirme a comer nada. La historia de Theo seguía como enganchada por anzuelos a mi pensamiento. Incluso la puesta de sol por la que hacía pasear a los dos personajes al principio tenía algo de funesto: un escenario de sangrientos jirones de nubes, como si un ser descomunal hubiese estallado en mil pedazos en el cielo. La oscuridad que sobrevenía después, un pretexto; los gritos de las gaviotas, una banda sonora burlona. Hasta un analfabeto en literatura como yo entendía que la mujer no fuese idéntica a Jola. Tampoco se llamaba así. Por otra parte, parecía compartir algo con ella. Una belleza oscura, sobre todo. Cierta volubilidad. Poco a poco fui comprendiendo por qué no me gustaba la literatura. Igual que la jurisprudencia consistía en el arte de emitir juicios, el autor se erigía en juez supremo, determinaba el estado de la situación, llamaba a testigos y al final dictaba su sentencia. Culpabilidad o absolución. Al contrario que en el proceso judicial, no obstante, allí no existía la posibilidad de apelar.

Recorrí el salón de un lado a otro como si estuviera buscando algo. Por toda la casa había objetos de los que, de habérmelos encontrado en un lugar neutral, habría afirmado no haberlos visto jamás. Había

llegado el momento de serenarse un poco.

En la cocina batí tres huevos con salsa Maggi, partí con la mano un buen trozo de pan blanco para rebañar y me lo llevé todo al estudio. Quería ver uno o dos capítulos de la serie de Jola para distraerme un poco. Y si con eso conseguía cansarme, podría aprovechar la ausencia de Antje para volver a pasar una noche en la cama.

Había decidido llenar lagunas y empezar a ver la serie en orden cronológico a partir de la primera aparición de Bella Schweig. Acababa de abrir la carpeta de *AyO*, había localizado el capítulo 589 y había hecho clic sobre el play cuando lo vi. Estaba a pocos centímetros de la alfombrilla del ratón, tirado de espaldas, las cuatro gráciles patas con sus ventosas de alta tecnología mirando hacia arriba. Colocado ahí como para transmitir un mensaje. «Mira, está muerto.» Salté de repente, probablemente también grité. Emil. El frío de su cuerpecillo ardía en mi mano. Me puse a darle golpecitos con el índice, intenté calentarlo, lo volví del otro lado y lo coloqué sobre mi brazo, en su lugar de siempre. Cayó otra vez a la mesa. No era más que un trozo de materia con aspecto gomoso. En la habitación me pareció percibir un olor tirando a químico, quizá espray insecticida.

En plena consideración sobre si era más absurdo tirar a un amigo por el váter o enterrar a un reptil, llamaron al timbre. Sin los ladridos histéricos de Todd, las habitaciones sonaban tan vacías de muebles que ni yo mismo creía encontrarme en casa. Antje tenía una llave y habría hecho más ruido al llegar. Volvieron a llamar. Tres timbrazos cortos, tres timbrazos largos, tres timbrazos cortos. Alguien que dominaba el alfabeto morse. Incluso sin esa pista habría sabido quién estaba ahí fuera.

Cuando abrí la puerta, se lanzó a mis brazos. Tardé un segundo en ver que llevaba todo el rímel corrido. Esa tarde no había ido maquillada. Le temblaban los hombros. Se aferraba a mí con fuerza y todo su cuerpo se sacudía a causa de los sollozos. La estreché entre mis brazos y hundí la nariz en su pelo. Ni siquiera nos habíamos dicho «Hola». Mientras inhalaba su aroma, sentí que todo me resultaba indiferente. El torpedo, Antje, el relato de Theo, la salamandra. Ya no podía seguir pensando y no quería hacerlo más. Apenas entendía lo

que me explicaba entre lágrimas.

Theo y ella habían ido a dar una vuelta por el paseo a la puesta de sol. De pronto habían visto muy a lo lejos a un bañista que luchaba contra la corriente. El primer impulso de Jola, si Theo no se lo hubiese impedido, habría sido el de lanzarse al agua. Estuvieron mucho rato corriendo de un lado para otro sin saber qué hacer, hasta que encontraron a un socorrista. A esas alturas ya se había reunido en el paseo una buena muchedumbre, una lancha de Salvamento Marítimo estaba en camino y también acudía un helicóptero desde otra isla. Del bañista solo habían podido recuperar el cadáver. Pensé un instante en Bella Schweig, que se presentaba llorando en casa de su ex novio para explicarle lo de ese ciclista al que habían atropellado.

Mientras acariciaba el pelo de Jola, le expliqué que en la isla siempre moría algún veraneante. Se ahogaban, se caían de la bici, se estrellaban contra una peña haciendo parapente o se perdían borrachos en las carreteras. Toda una industria de salvamento se ocupaba de personas que caían víctimas de sus actividades de ocio. Había helicópteros, lanchas, hospitales…

Debía de hacer rato que había dejado de hablar; eso, si es que realmente había dicho algo. Me encontraba de nuevo en el sofá del salón, con Jola en el regazo. Sus manos formaban un telón negro tras el cual nos besábamos. Me sentí inundado de paz. Como si por fin hubiese llegado a puerto. La tensión de los últimos días me abandonó. Ya no había más lucha, más duda, más perplejidad. Mis manos se sentían del todo en casa sobre el cuerpo de Jola. Nada suyo me resultaba extraño. La sala daba vueltas a nuestro alrededor, el chalet, la isla, el mundo entero. El universo había encontrado su centro, un centro en torno al cual se expandía y sobre el cual se replegaría un día.

Hasta que Antje entró en la habitación. No había oído ni su coche ni las llaves. Todd gruñó a Jola. Yo no conseguí reaccionar. Me quedé allí sentado sin más, parpadeando. Como si la aparición de Antje hubiese encendido una luz cegadora que nos iluminaba sin compasión. Un instructor de buceo con una clienta medio desnuda en el regazo, pillados in fraganti por la compañera sentimental de él.

—Vale —dijo Antje—. También podemos hacerlo así.

Tal como se esperaba de ella, Jola saltó de mis rodillas, puso distancia entre ambos y se recolocó la ropa con la mirada gacha. La escena no había ni empezado aún y a mí ya no me apetecía lo más mínimo tener que pasar por ella. En cuanto dejé de tocar y oler a Jola, volví a verla como Bella Schweig. La vi mirar al suelo, ocultar la cara bajo el pelo, alisarse todo el rato la camiseta. Quizá los actores sufrían la maldición de no poder dejar de interpretarse nunca a sí mismos.

Tres metros más allá estaba Antje, irremediablemente idéntica a sí misma. Vi cómo temblaba. Sentí impaciencia. Dónde te habías metido tanto tiempo, tengo que hablar contigo enseguida, quería comentarte un par de cosas. ¿Podemos terminar con todas estas bobadas, por favor, y cenar de una vez? Una copa de vino, la luz cálida de la lámpara que cuelga sobre la mesa. De aquella situación no había nada que decir. Una vez más me había dejado llevar por quimeras. Jola era una maestra en su arte. En ese momento me habría gustado regresar al orden del día, aunque, desde luego, sabía que eso no iba a ser posible sin más. Como se estaba haciendo urgentemente necesario que alguien dijera algo, pronuncié la única pregunta que me interesaba:

—¿Por qué has matado a Emil?

Fue como si hubiera accionado un interruptor que activó a una Antje diferente y hasta entonces desconocida para mí. Ni siquiera me gritó. En realidad habló incluso en voz bastante baja, pero imprimiéndole al mismo tiempo una acritud que resultaba más estridente que cualquier volumen posible.

—La verdad es que yo pretendía dejar que las cosas volvieran a su cauce. Todo esto —hizo un gesto con el brazo que me abarcó a mí, la casa y a sí misma— es más importante para mí que tus aventuras infantiles. Pero no pienso dejarme humillar. Que te traigas aquí a tu amante es una desfachatez.

—Jola no es mi amante —dije.

La acritud se transformó en odio.

—Quizá te lo he puesto demasiado fácil estos últimos años —dijo Antje—. He permitido que te refugies cada vez más en tu propio mundo y pierdas todo sentido de la realidad. Al final es posible que

sea todo culpa mía.

Su discursito me estaba poniendo de los nervios. Esa no era la Antje que yo conocía. No hablaba como la muchacha que se había tumbado a comer ositos de goma con el primer Todd en mi habitación de adolescente. Hablaba como una abogada. Además, estaba seguro de que cargaba con la muerte de Emil en la conciencia. Era típico que el verdugo no respondiera la pregunta decisiva y, en lugar de eso, reaccionara con acusaciones. No me apetecía discutir aquel asunto. Tampoco quería cenar ya. Solo quería irme a la cama, taparme la cabeza con la colcha y dormir veinticuatro horas. Después, todo volvería a ser normal. La normalidad era, a fin de cuentas, lo mínimo que podía exigírsele a la vida. Pero Antje no había terminado aún. Me miró pensativa, vacilante, como si tuviera que tomar una decisión. Entonces sucedió.

—Pongamos las cartas sobre la mesa —dijo—. Yo también tengo un amante. Se llama Ricardo. Hace un año que nos conocemos.

Me quedé estupefacto, mirándola.

—Empate —dijo, y sonrió con pesadumbre—. Quizá sea la única posibilidad de empezar de cero. —Se apartó el pelo de la cara e inspiró hondo—. Te quiero, Sven. Al contrario que tú, yo no tengo ningún problema en decirlo. Lo de Ricardo es algo puramente sexual. Tú eres un amante más bien esporádico. Para una mujer joven como yo, el sexo desempeña un papel importante.

Cuando se acercó y me tendió la mano, yo la rehuí.

—No tengas miedo —dijo—. Siempre he llevado cuidado de protegerte. Nadie lo sabe. A fin de cuentas, estamos en España. Solo Valentina y Luisa están al corriente, porque a veces necesitaba ayuda con la logística.

Yo no conocía a ningún Ricardo. Estaba convencido de que me mentía, y eso fue precisamente lo que me dolió. Me hizo daño su voluntad de hacerme daño. Se empeñaba con tal desesperación porque ni siquiera se creía capaz de haber cometido algo desacertado que pudiera ofendernos a ambos.

—Pues sugiero que ahora te marches —dije.

Antje se echó a llorar en silencio, al tiempo que asentía. Cuando fue

al dormitorio a meter un par de cosas en una bolsa, caí en la cuenta de que Jola había desaparecido. Debía de haberse esfumado mientras Antje me soltaba su discurso. En todo caso, no recordaba cuándo se había marchado.

Antje regresó y se quedó de pie en el centro de la sala, sin saber muy bien cómo debía despedirse. A mí me hubiera gustado levantarme, la habría abrazado y le habría dirigido un par de palabras amables. Pero me quedé en el sofá con la cabeza en blanco y las piernas pesadas, incapaz de moverme. En algún momento dio media vuelta y se marchó. Oí las patas de Todd sobre las baldosas del pasillo. Oí la puerta de la casa al cerrarse y el Citroën que arrancaba. El rugido del motor se fue alejando. El silencio posterior fue diferente a como yo lo había imaginado. Menos reposado.

# Diario de Jola, undécimo día

*Martes, 22 de noviembre. Por la mañana*

La vida puede ser extraña. Tan pronto es una auténtica pesadilla como se convierte en algo maravilloso. Como solía decir papá: Hija, no olvides nunca que eres una chica. Cuando estás para el arrastre, es culpa de las hormonas. O mamá: No te preguntes cómo estás, sino qué aspecto ofreces. O Theo: Tú solo te sientes desgraciada para que yo tenga mala conciencia.

Sven ha dicho: Mataré a ese cerdo. Y antes de eso: Todo irá bien. Me ha dado la impresión de que ambas cosas las decía en serio.

Sven, un asesino… Inimaginable. Aunque la verdad es que yo a estas alturas puedo imaginarme cualquier cosa. Solo tengo que salir a dar una vuelta por el paseo y ya muere alguien. Una pequeña mancha mar adentro. Qué perverso lo que le pasa a una por la cabeza en momentos así. Cuando quería lanzarme al agua, solo pensaba en lo buena nadadora que soy y que podría lograrlo. Que una heroicidad así conseguiría cobertura mediática hasta en Alemania. Que al final no tendrían más remedio que darme el papel de Lotte. Ya lo estaba viendo: yo sentada en mi apartamento, con una vela encendida y música, y en la estantería el Oso de Plata de la Berlinale. El móvil apagado porque puedo permitirme el lujo de no estar disponible. Bebo vino y leo uno de los guiones que se amontonan en mi escritorio.

Pero el viejo me lo ha impedido. Mientras buscábamos a un socorrista, él seguramente estaba pensando que la escena sería muy buen material para convertirse en una historia. Dos turistas desesperados corren a lo largo de la playa mientras a lo lejos hay un hombre luchando por salvar su vida. Extremo y brutal. Nada de peligros de pacotilla. Si alguien muere, siempre es arte.

Una hora después estamos en el paseo, algo apartados de los demás

curiosos. Contemplamos cómo suben el cuerpo del bañista al helicóptero en camilla. No hay mucho que ver. Lo han tapado del todo con una lona. Ni siquiera distinguimos si es un hombre o una mujer. A mí no me causa ninguna impresión ver el cadáver cubierto. Tampoco lloro en los entierros. La abuela, el abuelo, el tío Lukas, la tía Miriam… La familia Pahlen es numerosa y etílica. A mí siempre me ha dado igual. ¿Para qué tanta tragedia, si ya se sabe que todos morimos? Con la muerte, todo el mundo hace como que no existe. En el caso del amor es justo lo contrario.

Sin embargo, cuando el helicóptero despega y los turistas bajan la cabeza y el viejo se pega a mí, de pronto sé lo que tengo que hacer. Por lo visto me ha hecho falta venir hasta aquí para comprenderlo. Conocer a Sven. Ver morir ahogado a alguien. Solo tenemos una vida. Papá siempre lo dice, pero con ello solo se refiere a que no hay que tener consideración con nadie a la hora de ganar dinero. Sigo el helicóptero con la mirada y decido continuar mi vida sin Theo. Como yo sola no lo consigo, Sven me ayudará. Solo cuatro días más. Hay que dejar claras las relaciones antes de que se acaben las vacaciones. Tengo que forzar a Sven a tomar una decisión. Tengo que explicarle lo que hace conmigo el viejo. Entonces se verá si Sven se toma lo nuestro en serio.

Theo todavía quiere ir al pub, yo tomo un taxi. El coche de Antje no está aparcado frente a la casa. Es una señal. Enseguida llamo al timbre de la Residencia. Sven abre y me estrecha entre sus brazos. Yo me resisto. Quiero hablar, y lo antes posible, antes de que me dé tiempo a cambiar de opinión.

En la mesita del café hay varias páginas arrugadas. Al instante reconozco la tipografía: la vieja máquina portátil de Theo. La ha traído consigo por si le viene algo durante las vacaciones. El cacharro hace un ruido espantoso. Debe de haberla usado las veces que he salido a hacer submarinismo sola. En secreto. Y, mientras, venga a hablarme de su bloqueo del escritor. Seguro que la historia trata de mí. Al viejo le gusta escribir sobre mujeres. Las llama Lola, Nora o Josa, arroja luz sobre las oscuras cámaras de tortura de sus almas y disfruta describiendo cómo aniquilan a sus víctimas masculinas.

Seguro que ha escrito la historia ex profeso para Sven. *Para que sepas dónde te estás metiendo*, podría ser el título. Pero por lo visto el texto no ha logrado su objetivo. Sven sigue hablando conmigo. Mejor dicho, me escucha. Las palabras brotan solas de mi boca. Tengo el rostro arrasado en lágrimas. La presión es enorme. Es la primera vez que se lo explico a alguien. A menudo me faltan términos. ¿Se dice polla o pene, coño o vagina, culo o ano? Lo que explico, sea como fuere, suena espantoso. Me asusta a mí misma. Como si, mientras hablo de ello, lo estuviera experimentando por primera vez de verdad. Como si, una vez llegado a oídos de Sven, se convirtiera en una realidad inquebrantable.

Sven dice: Todo irá bien. Y después: Mataré a ese cerdo. Yo me pregunto si lo uno no sería la consecuencia de lo otro. Por supuesto que no matará a Theo. Eso lo sabemos los dos. Me siento en su regazo y él me estrecha con fuerza, me acuna, me besa, me protege, me recompone. Entonces entra Antje. Sven no intenta justificarse siquiera. Probablemente lo había decidido hace días. Solo necesitaba un último empujón, igual que yo.

Mientras Antje habla, yo me voy. No porque me resulte desagradable, sino por respeto. Más tarde oigo al perro y el coche de Antje, que se aleja. Aun así, me quedo sentada a la mesa y sigo mirando a la oscuridad. Siento que es mejor dejar solo a Sven esta noche, aunque todo mi fuero interno grite por estar con él. El viejo llega a casa y de inmediato cae en la cama. Yo paso el resto de la noche junto al mar.

Ahora contemplo el cielo rosado y me pregunto si es el futuro o una tomadura de pelo. Dentro de media hora, Sven traerá la furgoneta a la explanada de arena y entonará su alegre «Buenos días» como si todos los días fueran buenos. Y muy especialmente este. El viejo no ha venido a buscarme, puede que haya muerto mientras dormía para hacernos un favor a todos. El mar está más tranquilo que nunca, como si tuviera la cabeza en otra parte. En cierta forma, la ostensible indiferencia de los elementos me serena. Tú haz lo que quieras, dicen cielo, rocas y océano. A nosotros nos da igual. ¿Qué te has creído? ¿Sabes cuántos se han sentado ya a nuestra vera, creyéndose algo

especial? No nos molestes. Andáis por aquí a tientas armando mucho barullo y luego os vais, uno tras otro. De vuestras catástrofes, nada queda; mientras que a las nuestras de vez en cuando les sigue la formación de una isla. Eso sí es algo, aunque tampoco demasiado, ya que a fin de cuentas: ¿a quién le interesa una isla?

A la vista de tantísima indiferencia, lo más inteligente es alegrarse sin más. Ser feliz. Ahora Sven y yo somos pareja. Pronto se verá qué significa eso.

# 16

Martes, 22-11-2011. Un día de unos y doses. Viento nornordeste, a no más de doce kilómetros por hora. Temperatura máxima esperada: veinticuatro grados.

Una mañana típica de noviembre, pues. Yo estaba en la terraza, en calzoncillos y con una taza de café, pensando en el frío húmedo y el olor a carbón podrido. En esa niebla baja que persistía en los campos hasta el mediodía. En la humedad que se colaba bajo la cazadora y te entumecía la piel de los muslos al andar. Pensaba en días en los que el sol se ponía antes de haber llegado a salir de verdad. Sin viento, sin mar, sin cielo. Un silencio estéril y, detrás, el bramido de la autopista. Las siluetas de los manzanos desnudos, de los que aún colgaban unos cuantos frutos arrugados y marrones. Las siluetas de mis padres, cogidos de la mano, mi madre más alta que mi padre gracias a los tacones y el peinado. A la altura de la rodilla, algo que siempre se movía y que nunca se congelaba: Todd Primero, completamente embargado de felicidad ante la perspectiva de un paseo familiar. «Frío pero bonito», solía decir mi madre. En algún lugar de esa niebla se escondía también Antje, que todavía no era más alta que el poste de una valla y tenía el pelo de un rubio luminoso. Teníamos el recuerdo del verano, el obvio conocimiento del otoño, la perspectiva de un invierno pasado por agua, así como la abstracta esperanza de una primavera que todavía quedaba demasiado lejos. Teníamos el año y el tiempo. Si alguien me hubiese dicho hace catorce años que, estando en la isla, iba a añorar nada menos que el espantoso clima del valle del Rin… lo habría tomado por loco.

Esa mañana había salido con mi café a la brisa templada y echaba de menos estar a tres grados bajo cero. Una neblina cubriendo la terraza. La posibilidad de ponerme un jersey. Había dormido de maravilla en la cama grande, profundamente y sin ensoñaciones, con un sueño que desoxidaba el alma y prometía un nuevo comienzo. Al

despertarme, el silencio de la casa, sin radio ni ruido de vajilla ni pasos de perro, me había recordado el invierno.

Dos veces al año, Antje viajaba sola a Alemania, a visitar a su familia. Para mí eso eran vacaciones, aunque tuviera que trabajar y por las tardes recayera sobre mí la pesada tarea de lavar los trajes de buceo. No es que por regla general me molestara su presencia, pero su ausencia abría espacios. Yo me expandía. Reflexionaba mucho, sin luego saber sobre qué había pensado. Hasta que, después de una semana, ya me había expandido todo lo expandible y había reflexionado todo lo reflexionable y me alegraba de volver a tener un poco de vida en casa.

En la Casa Raya se encendió la luz. Vi a Theo irrumpir tambaleándose en el salón y quedarse quieto ante los fogones como si no recordara para qué servían aquellos aparatos. Después llenó la cafetera de agua y la puso al fuego. Abrió la nevera y bebió de una botella. Si era zumo o vino, no pude verlo. La verdad es que en la isla no venden zumo en botella. Con la mano derecha se rascó la cabeza, la izquierda se la metió por la parte de atrás del pantalón del pijama. Comió algo a cucharadas, quizá olivas, o caviar. Tiró el bote vacío al suelo. Se sirvió café, probó la leche del cartón y escupió de inmediato en el fregadero. ¿No les había dicho Antje que en la isla era mejor que compraran solo leche uperisada? Cualquier otra cosa se estropeaba enseguida, aun en la nevera. Se llevó el café solo al cuarto de baño.

Cuando me imaginaba el futuro, aparecía ante mí una imagen contradictoria. Estaba convencido de que Antje regresaría. A fin de cuentas, vivía allí. Nunca había pasado más de una semana fuera. Yo no podía llevar la escuela de submarinismo sin ella más que ese tiempo. Seguro que estaba durmiendo en casa de una amiga y alargaría la farsa de Ricardo unos cuantos días más para castigarme. Y una tarde, de pronto, volvería a tenerla allí. Al mismo tiempo, no obstante, me veía despertándome por las mañanas en la cama de matrimonio y contemplando a Jola, acostada a mi lado, dormida aún. Veía a Antje tumbada en la bañera y a Jola de pie ante el espejo. Mientras Antje hacía el desayuno, Jola ponía la mesa. Veía a Jola llevando las cuentas mientras Antje escribía correos electrónicos a los

clientes. Frente a las ventanas caía la nieve.

Sacudí la cabeza y volví a entrar en la casa. Todavía no me había encargado de la salamandra. Cogí un trozo de papel de cocina, envolví el cuerpecillo frío de Emil, lo llevé al cuarto de baño y lo tiré al váter. No quería irse con el agua de la cisterna. Lo envolví en más papel, tiré de la cadena, esperé, volví a tirar. Hasta que por fin desapareció.

Estaban los dos delante de la casa. Yo solo había contado con uno de ellos. Como todas las mañanas, me esperaban en la escalera de la Casa Raya mientras yo sacaba la furgoneta marcha atrás hasta la explanada de arena. Jola llevaba un vestido rojo con mucho vuelo que yo no le había visto todavía. Theo tenía pinta de no estar aún del todo despierto. Bajé, me acerqué a Jola, le puse las manos en la cintura y le di un beso en la boca. No sabía por qué lo estaba haciendo. No lo había planeado. Ni siquiera me sentí bien.

—Caramba —dijo ella.

Theo no se detuvo a mirarnos, asintió con un leve gesto y sonrió.

Por la noche debía de habérseme fundido algún plomo. No podía contenerme y punto. En la furgoneta, miré a Jola de reojo y le acaricié la mejilla con el índice. Le puse una mano en la rodilla. Parecía feliz, pero también un poco desconcertada. No llevaba sujetador debajo del vestido. Cuando nos volvió la espalda a Theo y a mí en el punto de inmersión, tuve que cruzar las manos. Me sentía como un niño al que no le dejaban probar su nuevo juguete a pesar de que tenía todavía muchísimas funciones por descubrir. Theo de pronto tenía un montón de preguntas sobre el submarinismo técnico. Justo entonces volví a caer en la cuenta: el día siguiente era el que yo esperaba desde hacía meses. Mi cuadragésimo cumpleaños a cien metros de profundidad. Pensaba bautizar el pecio, comoquiera que se hubiese llamado originariamente, con mi nombre. Todavía había que ocuparse de un par de preparativos. Llenar botellas, comprobar el equipo, calcular una última vez el plan de inmersión. La expedición inminente se me antojaba lejana, como algo que ya había experimentado y concluido.

Eso había que cambiarlo. Necesitaba toda mi concentración. Respondí las preguntas de Theo sin escuchar muy bien lo que le decía. Mientras explicaba que el helio tampoco tenía efectos narcóticos a gran presión, por lo cual a cien metros de profundidad se respiraba una mezcla de ese gas, miré a Jola, que estaba algo apartada y recibió mi mirada con la cabeza un poco inclinada. Me observaba como si fuera una pieza de mobiliario que uno todavía no sabía en qué habitación quería colocar.

Pensé que apremiaba tomar un par de decisiones y enseguida me puse de mal humor. Después pensé que era mejor dejar esas decisiones al destino, y mi humor mejoró. Expliqué que la ecuación de estado termodinámico de los gases ideales no tenía en cuenta la interacción entre los átomos de gas, por lo cual, cuando se usaba helio, era aconsejable recurrir al modelo de Van der Waals. Pensé que yo, igual que cualquier otro, tenía derecho a seguir las leyes de la lógica. Eso quería decir lo siguiente: si Theo, Antje, las amigas de Antje, Bernie… si la isla entera daba por sentado que tenía una aventura con Jola, lo lógico era lanzarse también a tenerla. Esa idea me gustó. Si no quería perder la cabeza, debía tener la precaución de mantener la congruencia entre idea y realidad. Normalmente uno hacía que las ideas se correspondieran con la realidad. A veces era más sencillo el camino contrario. Una aventura con Jola les limaría el aguijón de injusticia a los reproches de Antje. Le daría un motivo a posteriori a la condena y volvería a colocarme en la mesa de negociaciones. Se acabó esa sensación de no poder explicar nada, porque de todas formas nadie me creía. Redacté mentalmente un mensaje de texto para Antje: «Acabo de acostarme con Jola para que no tengas que seguir considerándome un mentiroso». Eso debería bastar para que empezara a sobreponerse.

Jola me miraba mientras yo reflexionaba. Parecía saber qué me ocurría por dentro. Le sonreí. Me sonrió. Sacudió la cabeza. Como si no pudiera creer lo que leía en mi pensamiento. «Entra de una vez en razón», parecía decir su mirada. Sin embargo, ella se había pasado días intentando conseguirme. Que una mujer de su formato estuviera dispuesta a esforzarse y mostrar tal obstinación por un hombre como yo rayaba en milagro.

Interrumpí mi perorata sobre el helio a la mitad; en cierta forma, la constante de Boltzmann y la ley de Charles quedaron pendiendo en el aire. Theo parecía descontento.

—Vale —dije—. Vamos al agua.

—¿Tienes esmoquin? —me preguntó Jola tres horas después, en la furgoneta.

Dije que no.

—Entonces tendrá que valer con unos vaqueros limpios y una camisa blanca —repuso ella—. ¡Pero de manga larga!

No me había preguntado si quería acompañarlos a ninguna parte.

—La cena del *Dorset* —aclaró Theo—. Aperitivo a partir de las siete.

Pensé un instante en qué habría preparado Antje para cenar, entonces caí en la cuenta de que Antje ya no estaba. Mi rechazo hacia las fiestas no era relevante en esa ocasión. Se marchaban el sábado. Había que aprovechar a conciencia el tiempo que quedaba todavía. Disfruté mientras cruzaba con la furgoneta la verja abierta de mi propiedad.

—¿No quieres entrar conmigo? —pregunté en dirección a Jola con el tono de voz más natural del que fui capaz.

Theo rió con ganas y bajó del vehículo. Ella estiró el índice, me dio unos toquecitos en la nariz y bajó también. Balanceando su bolsa de deporte, caminó hasta la Casa Raya y desapareció en su interior.

Theo se había detenido de espaldas a mí en un lugar indeterminado entre la verja y la explanada de arena, más o menos donde se encontraría la acera en un pueblo alemán, y se colocó un cigarrillo en los labios mientras se volvía. Vi que estaba llorando. Una imagen inquietante: el hombre de cuarenta y dos años con cara de viejo, el cigarrillo ardiendo, las lágrimas.

—Que un día acabaríamos siendo así —dijo— no lo imaginábamos cuando éramos niños.

Su arrogante parlamento del otro día seguía resonando aún en mis oídos: «Dejo que te la cepilles, así que basta ya de negarlo». No se

puede contentar a todo el mundo, habría dicho mi madre. En ese momento, Theo me pareció repulsivo. No solo fumaba y lloriqueaba, sino que encima sonreía.

—Imagínate —añadió—. Se quedó como si nada mientras veía ahogarse al bañista. Casi parecía que le resultara divertido.

Se pasó la mano que sostenía el cigarrillo por la cara. Con la otra realizó un gesto apesadumbrado, como si tuviera que darme el pésame por algo. Era todo un maestro del efectismo, eso había que reconocérselo. Sin volverse siquiera, cruzó la explanada de arena y entró en la Casa Raya.

Jola llevaba un vestido blanco y plateado que reaccionaba al menor movimiento con el irisado mate de un líquido. Se había recogido la melena negra en una trenza que llevaba dispuesta como una corona sobre la cabeza. Estaba arrebatadora. También se había asegurado de que llegáramos un cuarto de hora tarde. En la pasarela, me cogió del brazo. A bordo cesaron todas las conversaciones. Theo nos seguía. Me avergoncé de ir en vaqueros.

Jamás olvidaré ese momento. Bittmann, forrado de millones y con esmoquin, nos miraba lleno de admiración, como si él estuviera en una balsa de troncos mientras que yo maniobraba un yate de lujo. A causa de Jola, mis vaqueros de pronto ya no representaban ningún problema. Sino una jugada maestra.

Una joven vestida con traje de caballero y corte de pelo de los años veinte ofrecía copas de Aperol Spritz como aperitivo. Mi pregunta de qué era aquello provocó la hilaridad del público. El cantante de un grupo de la Alemania Oriental pidió una cerveza. A mi izquierda había un joven negro vestido con zapatillas de deporte y una sudadera de capucha que sonreía sin parar. Le pregunté qué le parecía la isla. No entendía ni alemán ni inglés ni español. Yo no hablaba nada de francés.

Estábamos en círculo en la cubierta de popa. El *Dorset* irradiaba luz en dirección a todos los puntos cardinales. Que allí sucedía algo debía

de verse hasta en Marruecos. Unos cuantos niños a los que Bittmann había permitido subir al barco corrían por cubierta. En el muelle esperaban los padres, que no sabían qué hacer con su curiosidad. Nosotros contemplábamos el cielo estrellado, o lo que de él podía verse más allá de la contaminación lumínica del *Dorset*, e íbamos alternando comentarios de «grandioso» y «sensacional». Jola saludó a un hombre altísimo que debía de rondar la sesentena, se llamaba Jankowski y Bittmann nos lo presentó como el crítico literario más importante de Alemania. Junto a Theo había una dama con una chaqueta de colores, directora estrella, según Bittmann, del Teatro de la Ciudad de Colonia. Después estaban también un célebre fotógrafo con el pelo sucio y el famoso cantante de la Alemania Oriental con su cerveza. El joven negro era un artista de Burkina Faso que pegaba bolsas de plástico en collages y hacía un par de semanas que había inaugurado una exposición en una galería de Hamburgo.

—A Jola Pahlen y Theo Hast no hace falta presentarlos —dijo Bittmann—. Y este es…

—Mi entrenador personal de fitness —dijo Jola, y brindó en dirección a mí.

Me pareció bochornoso, así que me reí con ellos.

—Me alegro de teneros aquí —bramó Bittmann, y todas las copas se encontraron en el centro del círculo—. ¡Por el arte y la cultura!

—¡Por el arte y la cultura! —exclamaron los invitados hacia las estrellas, y yo empecé a sospechar que ellos, daba igual lo mucho que se conocieran o si se caían bien o no, formaban parte de una especie de liga a la que yo no pertenecía.

Hacía una eternidad que no ponía un pie en ningún museo. No leía libros, no escuchaba música, veía pocas películas, nunca iba al teatro y ni siquiera soportaba las obras del artista local. Tenía la impresión de que todas esas cosas exigían de mí que me hiciera pequeño y las mirara alzando mucho la cabeza.

«El arte siempre está donde tú no estás», me había dicho Antje una vez, y lo dijo como reproche. Yo lo había recibido como un cumplido. Quizá se podía amar o bien la naturaleza o bien el arte. La naturaleza no necesitaba espectadores. Era autónoma en todos los sentidos. Cogí

otra copa de Aperol de la bandeja que sostenía la muchacha de los años veinte.

—Yo no lo habría reconocido —le dijo Jankowski a Theo—. La fotografía de su libro debe de ser algo antigua.

—Tan antigua como el libro —terció Jola con una sonrisa fascinante.

—¿Cuándo leeremos algo nuevo de usted? —preguntó Jankowski.

—Estoy trabajando en un gran proyecto —dijo Theo—. Una novela social que…

—Genial —lo interrumpió Jankowski.

—Escribe relatos —intervine yo.

—*Touché!* —exclamó Jola, y me apretó la mano.

Jankowski se echó a reír.

—Relatos —dijo, y me guiñó un ojo—. Vaya, ya veo.

Noté cómo se tensaban los músculos de la mandíbula de Theo, no entendí muy bien qué era lo que había hecho bien y vacié mi copa. Bittmann echó a los niños del barco y nos invitó a sentarnos a la mesa.

Antes de bajar la empinada escalera, dejé pasar a Jola con una elegante naturalidad que hasta a mí mismo me sorprendió. Antje era de las mujeres que se molestaban cuando les sostenían la puerta abierta. Jola agachó la cabeza como una reina, se levantó un poco el vestido y descendió por los peldaños. Su musculatura trabajaba con suavidad bajo esa tela que se adaptaba a sus muslos. Piernas de deportista. Contemplé desde arriba su trenza, dispuesta con tanto arte. El impulso de dar media vuelta sin más y regresar corriendo a casa me resultaba casi incontenible. Detrás de mí, los demás invitados se apretujaban ya en la escalera. «Querer es poder», pensé sin saber qué quería decir con ello. Uno tras otro fuimos penetrando en el vientre del *Dorset*.

Allí abajo nos aguardaba el pasado. Los restauradores habían devuelto fielmente el interior del barco a su estado original de la década de los veinte. Paredes revestidas en madera de cerezo. Sillones y sillas tapizados con cuero de color crema. Cada picaporte, cada aplique, cada tirador de cajón era de latón bruñido. En el techo, un gran tragaluz en el que se reflejaban las velas de la mesa del comedor.

Sobre el aparador, una pintura al óleo de los Big Five: los cinco grandes veleros de competición de principios del siglo XX en plena regata, el *Dorset* entre ellos. El *Shamrock*, el *Westward*, el *Britannia*… el nombre de la quinta goleta no me venía a la mente. Seguro que Jola lo habría sabido enseguida.

La chica de los años veinte se había duplicado. Dos de ellas se movían repartiendo Moët & Chandon, para lo cual tenían que abrirse paso a duras penas por entre los invitados. La presencia de nueve personas de pie evidenciaba lo pequeña que era la sala en realidad. Constituíamos una fiesta de sociedad en miniatura en una sala de fiestas en miniatura. El nivel de ruido subía. Las copas tintineaban. El champán estaba delicioso. Las chicas seguían sirviendo copas. Jola sonreía y se agarraba a mi brazo, que yo llevaba doblado como un camarero. Todo el calor del comedor parecía irradiar desde su cuerpo. Bittmann nos pidió que tomáramos asiento ya. Donde quisiéramos. Nos sentamos. A mi derecha, Jola; a mi izquierda, todavía el negro del francés. Theo acabó sentándose en el extremo del fondo, muy lejos de Jola, que me pertenecía solo a mí. Justo eso fue lo que pensé: «Ahora me pertenece». Me recliné en mi asiento, posé un brazo en el respaldo de su silla y reí de un chiste que no había entendido.

Carpaccio de vieiras y pez espada marinado con lima y tomate.

El fotógrafo no tardó ni dos minutos en devorar los entrantes. Se limpió un poco de marinada de la boca y dijo que la brecha entre pobres y ricos aumentaría con la crisis europea. Bittmann explicó que el Riesling que bebíamos era de la bodega que tenía un buen amigo suyo en el Mosela, donde una coalición de personas íntegras protestaba con firmeza en contra de la construcción de un puente. El pueblo estaba dispuesto a repolitizarse, opinó la directora estrella. Jankowski le preguntó al cantante, que ayudaba a pasar sus vieiras con cerveza, por qué había tantos nazis en la antigua RDA. El joven negro y Jola charlaban en francés, inclinándose hacia mí desde ambos lados para entenderse mejor. La directora estrella informó acerca de su última obra, en la que locos, yonquis e indigentes eran interpretados por actores que se habían relacionado durante semanas con locos, yonquis e indigentes. Hablaba deprisa y utilizaba a menudo

la palabra «autenticidad». Cuando le pregunté quién había escrito la obra y de qué trataba, a Jankowski le sobrevino un ataque de risa. Dio un golpe con la mano plana sobre la mesa y exclamó:

—¡Es usted impagable, Sven!

A Jankowski le había caído bien desde el principio. La respuesta de la directora quedó engullida por el barullo general. Desde el otro lado de la mesa, Theo me miraba de una forma que no supe interpretar. La noche iba cada vez mejor. En boca de Jola, el francés sonaba como una canción sin principio ni final.

Tallarines negros con salsa de langosta.

El fotógrafo, que se había salpicado de salsa la camisa, dijo que el capitalismo estaba agonizante desde la crisis financiera. El cantante explicó que su grupo llevaba desde la unificación alemana apoyando proyectos contra el extremismo de derechas. Jankowski asentía distraído mientras escuchaba a Bittmann, que elogiaba la economía real.

—¡Ay, Lars! —exclamó la directora, que había quedado un poco dejada de lado—. ¡Es una maravilla cómo lo consigues siempre!

No se refería a sus crecientes cifras de negocio, sino a no sé qué de su discurso y la relación entre cultura y política.

Theo, alzando la voz, afirmó que la economía financiera era la metafísica de los jugadores de póquer. Las incansables gemelas daban vueltas y vueltas alrededor de la mesa con botellas de Riesling en el brazo. Las ondas que dibujaba su pelo en sus sienes no se habían movido ni un centímetro.

Gambones rebozados en tempura de sésamo sobre lecho de pepino con tartar de papaya.

Yo ya no los estaba escuchando. Pensaba en Alemania, donde esas personas vivían cuando no se dedicaban a navegar por la costa africana. Sabía cómo se sentían. Todos los días se enfrentaban a la ardua labor de encajar su crisis personal entre la crisis bancaria, la crisis financiera, la crisis climática, la crisis energética, la crisis educativa, la crisis europea, la crisis de las pensiones y la crisis de Oriente Próximo. Una noche tras otra, a las 20.00, les presentaban durante quince minutos la inminente caída de Occidente junto a la

incapacidad de los políticos para impedirla. Ellos, mientras tanto, se aferraban a la esperanza completamente privada y bastante lamentable de que al final las cosas, a pesar de todo, se quedaran como estaban. Seguir adelante. Todas sus vidas consistían tan solo en seguir adelante. Un enorme recuento de horas, días, tareas. Aunque el futuro aparecía ante ellos como lugar de cumplimiento de la catástrofe, luchaban con tenacidad para abrirse camino por las trincheras del presente. Soldados que habían dejado de creer en la victoria y ya únicamente se interesaban por su propia supervivencia. No desertaban porque no sabían adónde ir. En un mundo sin diferencias no existía el exilio.

Miré a los comensales. Cada vez hacía más calor. El alcohol y las velas caldeaban el pequeño salón. Sentía que me ardían las mejillas. La camisa se me pegaba a la espalda. Tras el tartar de papaya reconocí el miedo. Todos los rostros reían de una forma que yo ya conocía por Jola: con la boca demasiado abierta. Todos hablaban como ella: con una gesticulación exagerada que ponía en peligro las copas y los candelabros. Una oleada de compasión me arrolló, se retiró y dejó tras de sí una arenosa sensación de amor hacia las personas de esa mesa.

—¡Lástima que el vino no se pueda acariciar! —exclamó Theo.

Me había estado observando todo el rato mientras yo contemplaba a los demás. Nuestras miradas se encontraban una y otra vez. Era sorprendente lo relajado que parecía. Por lo visto, daba por hecho que Jola regresaría a Alemania con él el sábado. Yo sentía la firme convicción de que no podía permitir que eso sucediera. «Tú espera», pensé, y brindé en dirección a él. También Theo alzó su copa y me dirigió una pequeña cabezada. Jola devolvió su plato casi sin tocar, lo cual nadie comentó.

Crema de apio con rollitos de salmón recubiertos de acelga.

La velada se convirtió en un cuadro de luz, calor y ruido. En mi recuerdo, una música estridente ahoga las conversaciones. Algo clásico, no sé qué *Novena* de no sé quién, aunque tampoco estoy demasiado seguro de que sonara ninguna música. Yo no impedía que las gemelas siguieran llenándome la copa. La cercanía de Jola me embriagaba. Ella no hacía más que tocarme, me ponía una mano en el

hombro, en el brazo, en el muslo. Se apoyaba sobre mí, yo le olía el pelo. Me susurraba al oído, sentía su respiración. La sequedad de sus labios, una oscura capa roja causada por el vino. Los ojos ensombrecidos por el rímel difuminado. Hundió los dedos en mi camisa mientras reía. «Lástima que una mujer no pueda beberse», pensé. En ese instante creí no haber amado tanto a ninguna otra persona, jamás. También mi compasión por los demás ocupantes de la mesa se alimentaba del excedente de mi amor por Jola. El cantante de la Alemania del Este y su fe en la cerveza, la estridente soledad de la directora, la trágica percepción de Jankowski ante su propia transitoriedad, el africano encerrado en sí mismo, la fingida serenidad de Theo, el advenedizo heredero Bittmann con sus barritas proteicas: todos ellos juntos constituían un rebosadero para mis sentimientos. Mi afecto se derramó sobre ellos y los soldó para convertirlos en una comitiva nupcial que había hecho todo el camino desde Alemania ex profeso para celebrar mi enlace con Jola. Era la presencia de aquella gente lo que nos convertía en pareja, y por ello tenía que darles las gracias. Verlos a todos allí me hacía llorar de emoción. Vernos a Jola y a mí, cada uno por separado y los dos juntos, me hacía llorar de emoción. Pasé un brazo a su alrededor y la estreché contra mí, cosa que ella permitió con ternura. Desde los gambones, bajo mi servilleta se escondía un preludio de erección que reaccionaba al olor del perfume de Jola. Yo sabía lo que me estaba esperando. Veía a Jola en mi cama, en mi cocina, ante mi ordenador, en mi salón, veía a Jola cual isleña, en chancletas y pantalón corto, hablando con los clientes y ayudándome a llevar el negocio de la escuela de submarinismo. Jola, a quien acababa formando como instructora de buceo. Jola, que día a día, mes a mes, se recuperaba de Alemania, reía a menor volumen, gesticulaba con más discreción y se ponía cada vez más guapa. Que no dejaba su profesión, sino que solamente bajaba el ritmo, de modo que yo la acompañaba alguna que otra vez a Alemania, donde nos alojábamos en un apartamento que quedaba por encima de los tejados de Berlín y por las noches acudíamos a actos. Ella con ese vestido irisado, yo a su lado, igual que esa noche. Estrenos de películas, entregas de premios de la televisión. Ella bajo los focos, yo el

observador silencioso. La gente me miraba de reojo. Nos hacían fotografías. Yo sonreía y callaba, de vez en cuando Jola apretaba mi mano. En el vuelo de regreso, ella imitaba a los personajes que habíamos conocido y los dos reíamos hasta que los demás pasajeros se quejaban de nosotros. Jola llevaba unas gafas de sol gigantescas para que nadie la reconociera y, después de aterrizar, decía en voz baja: «Bienvenido a casa». Y una mañana me traería el café a la cama, me miraría largo rato y me diría que estaba esperando un niño. Incluso eso podía llegar a imaginarme.

Terrina de pescados variados cubierta de pulpo con guarnición de tirabeques salteados.

Me sobresalté y regresé a la realidad. Algo se había transformado, la luz, el ruido de fondo, el aspecto de los invitados. Al parecer me encontraba en un estado de sensibilidad superior en el que percibía las más ligeras alteraciones. Cuando Bittmann empezó a hablar de «la Yvette», supe que algo iba mal. O, mejor dicho, que un instante después algo dejaría de ir bien.

Que la Yvette era un auténtico encanto, dijo. Bittmann la conocía desde hacía ya mucho. Una belleza legendaria. Y una actriz maravillosa, desde luego. Aun así, nunca había dejado de ser la de siempre. La simpática vecinita de al lado.

Puede que Jola estuviera de pronto un poco más erguida, sentada a mi lado. En cualquier caso, los niveles de ruido parecieron descender en torno a la voz de Bittmann, así que pude entenderlo con toda claridad. La música calló, en caso de que hubiera sonado alguna. Todos lo escuchábamos.

Que la Yvette ya había viajado otras veces en el *Dorset* y que también en esa ocasión le hubiera gustado mucho acompañarlos, dijo. Sobre todo porque se había convertido en una auténtica experta en cuestiones marinas.

—¡Pero se marea! —exclamó la directora.

—Pero se marea —confirmó Bittmann.

—¿Podríais dejar de hablar de mareos todo el rato? —pidió Jankowski.

—Pero si no has querido mis pastillas… —terció el fotógrafo.

—¡Venga ya! ¡Jengibre! —exclamó Jankowski.

Juntos se rieron de algo que había sucedido esos últimos días a bordo. Fue Theo quien se encargó de retomar el hilo y preguntó:

—¿Y cómo es que la Yvette no ha podido venir esta vez?

Era evidente que todos los invitados del *Dorset* conocían la respuesta. También Theo parecía estar al corriente. Bittmann debía de haberle explicado ya con qué estaba ocupada Yvette Stadler en esos momentos. Theo solo quería asegurarse de que el tema volviera a tratarse delante de todos. Mientras hacía su pregunta, no estaba mirando a Bittmann, sino a Jola. Su rostro resplandecía con la alegría de la anticipación. Daba la impresión de tener que hacer grandes esfuerzos por contener la risa. Sentí que Jola se tensaba a mi lado. Como si su cuerpo esperase un ataque mortal.

—La Yvette se encuentra actualmente en el mar Rojo —explicó Bittmann—. Una región preciosa. Por allí hicimos hace un par de años una legendaria travesía en la que nos metimos en una fuerte tempestad. Acabamos empapados de la cabeza a los pies, y luego, cuando por fin llegamos al nuevo puerto deportivo de Hurghada, Boris y Til saltaron desde cubierta solo con los calzoncillos puestos y…

—¿Y qué está haciendo la Yvette en el mar Rojo? —preguntó Theo con impaciencia.

Sonreía mucho. Era evidente que no tenía ganas de controlarse.

Tuve la impresión de que Jola empezaba a temblar.

—Prepararse para su nuevo papel —dijo Bittmann. También él miró esta vez a Jola—. Seguro que tú ya hace tiempo que lo sabes. ¿Por tu padre?

Jola no reaccionaba. Su mano salió a buscar la copa de vino, a medio camino cambió de opinión y cayó en su regazo.

—¿Qué papel es ese? —preguntó Theo.

—Resulta que van a rodar una película sobre la vida de esa submarinista famosa. —Bittmann seguía hablándole a Jola. Daba por sentado que, como conocedora del ramo, se interesaba por esa clase de novedades—. Ahora mismo no me viene el nombre.

—Lotte Hass —dijo Theo.

—Puede ser.

Bittmann seguía sin darse cuenta de nada. Todos menos el africano y él habían dejado caer las cucharas en los cuencos de pescado y miraban fijamente a Jola, que se había quedado pálida como un cadáver.

—Aunque esto tiene que quedar entre nosotros hasta el anuncio oficial ante la prensa. Yo solo lo sé porque la Yvette ha tenido que explicarme su ausencia. Si no, habría subido a bordo en Casablanca.

—¿No es ese el papel que pretexta nuestra presencia aquí, cariño? —preguntó Theo, dirigiéndose a Jola. Nunca antes había oído a nadie utilizar el verbo «pretextar»—. ¿Que pretexta ese curso de submarinismo?

—Pero si el casting… —Jola carraspeó—. ¿El casting no era dentro de dos semanas?

Al final de la frase su voz se precipitó en la nada. La admiré. Como un toro en la plaza, luchaba por seguir en pie. Theo clavó la siguiente banderilla.

—¿No estabas tú decidida a ser «la chica del fondo del mar»?

—Esta información es solo para el círculo más íntimo —dijo Bittmann—. Internamente han decidido que quieren hacerlo con la Yvette y con nadie más.

—¿No habías dicho… —Theo volvió a echarse a reír—, no habías dicho que era tu última oportunidad?

—Jola… —Bittmann la miró consternado—. No me digas que tenías pensado presentarte a ese papel.

—¿Porque, si no, jamás podrás dejar esa mierda de serie? —Theo dio una palmada de placer sobre la mesa con toda la mano abierta—. ¿Nunca serás una actriz a la que se tomen en serio? ¿Sino solo una putita del negocio de la tele, cada vez más vieja, y a la que ya nadie recordará dentro de unos años?

Jola había perdido. Contra Theo, contra los presentes, sobre todo contra sí misma. Su garganta profirió un estertor. Se puso en pie de repente, salió corriendo del salón y subió la empinada escalera. Yo quise ir tras ella, ya me había medio levantado cuando mi mirada recayó en Theo. Él interrumpió sus carcajadas para sacudir la cabeza con las cejas levantadas. Eso quería decir: «Déjala». La conocía mejor

que yo, así que volví a derrumbarme en mi silla. Theo siguió mirándome mientras su esternón se sacudía de risa. «Bueno, ¿qué te ha parecido eso? —parecía preguntar su mirada—. ¿No poder ayudar en nada a tu nueva novia? Maldito principiante.»

En medio del silencio general, el africano volvió la cabeza de un lado a otro.

—¿Qué pasa? —preguntó en inglés.

—Vaya, ahora lo siento —dijo Bittmann tras una larga pausa.

—Lo superará —opinó Jankowski.

—No lo creo —dijo Theo.

—¿Postre? —preguntó Bittmann.

*Panna cotta* de vainilla con pistachos y gelatina de vino tinto.

Cuando tuve el plato del postre delante, ya no lo soporté más. Mascullé una disculpa y me levanté de la mesa. Antes de llegar a la cubierta principal me sonó el teléfono. Pensé que debía de ser Jola y contesté enseguida. Era Bernie. Hablaba en inglés y bastante deprisa. En mi oído derecho arreciaba una incomprensible tormenta idiomática de la que solo pude desentrañar algún retazo aquí y allá. Palabras sueltas. «Fuck.» «Dave.» «*Aberdeen*.» Dos veces entendí «crazy».

—Bernie —dije también en inglés—. ¿Qué pasa?

—Te dejo el puto barco, pero no vuelvas a pedírmelo jamás.

—¿Cómo dices?

—¿No me estás oyendo, tío? Que te dejo el *Aberdeen* mañana por la mañana. ¡Pero que te olvides de nosotros! Dave… no… va… a… ir… y… yo… tampoco, ¿te enteras? Es lo último que hago por ti. Has perdido la chaveta, joder.

—Pero, Bernie, ¿por qué no…?

La conversación se interrumpió, Bernie había colgado. Intenté llamarlo, pero no me contestó. Había subido hasta un peldaño antes de cubierta, estaba junto al palo mayor y miré al vacío. Antes de ese vacío me encontré con un trozo de barandilla, y en él estaba apoyada Jola, mirándome. También ella tenía un teléfono en la mano y me enseñó su pantalla iluminada. Por un momento imaginé que Bernie la había llamado a ella también para suspender la expedición.

—Un sms de mi padre —dijo—. Bittmann tiene razón. La Stadler

tiene el papel.

«Se acabó», pensé. Semanas de preparativos en vano. No lograría encontrar sustituto para Dave y Bernie tan deprisa. Y con diciembre llegarían las corrientes del invierno, que imposibilitarían el descenso hasta el pecio. De repente todo el proyecto había muerto. Había quedado pospuesto para un futuro que, por mucho que lo intentara, ya no podía imaginar que llegara a existir jamás. Ni siquiera sabía qué me depararían los próximos días. La próxima semana. Sentía que las piezas de mi vida se desmontaban. Durante meses me había imaginado celebrando mi cuadragésimo cumpleaños a cien metros de profundidad, mi personal despedida de la primera mitad de mi vida. Tener que renunciar a ello significaba que todo había empezado a tambalearse. Tampoco sabía por qué lo había cancelado Bernie con tan poca antelación. Lo único que sabía era que ya no podía confiar en nada.

Jola había guardado el móvil. Estábamos apoyados en la barandilla uno junto al otro, mirando hacia el muelle, que conformaba la linde inferior del cielo nocturno. Un viento frío nos apresaba desde todas direcciones. Quise ponerle a Jola mi americana sobre los hombros y constaté que no la llevaba; debía de habérmela quitado para colgarla en el respaldo de alguna silla. Todo me resultaba irreal. El *Dorset* no era un barco normal. Era un trozo errante de Alemania. Y así me sentía yo: alemán. Agobiado, desorientado, asqueado del mundo.

—¿Qué te pasa? —preguntó Jola.

Le expliqué la llamada de Bernie y ella rió con acritud.

—Me parece que a los dos nos han dejado fuera de juego. Puede que a mí un poco más que a ti. Aunque no estoy del todo segura.

No había muchas personas que reconocieran la miseria del prójimo junto a la propia. Estuvimos mirando un rato el mar en silencio. Después comenzaron los cinco minutos que no he hecho más que analizar y analizar estas últimas semanas. Nunca antes he lamentado tanto en tan poco espacio de tiempo. Jola me agarró del brazo, me miró a los ojos y dijo:

—Lo de mañana lo haremos.

Al principio no entendí qué quería decir, solo sentí el poder de su

sonrisa. Volví a pensar entonces que había subido a cubierta para consolarla. Para ayudarla a recoger los añicos de su vida y construir con ellos una nueva existencia. La abracé. A partir de ese instante, mi cuerpo tomó todas las decisiones por su cuenta. En lugar de consolarla con caricias, la apreté contra mí y le besé el cuello. Ella me apartó para poder seguir mirándome fijamente.

—Tú bajarás a tu pecio. Theo y yo tripularemos el *Aberdeen*.

Mis brazos volvieron a estrecharla. Mi cuerpo reivindicaba su derecho. El vestido de Jola era una nada resbaladiza bajo mis dedos. Su aroma, un torbellino que daba vueltas y tiraba de mí hacia abajo. Me pregunté un segundo si alguna vez había mencionado delante de ella que el velero de Dave se llamaba *Aberdeen*.

—Toda esa mierda de antes. —Jola se retorció pero no se zafó de mí —. Con el viejo como maestro de ceremonias. Demonio. —Soltó una risa como un arrullo—. Un demonio. Eso es lo que es. Ni más ni menos.

Yo había perdido el hilo. Ya no sabía de qué hablaba. Y tampoco me preocupaba. En ese instante había un montón de cosas que no me interesaban. Que para mí ya no existían. La noche. El barco. El viento. Pasado y presente. Como si se hubieran esfumado. Le había subido el vestido hasta las caderas y había conducido a Jola, medio a empujones, medio a cuestas, hasta la cubierta de proa.

—¿A qué hora hay que salir?

Me detuve. Jola había tensado la espalda. Por lo visto esperaba que le respondiera.

—¿Para qué?

—La expedición.

—A la mierda la expedición —dije.

—¡No! —Sacudió la cabeza con tanta fuerza que se le soltó un mechón de su bien trenzada corona de pelo—. ¡No vamos a enviar algo así a la mierda! Para mí Lotte Hass ha muerto, contra eso no hay nada que hacer. Pero tu expedición submarina sí tendrá lugar. Sobre todo ahora. ¿Lo entiendes? —Alzó la voz—. No dejaré… ¡No dejaremos que acaben con nosotros!

Muy lentamente fui comprendiendo que lo decía en serio.

—No tengo tripulación para mañana —dije.

—Theo y yo seremos tu tripulación.

Dejé caer las manos.

—Eso no puede ser, Jola. Para algo así se necesita experiencia.

—Yo llevaba barcos antes de saber andar. ¿De verdad crees que un cascarón como ese representa un problema para mí?

—El pecio se encuentra a varios kilómetros mar adentro. En una expedición de esas características, mi vida está en manos de los tripulantes de la embarcación.

—¿Y prefieres fiarte del cabrón que acaba de dejarte tirado? ¿Antes que de mí?

Los dedos de Jola se hundieron en mi pelo. Me asombró lo calientes que tenía las manos a pesar del viento. Su rostro se acercó. Ojos, nariz, labios, todo en primer plano. La sensación de que ya había vivido esa escena antes atravesó mi cuerpo como si fuera un rayo.

—La tripulación tiene que vigilar la superficie del agua ininterrumpidamente —dije—. Interpretar el viento. Entender las corrientes.

Jola se sentó entonces, con el vestido todavía en las caderas, sobre la tapa de un arcón. Se inclinó un poco hacia atrás; sus rodillas se cerraron a izquierda y derecha de mis caderas. Vi el brillo plateado de sus bragas. Deslicé dos dedos por el borde y los miré mientras levantaban la tela.

—Eso no tiene secretos para mí —aseguró.

Estaba seca. No me paré a pensarlo. Aparté la tela plateada del todo hacia un lado, me arrodillé y abrí los pliegues de piel con la lengua. Ella colocó las manos en mis orejas. Estaba a punto de suceder. Tenía que suceder. Antje me había dejado por eso. La isla entera me miraba mal por eso. Había que cumplir a posteriori con un destino que hacía tiempo se había convertido ya en requisito imprescindible. Todo el mundo tiene derecho a la lógica. Sus manos me apretaban la cabeza como si quisieran partirme el cráneo.

—¿Nos llevarás contigo, Sven?

Me puse de pie y la besé. Quería que paladeara su propio sabor.

—¡La expedición, Sven!

No llevaba sujetador debajo del vestido. A mis labios no les costó encontrar sus pezones a través de la tela. Apoyé una mano en su coxis, con la otra me desabroché el botón y me bajé la cremallera de los vaqueros.

—¿La llevaremos a cabo mañana los tres juntos?

—Sí —dije.

—¡En serio, Sven!

—Que sí, joder.

—¿Me lo prometes? ¿Me lo juras?

—Sí.

Detrás de ella no había nada contra lo que pudiera apoyarla. Tendría que sujetarla con fuerza para no tirarla del arcón. Cuando terminé de pensar eso, Jola ya estaba a dos metros de mí. El vestido le caía liso hasta los tobillos. Estaba perfecta. Salvo por el mechón suelto y las manchas húmedas de los pechos.

—Ven aquí —pedí como un tonto.

Me miró la polla, que sobresalía de la bragueta abierta de mi pantalón.

—Deberíamos tranquilizarnos un poco —dijo.

—Por favor.

—Mira qué hora es.

Yo estaba tan confuso que obedecí. Las doce y diez.

—*Happy birthday*, Sven.

De nuevo se acercó a mí y me besó. Sentí el roce fugaz de sus dedos sobre mi vientre.

—Créeme, mañana será un día bonito. Primero tu aventura submarina, después lo demás.

Los tacones de sus zapatos resonaron con fuerza sobre los tablones de la pasarela. Una vez en tierra, se volvió.

—¿Salimos como siempre, a las ocho?

—A las seis —contesté—. Necesitamos la marea.

—Buenas noches.

—Espera —exclamé—. Podríamos volver juntos a casa.

Me lanzó un beso con la mano y corrió por el muelle. Unos cuantos metros más allá había un taxi esperando. Imposible que estuviera allí

por casualidad. Alguien debía de haberlo llamado. Estuve un buen rato mirando cómo las luces rojas de los faros traseros se deslizaban por el paseo del puerto deportivo, hasta que, al final de la hilera de tiendas, torcieron a la izquierda y aceleraron colina arriba. En mi cabeza no existía ni el eco de una idea siquiera. Me recoloqué la ropa y bajé al salón a por mi americana y a por Theo.

# Diario de Jola, duodécimo día

*Miércoles, 23 de noviembre.*
*Una de la madrugada*

Las heridas pequeñas son dolorosas. Golpearse los dedos de los pies descalzos contra el maldito saliente que hay entre el baño y el dormitorio y que algún arquitecto borracho ha pasado por alto en la entrega de la casa. Darse en la espinilla con la mesita del café, justo en ese punto en que el hueso tiene todavía una marca del último trompazo. Arrancarse media uña con el tapizado de los asientos del coche. Todo eso hace un daño tremendo. El cuerpo entero toca música como una orquesta sin director. Unos puntos brillantes danzan por el campo visual. Luego llega el odio. Quieres volar el coche. Destrozar la mesita del café. Prenderle fuego a todo el apartamento junto con el dichoso saliente. Estarías dispuesto a matar. Por venganza.

Es muy distinto cuando te pegan un tiro. El cuerpo recibe la primera bala sin resistencia alguna. Luego la segunda, y la tercera. Bam, bam, bam. Los trozos de metal se hunden sin ningún esfuerzo en la carne y se quedan ahí dentro. Sin dolor. Bajas la mirada con cierta sorpresa para verte. La sangre brota, sientes calor en el vientre. No es del todo desagradable. Así de fácil puede ser morir. Puede que incluso intentes quedarte con la expresión de la cara del asesino. Él, de la alegría que siente al ver la buena puntería que ha tenido, aprieta el gatillo otra vez, y otra, aunque en realidad ya no haría falta. Mira a su alrededor para comprobar que todo el mundo haya visto también que te estás muriendo. Por un momento crees que va a hacer una reverencia. Ha escogido con cuidado a su público. A esa clase de gente le gusta estar presente cuando se cargan a alguien. Para ocultar su alegría ante el mal ajeno, miran algo aturdidos la terrina de pescado. Unen las manos con devoción para no aplaudir. Tú te vuelves y echas a correr. Con las

últimas fuerzas que te quedan. Para no darles el gusto de que te vean derrumbarte definitivamente. El asesino ríe. Golpea la mesa con la mano de puro placer. Tú oyes su voz dentro de tu cabeza. Bueno, qué te ha parecido esta. ¿Pensabas que me tenías cogido por los huevos? Al final gano yo. Que lo sepas. Pequeña zorra.

Y de pronto me he encontrado en plena noche sobre la cubierta de un velero, esperando el dolor. En vano. Ni odio, ni ira, ni ansias de venganza. De pronto me daba igual incluso Lotte, que durante tanto tiempo me ha mantenido con vida. Solo sentía el viento que me bajaba la fiebre, y me he preguntado qué sucedería a continuación. ¿Subiría al avión el sábado, me enterraría en mi apartamento de Berlín y empezaría ya a pudrirme lentamente, mientras los gusanos que me consumirían tendrían todos la cara del viejo? Un pensamiento absurdo. Pero tampoco tenía la menor idea de cómo empezar una nueva vida. Ya no es que estuviera acabada, estaba más allá.

Al oír pasos en la escalera, enseguida he pensado que Theo subía para disculparse conmigo. En otras palabras: para contemplar de cerca los estragos causados. Pero era Sven. Mi primer impulso ha sido decirle que se fuera. Lo que menos necesitaba eran sus torpes intentos de consolarme. Pero Sven ya estaba parloteando antes incluso de llegar a cubierta. Se ha acercado a mí y me ha mirado de frente sin dejar de hablar. Me ha puesto las manos en los hombros y me ha sacudido sin dejar de hablar. En algún momento he comprendido que ni siquiera estaba intentando consolarme. Ni al principio. Todo aquello no tenía nada que ver conmigo. Era sobre su expedición submarina. La legendaria exploración del pecio. Su celebración privada de cumpleaños a cien metros de profundidad. Que no iba a poder realizarse porque Bernie y Dave, por algún motivo que él no comprendía, de pronto se habían negado a acompañarlo. El peor contratiempo que podía darse. Me ha preguntado si yo podía apoyarlo con la expedición. Sustituir a su tripulación. Junto con el viejo. ¡Precisamente!

Sin salir de mi perplejidad, le he dado respuestas sensatas. Que no me parecía buena idea. Que ni Theo ni yo contábamos con la experiencia necesaria. Que sería mejor posponer la inmersión.

Pero él no quería ni oír hablar de posponer nada. El invierno, la corriente, el viento. Toda la planificación. Y su cumpleaños. Se ha pasado semanas y meses trabajando para ese día en concreto. Ha invertido no sé cuánto dinero. Me ha dicho que yo ya timoneaba barcos antes aún de aprender a andar. Yo le he dicho lo que él sabe mejor que nadie: que el pecio se encuentra a varios kilómetros frente a la costa y que su vida, en este proyecto, estaría en manos de los tripulantes de la embarcación. Pero él no se ha rendido. Ha dicho que confía en mí más que en esos dos cabrones escoceses que acababan de dejarlo plantado. ¿Iba a dejarlo yo también en la estacada después de eso? Y otra vez desde el principio: la planificación, la corriente, su cumpleaños. O mañana temprano o nunca. Tiene que ser. Sin falta. Me lo ha suplicado. Por favor, por favor, por favor. Como un niño pequeño. Ojos brillantes, mejillas encendidas.

Mientras él soltaba una catarata de palabras, me he preguntado si no entendía lo que acababa de suceder abajo, en la mesa. O si no le interesaba y punto. Si de verdad una persona podía ser tan egocéntrica como para que una inmersión cancelada le resultara más importante que la completa aniquilación mental de la mujer a quien supuestamente ama. No he dicho más y he escuchado. Atónita ante semejante aluvión de terquedad. Como si se tratara de una fuerza de la naturaleza.

Hasta que he comprendido lo que estaba haciendo Sven. Y he visto que, si me paraba a pensarlo, ha sido tan astuto, tan comprensivo, tan conmovedor, que casi se me han saltado las lágrimas. No quiere la expedición por sí mismo. La quiere por mí. Ha entendido al instante que no tenía ningún sentido hablar de Lotte o de Theo. O de que mi vida de mierda está hecha pedazos de mierda. Quería distraerme. Darme la posibilidad de concentrarme en algo real. En el agua, el viento y el barco. Algo que él comprende y sabe que sienta bien. Quiere hacerme luchar. Que sea yo la que se sienta útil, la que deba ayudar. Él mismo ha cancelado lo de Bernie. Le ha enviado un mensaje y le ha dicho que solo necesitaba el *Aberdeen*. Sin tripulación. Porque quiere navegar conmigo. Para recordarme de lo que soy capaz y que rara vez hago: mantener el rumbo de un barco.

De repente he olido el mar y he sentido los leves balanceos del *Dorset*. He revivido. Con todo el dolor, pero también con alegría. Estaba viva frente a Sven. De cara a él. Como si el amor fuese una dirección. Lo he abrazado. Su tormenta de palabras ha cesado de golpe. Le he dicho que lo acompañaría y que sería una expedición estupenda.

Él ha dicho: También necesito a Theo. Yo he dicho: Entonces, Theo vendrá. Él ha dicho: Theo es importante. Sin Theo no puede ser. Yo he dicho: No te preocupes. Vendrá. Él ha preguntado: ¿Puedes prometérmelo? Se lo he prometido. Sven me ha hecho repetir la promesa. Los dos, Theo y yo. Mañana temprano, a las seis, delante de la Casa Raya. Preparados para salir. Sven ha recalcado cada palabra. Como si se tratara de atracar un banco. Le he dado un beso. Él me ha acariciado la cabeza. Se me han quitado las ganas de pensar en el futuro. Ni siquiera en el sábado. Solo quería pensar en ese instante y en mañana. Entonces me ha dicho que era muy tarde ya. Que cogiera un taxi y me acostara. Que él llevaría a Theo a casa. Los tres necesitamos dormir por lo menos un par de horas.

Lo de dormir será difícil. Hay tanto sobre lo que debería meditar, de lo que todavía quiero escribir… Pero Sven tiene razón. Necesitamos dormir. Fuera creo oír la furgoneta. La luz tiene que estar apagada cuando entre Theo. Termino ya.

# 17

—Qué preciosidad —dijo Jola, y subió a bordo de un salto.

El *Aberdeen* es un pesquero reconvertido de nueve metros de eslora y con un pequeño camarote de dos plazas, todo de madera. Motor diésel de los años sesenta, setenta y cinco caballos, seis nudos. En la oscuridad, Jola inspeccionó el puesto del timonel mientras yo descargaba las botellas de acero de la furgoneta. Los faros de la Volkswagen iluminaban el muelle. Éramos las únicas personas en varios kilómetros a la redonda. El puerto de Rubicón seguía durmiendo. Allí no había yates de lujo como en Puerto Calero, sino más bien pequeños veleros de recreo, barcas familiares, acogedoras goletas: un camping flotante en los últimos minutos de calma nocturna. Tras la lengua de tierra asomaba una estrecha cinta de amanecer.

—¿Solo radar y radio?

Le pasé la bolsa con los aparatos portátiles. Sónar, GPS, trazador gráfico de mapas. Asintió contenta y se dispuso a instalarlos. Yo seguí cargando el traje, botellas con diferentes mezclas y cajas con más accesorios. Theo se había sentado en un banco, algo apartado, y estaba ocupado en sudar el alcohol.

—¿A poco más de cuatro kilómetros al sudoeste de aquí? O sea, ¿más o menos veintinueve norte, catorce oeste?

Jola era buena. Muy buena. El pecio estaba a 28 grados, 50 minutos y 33,8 segundos de latitud norte y 13 grados, 51 minutos y 8 segundos de longitud oeste. Le di los datos exactos y sentí cómo me relajaba. Ella llevaba vaqueros y una camisa de cuadros, y se movía con seguridad, como si sacara el *Aberdeen* a navegar por el Atlántico todos los días. Me pareció que podía confiar en su capacidad. Theo miraba en otra dirección y se encendió entonces el tercer cigarrillo.

Me resulta difícil describir ese día. Mi recuerdo no consiste en una película coherente, sino en imágenes aisladas, un puzzle al que le faltan la mitad de las piezas. Y, sin embargo, ahora probablemente me convendría disponer de hasta el último detalle. Señor Fiedler, ¿de verdad cree usted que nos interesa la cantidad de caballos que tiene un viejo pesquero? ¿No le parece más importante la impresión que le causó la señora Von der Pahlen esa mañana del 23 de noviembre? ¡Son acusaciones muy duras las que está lanzando usted, señor Fiedler! ¡Denos una oportunidad de creerlo! ¿Estaba la señora Von der Pahlen de algún modo diferente a los últimos días? ¿Afligida? ¿Agresiva? ¿Histérica? Vamos, señor Fiedler, un par de adjetivos se le ocurrirán, ¡no puede ser tan difícil!

Pero lo es. Jola siempre estaba «diferente», cada día, con ella no había un «normalmente». Al preguntarme en serio si esa mañana hubo algo que me llamara la atención, si hubiese podido saber, o por lo menos intuir, lo que sucedería durante las siguientes horas, tengo que responder con un «no» rotundo. Es probable que no estuviera lo bastante alerta. O que estuviera demasiado concentrado en la inmersión que tenía por delante. En la preparación del equipo que ya había comprobado por quinta vez. Por lo que yo pude ver, Jola no estaba ni afligida ni agresiva. Tal vez algo histriónica. Lo cual, tras los acontecimientos del *Dorset*, no me habría extrañado… Eso, si se me hubiese ocurrido pensar en ello. En general, ante todo irradiaba buen humor. Parecía alegrarse de partir hacia nuestra aventura. Era evidente que subir al *Aberdeen* le había sentado bien. Como si por fin hubiese encontrado su verdadero espacio vital. Y me gustaba mucho en vaqueros y camisa. Más aún que con vestido de noche, en realidad.

o

Apenas terminó con la instalación de los sistemas de navegación, Jola saltó a tierra, arrancó a Theo del banco y le cantó «Qué bonito es navegar» a la cara. Él se puso en marcha refunfuñando, el cigarrillo consumido y pegado a sus labios blanquecinos. La noche anterior me

había costado una hora de reloj arrancarlo de su círculo de oyentes. No se cansaba de repetir la historia de la derrota de Jola. Que llevaba semanas enteras preparándose para el papel de Lotte Hass. Que leía libros, que estaba haciendo un curso de submarinismo. Que incluso había colgado una fotografía de la gran dama en la pared, encima de su cama. Que había hecho depender su felicidad futura y su existencia entera de la oportunidad de interpretar el papel de Lotte. Y de pronto: Yvette Stadler. Theo no se daba cuenta de lo lamentable que nos parecía. O le daba lo mismo. No paraba de decir una y otra vez que Jola estaba acabada. Que sería el fin de su arrogancia y su orgullo. Que a partir de ese momento no sentiría más que gratitud si alguien se mostraba dispuesto a asistir con ella a su lenta decadencia. Envejecer día a día hacia la insignificancia. Él, Theo, sí estaba dispuesto. No podía imaginarse nada más bello que presenciar y documentar la caída de la señora Von der Pahlen. Durante décadas, a poder ser. Cuanto más lenta y penosa, mejor. Al final, con ello escribiría una novela del siglo. Una metáfora de mil páginas sobre una época indigna. Solo comparable en extensión y relevancia a *Los Buddenbrook* de Mann. Esa noche constituía el fin de Jola y, con ello, el principio de una trágica obra maestra. Theo hablaba como un demente. Llegó un momento en que lo así por debajo de los brazos y lo levanté de la silla. Para subir la empinada escalera, cargué con él más que sostenerlo. Los muertos y los borrachos pesan mucho, siempre que no estén flotando en el agua.

—Vamos, viejo —exclamó Jola entonces—, precisamente tú tendrías que disfrutar más que nadie de la excursión. Ya no te queda mucho tiempo.

A mí me pareció una broma sobre su consumo de alcohol y tabaco, pero Theo, por lo visto, se lo tomó al pie de la letra.

—¿Qué quieres decir? —preguntó—. ¿Tiempo para qué?

Estaban uno frente al otro en el borde del muelle. Casi tambaleándose junto al abismo, pensé, su posición preferida.

—Para navegar —dijo Jola—. No te olvides de que el sábado tienes el vuelo de vuelta.

—¿Y tú no?

Durante los segundos siguientes, observamos a Jola como si fuera un oráculo en disposición de anunciar el augurio definitivo. De pronto pude imaginar con toda claridad cómo sería si el sábado a mediodía Jola se esfumaba en el aire llevada por el avión. Tan cerca de mí… y, un instante después, desaparecida. Como si jamás hubiese existido.

Jola alzó la nariz al viento y pronunció su fallo.

—Del norte, once nudos. Condiciones ideales. Una balsa de aceite.

Percibió nuestras miradas y se echó a reír. Volvió a subir de un salto a cubierta y puso en marcha el motor diésel. Minutos después, habíamos llegado al final del malecón y nos internábamos petardeando mar adentro. Algo más hacia el este, el primer ferry hacia la isla vecina hendía las aguas. Theo se había sentado en el extremo de la proa y esperaba el efecto revitalizador del viento del norte. Jola estaba al timón. No parecía que necesitara indicaciones para seguir adelante. Dejé en su mano fijar el rumbo y empecé a pertrecharme. La travesía no nos llevaría mucho más de una hora, y yo necesitaba ya varios minutos solo para el condón del recolector urinario. Me senté dándole la espalda al timón, me bajé el bañador y, con un lento masaje, me encargué de conseguir el grado correcto de rigidez. Fui con extrema cautela al desenrollar el condón y colocar la cinta adhesiva. Si el condón se salía, no tendría más remedio que orinar dentro del traje seco durante las horas que me quedaran aún. Por otra parte, en el mar Rojo había visto a un submarinista experto sufrir un colapso de los uréteres a causa de una cinta demasiado prieta. A ochenta metros empezó a sentir unos dolores bestiales. La ascensión inmediata no era una opción. Nunca lo era. No lo era a ochenta metros y menos aún a cien. Como solía decir mi instructor del Cuerpo de Buzos, ahí abajo tienes un techo de cristal sobre la cabeza. O solucionas los problemas bajo el agua, o no los solucionas. Yo conocía muchísimas historias de personas a quienes les había tocado. En la mayoría de los casos ni siquiera podía saberse qué era lo que había ido mal. Por eso, prefería comprobar veinte veces cada detalle y, gracias a ello, volvía a salir siempre con vida a la superficie.

Me puse la ropa interior y el traje seco. Uní el tubo a la válvula urinaria. Comprobé las aletas, la máscara, los guantes, la caperuza, los

plomos, la linterna y la otra de repuesto, los acumuladores, la navaja, la cámara, la boya de descompresión, el carrete, las bolsas de plástico, el ordenador de buceo. Me senté en la borda y respiré profundamente. Entonces sentí los efectos secundarios del alcohol. Un ligero mareo, un latido en las sientes. En condiciones normales, el alcohol residual habría sido motivo para cancelar la inmersión. Sin embargo, aquello no eran condiciones normales. Aquello era… no sé lo que era. Un intento desesperado de reafirmación personal. Me obligué a concentrarme. Los últimos minutos antes de sumergirse eran los más importantes de toda expedición. Volví la mirada hacia mi interior, repasé una vez más todos los puntos de la planificación de gases, visualicé hasta la última maniobra. Mi esfuerzo pareció contagiarse a Jola y a Theo. Estaban callados, rígidos. Con cada metro que avanzaba el *Aberdeen*, crecía la tensión a bordo. Incluso Theo daba la sensación de ir recobrando poco a poco la conciencia. Cuando no estaba contemplando el Atlántico con los ojos entornados, me observaba a mí con atención. No intenté sostenerle la mirada. Disfrutaba de no ser responsable de él ese día. Debía tener la cabeza ocupada en algo más importante que la pregunta de qué le pasaba por dentro.

El motor diésel redujo sonido y revoluciones, el susurro regular del surco que abría la proa se hizo más suave y al final enmudeció. Me acerqué a Jola, en la estrecha cabina del timonel, y miré el GPS. Había alcanzado las coordenadas exactas y también había buscado el mejor lugar para fondear. Por debajo de nosotros, el sónar mostraba una elevación del fondo marino. El pecio estaba algo hacia el este, a ciento siete metros de profundidad. Su contorno se distinguía claramente en la pantalla. Le puse una mano a Jola entre los omóplatos para que supiera lo orgulloso que estaba de ella. Se abrió camino muy pegada a mí para salir y echar el ancla. Nadie había pronunciado una palabra desde que habíamos salido del puerto. En ese punto, yo ya no tenía ninguna duda de que la expedición transcurriría sin contratiempos. Theo no debía hacer nada más que observar la superficie del agua durante las tres horas de inmersión y localizar mis boyas. Por si él resultaba ser poco de fiar, Jola compartiría con él la tarea. Tendría un ojo puesto en los instrumentos y el otro fijo en el Atlántico. Bernie y

Dave eran buenos, pero, tratándose de barcos, era evidente que Jola los superaba a los dos juntos.

Los siguientes diez minutos me dediqué a sujetar a mi cuerpo setenta kilos de equipo mediante mosquetones. Las seis botellas con diferentes mezclas de gases, sobre todo, parecían pesar toneladas. Metido dentro del traje estanco, sudaba como un enfermo febril. La mayor dificultad consistía en ponerse de pie con todo ese atuendo en un barco oscilante y conseguir llegar a popa para calzarse las aletas. Jola me hizo la señal de «ok», que yo respondí con el mismo gesto. No habría tenido nada en contra de dejarme caer al agua de espaldas en completo silencio, pero Theo, de entre las cosas que le preocupaban, había construido una pregunta y todavía tenía que librarse de ella. Me cogió de la muñeca en el último momento para impedir que me zambullera.

—Si desaparecemos con el barco, ¿morirás?

—Es bastante seguro —respondí.

Soltó mi brazo y asintió dándome las gracias, como si ponerme en peligro de muerte fuera un servicio. Me dejé caer hacia atrás. Antes de encontrarme con la superficie del agua, creí oír la voz de Jola:

—*Happy birthday,* Sven.

Cuarenta años. Cuando iba al colegio había unas pegatinas: «Cuidado, hoy empieza el resto de tu vida». Esa tonta sentencia me pareció aplicable por primera y única vez. Solo que no había ningún subtítulo que indicara si se trataba de una promesa o de una amenaza.

Apenas entré en el agua, me invadió la acostumbrada calma. Adiós al peso de las botellas de gas. Por debajo de mí, ni suelo firme ni caída libre, sino una triple-dimensionalidad líquida que podía atravesar en la dirección que deseara. Cero marejada, visión total. Emprendí un descenso ininterrumpido siguiendo la cadena del ancla. Enseguida me atrapó la corriente, con lo que quedé colgado horizontalmente de la cadena, como una banderola al viento. A sesenta metros, la primera parada breve para cambiar al gas de fondo. Poco después empecé a ver el pecio. Una sombra gigantesca en la eterna penumbra del lecho marino.

Ya había contado con que la experiencia sería excepcional. Aun así,

mi propia reacción me sorprendió. Con cada metro que me hundía en dirección al barco, las manos me temblaban cada vez más. Sentí cómo se me erizaba el vello por todo el cuerpo. La embarcación fantasma de ahí abajo tenía la longitud de un campo de fútbol y estaba partida en dos mitades. La proa separada yacía a cierta distancia del casco. La parte central parecía bien conservada, salvo por una grúa de carga doblada, que había caído atravesada sobre el puente. La grúa de popa seguía derecha, igual que el buque de vapor en sí. El *Fiedler*, tal como yo lo había bautizado, parecía haber sido colocado allí por una mano poderosa a esperar mi misteriosa misión del futuro. Si, como yo sospechaba, se había ido a pique en la época de la Segunda Guerra Mundial, ningún ojo humano lo había visto desde hacía unos setenta años. Sobre aquella cubierta de allí abajo habían vivido y trabajado una vez hombres, habían cantado y discutido, habían albergado pensamientos y emociones, y finalmente era muy probable que se hubieran hundido junto con su barco. Me balanceaba por encima de un pasado enigmático que, como suele suceder con los pasados, era ante todo un cementerio. Puede que aún los dieran por desaparecidos en la actualidad. Puede que en algún lugar hubiera aún nietos crecidos que pensaban que su abuelo se había fugado a América en plena guerra y había dejado a la abuela sola con dos niños pequeños.

Lo más impresionante del *Fiedler* era sin duda su imponente chimenea, que se elevaba a cierta distancia. Decidí separarme de la cadena del ancla, acercarme nadando hacia allí y realizar el resto del descenso a lo largo del tiro. Entre el impresionante tamaño del pecio y la fuerte corriente, tendría que poner muchísima atención para volver a encontrar la cadena. El ancla seguramente se arrastraría un buen trecho por el fondo; aun así, la visibilidad era mucho mejor de lo que había esperado. Solté la cadena, me opuse a la corriente con fuertes golpes de aleta y preparé la cámara para disparar. El esfuerzo merecía la pena. Miré desde arriba al fondo de un abismo negro lo bastante grande para engullir una vaca. Alrededor de la chimenea se arremolinaba un exuberante banco de sardinas, ondulante como un tejido, ágil como un ser con una única voluntad. Al acercarme formó depresiones y abultamientos y burbujas para, justo después, cerrarse

de nuevo alrededor del tiro. Un piso más abajo había un gran cardumen de barracudas, demasiado saciadas para cazar. Apreté el obturador. La isla entera me envidiaría esas instantáneas.

Enseguida acabé con la última etapa del descenso. A partir de ese momento, el tiempo pasaría volando. No podía permanecer más de veinte minutos a esa profundidad, y veinte minutos se irían en un abrir y cerrar de ojos, sobre todo a la vista del tamaño del objeto de observación. Saqué una bolsa de plástico de un bolsillo, la llené de gas y la dejé ascender. Subió dando vueltas como una medusa histérica, compitiendo con una familia de burbujas de diferentes tamaños creadas por mi respiración. Directa a la superficie, donde Jola la vería y la interpretaría: «Todo correcto, estoy abajo».

Entonces empecé a nadar. En contra de la corriente pero con sosiego, porque las prisas bajo el agua solo servían para desperdiciar gas, fuerzas y nervios. Recorrí las paredes de acero, altas como una casa, que estaban cubiertas por una capa de mejillones, moho y corales blandos, decorada aquí y allá por erizos y estrellas de mar. Un vestido que vivía, respiraba y siempre tenía hambre, que apenas dejaba ver un centímetro de metal. Las barracudas me observaron con aburrimiento. Mientras que yo tenía que impulsarme mucho con las piernas, ellas se mantenían casi inmóviles en la corriente.

Vi el alcázar, la cubierta y el puente. Los botes salvavidas estaban en su sitio; todo debió de suceder muy deprisa. Contemplé el puente de señales, el reflector de morse y la torre de antena, cuajados de mejillones y coralarios hasta el último rincón. Sin querer, me llevé por delante una pequeña madrépora de la empavesada y me reprendí por ello. Tuve muchísimo cuidado de no quedar atrapado por alguna de las redes de pescadores perdidas que cubrían el pecio aquí y allá cual telarañas gigantescas. Por un agujero del lateral del casco me asomé a la sala de máquinas. Llegué a la proa desprendida, que yacía aparte, como una extremidad amputada. El punto de fractura era una herida abierta de dimensiones descomunales. Intuí cargamentos de carbón y un astillero inglés, tal vez un barco mercante de los dorados años veinte que más adelante se había puesto al servicio de los Aliados. Tendría que regresar allí muchas veces para buscar la campana del

barco o el emblema de los astilleros, placas de identificación de la sala de máquinas, porcelana o cubiertos con la insignia de la compañía naviera, las marcas de los fabricantes de la máquina de telégrafos y la aguja de bitácora, hasta que el secreto del *Fiedler* quedara descifrado.

Había llegado el momento de regresar a la cadena del ancla. Poco a poco empezaba a sentir el agotamiento de mis sentidos. Eran demasiadas impresiones. Ya no asimilaba, sino que sencillamente registraba. Serviola del ancla, mástil de carga, respiraderos, puente de mando. Miles de lampugas que se divertían persiguiéndome. Las hélices del barco volvieron a capturar entonces mi atención. Una hélice de bronce de cuatro hojas y cinco metros de diámetro. El timón, todo virado a la izquierda, habría estado en disposición de contar una gran historia. Y yo estaba ansioso por escucharla. Quería sentarme sobre el fondo marino, dejar que me crecieran branquias para poder respirar con toda libertad. Quitarme el equipo y ocupar el camarote del capitán. Seguro que las barracudas no habrían tenido nada en contra; había sitio para todos. El pecio era grande como una urbanización. Podría acabar integrándome allí. A fin de cuentas, sabía cómo funcionaba la vida bajo el agua. Se me ocurrió que durante los minutos anteriores no había pensado ni en Jola ni en Antje ni en Theo por primera vez desde hacía días. A eso habíamos llegado. Jola y Theo habían traído Alemania a la isla y, con ello, una guerra que no era la mía. Que no me afectaba. Aun así, me habían convertido en combatiente. Allá arriba ya no quedaba ningún lugar al que pudiera huir. La isla entera era un campo de batalla. Ya no podía seguir manteniéndome al margen. Mi espacio vital había sido arrasado como el de una especie en peligro de extinción. Solo allí abajo podía seguir existiendo. Allí todo daba la sensación de estar bien. El planeta Fiedler, descubierto por mí mismo. Un reino al que nadie podía seguirme. Solo tenía que quitarme el equipo, respirar mediante branquias y…

Llegué a la cadena del ancla. Veintidós minutos y ciento nueve metros como punto de mayor profundidad registrada. No era óptimo, pero sí defendible. Por lo visto había perdido la noción del tiempo unos minutos junto a la hélice. Estaba respirando demasiado deprisa.

Eso tenía que controlarlo enseguida. A partir de ese momento imperaba la vieja regla de la Biblia: no volver la cabeza, no mirar atrás. El pecio no debía interesarme ya para nada. Para mí solo debían existir los instrumentos de medición con ayuda de los cuales tenía que conseguir la perfecta proporción entre los factores de profundidad, tiempo y mezcla de gases.

Con una mano tras otra fui trepando por la cadena del ancla, al principio algo más deprisa, porque la cadena estaba combada en la corriente, más despacio después, para no sobrepasar la velocidad de ascenso. La primera parada la realicé a setenta y cinco metros, cambié de gases y permanecí inmóvil dos minutos más sin apartar la mirada del ordenador de buceo. La continua comprobación de los parámetros requería de toda mi concentración. Ascensión hasta cuarenta y cinco metros a tres metros por minuto; allí, pausa de cinco minutos con cambio de gases; vuelta a ascender con paradas cada vez más prolongadas hasta los veintiún metros, donde tuve que esperar veinte minutos y por primera vez me di cuenta de que la corriente había aumentado. Los brazos y las piernas me dolían ya de ir obstinadamente agarrado a la cadena del ancla. En cuanto me di cuenta de ello, creí no poder asirla ni un segundo más. Con una mano saqué una amarra de la bolsa y aseguré mi cuerpo a la cadena. Ya había transcurrido una hora y media de coordinación entre ascenso y paradas sin que me hubiera detenido a reflexionar. Por primera vez miré hacia arriba. Por encima de mí flotaba torcido el casco ovalado del *Aberdeen*. Una visión tranquilizadora. En secreto, una parte de mí debía de haber contado con la posibilidad de que mi embarcación de apoyo me hubiese abandonado. Resultaba difícil concebir que Jola se encontraba realmente ahí arriba. El deseo de verla y relatarle mi encuentro con el *Fiedler* hizo que sintiera una punzada en el estómago. Al mismo tiempo experimenté ya la decepción, puesto que jamás lograría explicarle de verdad lo que había vivido; no había palabras adecuadas para ello. El mundo de eterna penumbra de las profundidades, el barco fantasma que dormía, las despiadadas dimensiones del pasado, el océano y la muerte: todo ello se encontraba encerrado en mi cabeza. Nadie más había visto esas

imágenes. Tendría que hacer un duro trabajo con Jola para que desarrollara las capacidades necesarias que le permitirían acompañarme allí abajo algún día. Quizá pudiera estar preparada al cabo de entre uno y dos años. Entonces podríamos compartir eternamente el mismo recuerdo. El *Fiedler* nos casaría a uno con el otro.

En ese momento me sentía igual de atraído hacia arriba que hacia abajo. En las profundidades, oscuridad; por encima, la luz. El límite entre todos los contrarios concebibles pasaba a través de mí. Me encontraba entre luz y oscuridad, amor y odio, ayer y mañana, vida y muerte. Mis instrumentos me decían en qué dirección debía moverme y cuándo. Hacia arriba y en ese preciso instante. Solté el mosquetón de la amarra y fui ascendiendo los siguientes quince metros con paradas de cuatro a trece minutos.

El techo de cristal se encontraba a seis metros de la superficie. En ese punto debía permanecer una hora entera e ir respirando alternativamente oxígeno puro y gas de fondo mientras justo por encima de mi cabeza flotaba el vientre del *Aberdeen*, tan cerca como si pudiera tocarlo con solo alargar el brazo. Por debajo, la interminable masa de vidriosa agua azul del Atlántico, en cuya capa superior me encontraba. Nada sobre lo que posar la mano o la mirada salvo la cadena del ancla, que se perdía enseguida en las profundidades. En ese momento todo tiraba de mí hacia arriba y ya nada hacia abajo. Quería salir. Hablar. Respirar. Secarme. Lo mejor era mirar lo menos posible hacia arriba para no perder los nervios.

Apenas habían pasado diez minutos cuando oí un fuerte chapuzón. Algo pesado debía de haber caído al agua. Alcé la cabeza y miré hacia la superficie. Junto al barco nadaba una persona.

«Ahora lo mandan todo a la mierda», pensé. El plan que con tanto detalle había preparado, lo que habíamos acordado, mi confianza. El espíritu de la expedición. Porque se estaban aburriendo. O hacía demasiado calor. Porque habían decidido abandonar sus puestos y

darse un bañito mientras yo, ahí abajo, me ocupaba de terminar. La decepción me dejó sin aliento unos instantes. Hasta ese momento todo había ido bien, sí, había sido perfecto. No podía creer que me hubiera equivocado tanto con Jola. Me había suplicado formar parte de la expedición. Quería ser mi compañera, una persona en la que podía confiar al cien por cien. ¿O no era eso? Mi raciocinio estaba agotado, me di cuenta de que llegaba a conclusiones extrañas. Yo lo único que sabía era que esa pequeña excursión bañista de ahí arriba representaba un ataque contra todo lo que para mí era querido y preciado.

Entonces caí en la cuenta de que no había dos cuerpos nadando en el agua, sino solo uno. Y no nadaba. Se hundía.

En mi memoria lo veo descender lentamente hacia mí. En realidad debió bajar como una piedra. Aun así, lo recuerdo como si hubiese tenido una eternidad para reflexionar. «Jola —pensé—. Le ha pasado algo.» Mejor dicho, lo que pensé fue: «Ya ha pasado». Como si siempre hubiese dado por hecho que iba a sucederle algo.

A contraluz, el cuerpo constituía un borrón oscuro que se agrandaba al irse acercando. Los contornos vibraban en el agua movida. Esa persona tenía que regresar de inmediato a la superficie. Yo ya había soltado la cadena del ancla y me habría resultado sencillo nadar hacia arriba si la amarra no me hubiese mantenido atado. Mi raciocinio aprovechó la oportunidad para hacer callar de inmediato a los instintos: «¡Quédate donde estás!».

Si emergía en ese momento, el nitrógeno podía matarme al expandirse en mi cuerpo. Vómitos, ahogo, parálisis de brazos y piernas. Puede que incluso perdiera también el conocimiento mientras me sangraban los oídos. Además, no sabía qué había sucedido en el *Aberdeen*. Jola no hacía ningún intento por nadar. ¿Se había dado un golpe en la cabeza y había caído por la borda? Pero ¿por qué no se apresuraba Theo a intentar salvarla? ¿Estaba dormido, mareado por la resaca? Yo creía otra cosa. Creía que Theo y Jola habían vuelto a pelearse. Que él la había derribado y la había lanzado al agua. O que ella había resultado herida en el forcejeo, había tropezado y había caído por la borda. Lo que estaba claro era que en esos instantes Theo

estaba dejando que se ahogara a propósito. Si yo regresaba a la superficie con Jola inconsciente, corría el peligro de que él nos atacara llevado por un arrebato. O de que arrancara el barco y sencillamente nos dejara allí tirados. De todas formas, aunque no se pusiera agresivo, yo no podía dar por hecho que fuese a hacer todo lo posible para llevarme hasta la cámara de descompresión más cercana. Eso, aparte de preguntarme si llegaría a sobrevivir tanto tiempo. O solucionas los problemas bajo el agua, o no los solucionas.

Desde el instante en que el cuerpo cayó al agua hasta el momento en que yo abrí el mosquetón de la amarra solo pudieron pasar unos segundos. Nadé hacia el punto donde podría interceptarlo, siempre cuidando de no ganar altura, y lo atrapé a seis metros de profundidad mientras se hundía, algo a babor de la proa. Alargué ambas manos, conseguí asir un tejido y sentí que me arrastraba un poco hacia abajo. Pataleé con fuerza con las aletas hasta que pude liberar una mano para hinchar mi chaleco de compensación y soportar el peso extra. Nadando de espaldas, arrastré el cuerpo inconsciente hasta la cadena del ancla. El cuerpo «del» inconsciente. Con una mano lo sostenía por el tórax, con la otra volví a sujetarme lo mejor que pude con la ayuda de la amarra. El submarinismo técnico, como decía siempre mi instructor, era el arte de realizarlo todo con una sola mano. Sin mirar.

El tiempo cambió de ritmo y dirección. Mientras que hasta ese momento los acontecimientos se habían sucedido a mi alrededor como a cámara lenta, de pronto venían disparados hacia mí a la velocidad de la luz. Al mirar atrás veo un torbellino en cuyo vórtice luchaba por salvar una vida. Ante mí, un rostro con los ojos cerrados y la boca medio abierta. Un rostro subacuático. Un rostro que parecía pertenecer a un cadáver. El rostro de Theo. No de Jola.

Desde 1992 hasta 1995 pasé gran parte de mis vacaciones de la universidad siendo buzo de salvamento. Sabía cómo se producía una muerte por ahogamiento. En la fase uno, la víctima ejecutaba movimientos descoordinados, daba fuertes bocanadas en busca de aire pero lo único que conseguía era tragar agua. En la fase dos se activaba un reflejo que cerraba la laringe. Ahí residía la oportunidad de Theo. Por lo que había visto, ya estaba inconsciente al caer al agua, de

manera que se había saltado la fase uno. Era posible que se tratara de un caso de ahogamiento seco, en el que no entra agua en los pulmones. Liberar de agua las vías respiratorias era una empresa difícil ya en tierra. Yo nunca había oído hablar de ningún intento de salvar bajo la superficie a alguien que se estaba ahogando, pero quizá Theo se encontraba en la segunda fase, la de asfixia, que al cabo de dos o tres minutos se vería seguida por la de convulsiones y paro respiratorio. En tal caso, podría volver a disparar su reflejo respiratorio mediante el suministro de oxígeno sin que fuesen indispensables las medidas de reanimación.

Eso no lo pensé. Eso lo sabía. No había tiempo para pensar. Hacía rato que me había pasado al Trimix y tenía el regulador del oxígeno en la mano para cedérselo a Theo. El mayor peligro para ambos consistía en que Theo volviera en sí y sufriera un ataque de pánico. No es desacostumbrado que alguien que se está ahogando acabe por matar a sus salvadores. Sin embargo, a seis metros de profundidad y colgados de la cadena de un ancla no había forma de pensar en cómo protegerme. No era posible poner distancia entre la víctima y yo. Solo mi amarra impedía que Theo se hundiera en las profundidades. Cuando empezara a debatirse con brazos y piernas, era fácil que acabara arrancando mi propio suministro de aire. Podía aferrarse a mí presa del pánico, dañar mi equipo, imposibilitar mis movimientos. Cuando alguien se ahoga posee una fuerza sobrehumana. Se convierte en más peligroso incluso que un tiburón martillo.

Y en ese momento sucedió. Un breve instante que me mostró en quién me había convertido en esos últimos catorce años.

Dudé.

Me pregunté por quién o por qué estaba dispuesto a poner mi vida en juego. Por un hombre que aterrorizaba a la mujer a quien yo quería poseer. Que nunca la dejaría libre porque la consideraba de su propiedad. Que no tenía una profesión de verdad y no le servía de nada a nadie. Que a la mínima de cambio dejaba claro lo harto que estaba de la vida. Solo tenía que mantenerme al margen. Soltar a Theo y apartar la mirada mientras él desaparecía mudo en las profundidades. Absolutamente nadie me relacionaría con su muerte.

Fue solo un breve instante, pero dudé.

Después le metí el regulador entre los dientes. Me esforcé por cerrarle los labios alrededor de la boquilla de manera que entrara la menor cantidad de agua posible. Le tapé la nariz y accioné la válvula del aire. Un remolino de burbujas. La presión introducía oxígeno en los pulmones de Theo. De repente abrió los ojos por completo. El agua salada no le dejaría ver demasiado. Sintió mi abrazo, el agua fría, el previsible final de su vida. Hundió las uñas en mi antebrazo y empezó a colear como un pez. Yo protegí lo mejor posible mis tubos de aire frente al ataque inminente.

Pero Theo no atacó. Me miró a los ojos, muy de cerca, a pesar de la irritante agua marina. Su cabeza estaba envuelta por un torbellino de burbujas. Sus pulmones bombeaban con tanta fuerza que apenas había diferencia entre inspiración y espiración. Esa visión actuó como una señal. Éramos profesor de buceo y alumno de buceo. Mi alumno colgaba del suministro de emergencia en plena hiperventilación. Me miraba fijamente porque me amaba como aman los lactantes indefensos a su madre. Le apreté varias veces el brazo para conseguir que me prestara atención. Sus párpados pestañearon. Una parte de su cerebro intentaba concentrarse en mí y yo asentí para alabarlo: «Así está bien». Despacio, separé mi mano de la boca: «Soltar aire. Esperar». Volví a acercar la mano a mis labios: «Inspirar. Despacio». Lo señalé a él y repetí los gestos. Tardó un poco en seguir mi ejemplo. Su respiración se ralentizó. Encontramos un ritmo común. De repente su cuerpo se relajó, quedó tan laxo que tuve que asirlo con más fuerza. Lo habíamos conseguido. Theo permitió que le diera la vuelta. Desde detrás me resultaba más fácil sostenerlo. Por las contracciones involuntarias de su espalda supe que estaba llorando. Enseguida me dispuse a palparlo. El motivo de que se viera inexorablemente arrastrado en dirección al fondo del mar se encontraba en los bolsillos de sus vaqueros: varios plomos sacados de mi equipo de reserva. Le liberé de los pesos, que se precipitaron a toda velocidad hacia las profundidades. Lo ayudé a quitarse los zapatos y los pantalones. Las prendas planearon a un ritmo tranquilo hacia la oscuridad que aguardaba bajo nosotros.

Después de eso, sujetar a Theo fue un juego de niños. Solté mi máscara de repuesto de su cinta, se la puse y la coloqué bien. Theo alzó la cabeza y expulsó aire por la nariz para vaciar el agua. Ya podía verme con tanta claridad como yo a él. Levantó una mano, formó la señal de «ok» y sonrió. Tenía los labios azules del frío. Mientras contestaba a su señal, sentí también ganas de llorar. Puede que fuera un cabrón, pero tenía una valentía sobrenatural. Ni siquiera intentó preguntarme por señas por qué no emergíamos. Al parecer, sí me había prestado atención esos últimos días.

Los siguientes treinta minutos los pasamos intercambiándonos los diferentes gases una y otra vez, controlando cada poco tiempo el estado de nuestras reservas de aire y realizando juntos ejercicios gimnásticos que protegerían a Theo de la hipotermia. Flexionábamos las rodillas, hacíamos girar muñecas y hombros, nadábamos juntos en pequeños círculos alrededor de la cadena del ancla. Unidos por el suministro de aire como si fuera un cordón umbilical.

Cuando el tiempo de descompresión llegó a un punto en que me permitía abandonar las profundidades sin ningún peligro, hice la señal para emerger. Volví a asir a Theo por la espalda y lo arrastré un poco hacia un lado, hasta que dejamos de estar justo debajo del *Aberdeen*. Con esa pequeña distancia de seguridad con respecto al barco, ascendimos lentamente. El aire tenía un sabor cálido y dulce. Theo empezó a jadear. Era muy posible que justo entonces comprendiera dónde estaba y qué le había ocurrido. Según todas las reglas de la lógica, habría tenido que morir. Quizá se suponía en un más allá que era casi idéntico a este mundo.

Jola, en la popa, estaba muy exaltada y no dejaba de hacernos señas.

—¡Pero tú eres gilipollas! ¿Por qué no has soltado la boya de descompresión? ¿Sabes lo preocupada que he estado?

Me pregunté si se había vuelto loca. Pero no teníamos tiempo para preguntas. Di instrucciones. Llevé a Theo hasta la popa del *Aberdeen*. Cerré sus manos alrededor de los largueros de la escalerilla. No estaba en disposición de subir por sí solo. Le expliqué a Jola cómo tenía que sujetarlo y empujé desde abajo hasta que Theo salió del agua y cayó

en cubierta como un saco mojado. Las últimas fuerzas lo habían abandonado ya y quedó allí tirado como un muerto. Le quité enseguida todo lo que le había puesto bajo el agua: gafas de buceo, caperuza, guantes. A Jola le ordené que le arrancara la camisa mojada, después la envié a buscar toallas, una manta isotérmica y maletín de oxígeno. Obedeció. Theo no solo estaba allí tirado «como» un muerto, sino que parecía haber muerto de verdad. Tenía la piel de un amarillo cerúleo, los ojos muy hundidos en las cuencas. Labios, manos y pies de un azul espantoso. Por la oreja izquierda le corría un reguero de sangre que manaba de su pelo. Palpé una herida abierta y una hinchazón enorme. Bajo el agua no le había visto la contusión. Lo primero que pensé fue que de ninguna forma había que moverlo, pero justo entonces le dio un ataque de tos que le hizo incorporarse a medias. Lo volví de lado para estabilizarlo y de su boca salió una bocanada de agua salada. Jola trajo el maletín, yo le puse el suministro de oxígeno a Theo en los labios.

—Arranca —dije.

—Ha querido suicidarse —repuso ella.

Como si yo hubiera hecho una pregunta que exigiera esa respuesta.

Mi boca se retorció de asco. Puede que los suicidas se llenen los bolsillos con pesos de plomo, pero no se abren antes la cabeza con el gran sargento de la bomba de achique que había visto junto al motor diésel.

—¡Que arranques! —le grité—. ¡Y ve todo lo deprisa que puedas!

Por un momento vaciló, después se volvió y corrió a la caseta del timón. El motor se puso en marcha. Seis nudos nunca me habían parecido tan lentos. Había envuelto a Theo en la manta, le suministraba oxígeno y le masajeaba las extremidades. Cuando me sentí seguro de poder dejarlo solo, corrí al timón junto a Jola y di aviso por radio. En cuanto mi móvil volvió a encontrar red, llamé al hospital. Me prometieron enviar un helicóptero.

El resto del trayecto se me hizo interminable. Mientras estaba arrodillado junto a Theo, que ya no mostraba ningún signo de vida, no podía evitar pensar una y otra vez en la normalidad con que se había comportado bajo el agua. Absolutamente tranquilo y relajado. Como si

estuviera perfecto.

No vi a los guardacostas hasta que su zodiac capeó a nuestro lado. Estábamos todavía a dos kilómetros de tierra firme. Jola apagó el motor. De súbito el *Aberdeen* estaba lleno de gente. La situación me superó. No hacía más que apartar como loco las manos del personal de salvamento. Puede que incluso intentara alejarlos de Theo. «¡No tocar! ¡No se debe mover!», grité en español. Mi propia voz sonaba estridente a mis oídos. Alguien me hizo a un lado. Colocaron a Theo sobre una camilla y lo pasaron por encima de la borda. Jola saltó tras él. Un tipo del servicio de salvamento me agarró de un brazo y quiso hacerme bajar también a mí. Me lo quité de encima. El *Aberdeen*. No podía abandonarlo allí, en pleno mar. Los españoles intercambiaron un par de palabras raudas, me señalaron y sacudieron la cabeza. «We be back here!», exclamó uno de ellos. El fueraborda empezó a rugir, la zodiac se alejó a toda velocidad y dejó una estela de espuma blanca tras de sí.

De pronto estaba solo. Disfruté del silencio. No había personas, no había pájaros. Un poco de viento y el sonido de las olas. El menguante rugido del fueraborda mientras la zodiac se apresuraba a lo lejos hacia tierra firme. No hice ningún intento de volver a poner en marcha el *Aberdeen*. Me quedé allí de pie, nada más. Todavía llevaba puesto el traje de neopreno. Ni siquiera me había secado el pelo. No sabía si sudaba o me congelaba. El aquí y el ahora me habían dejado sin aliento, como una presión de mil bares. Como si me encontrara en el punto más profundo del Atlántico. Desde Playa Blanca despegó un helicóptero. Fue la última vez que vi a Jola y a Theo.

# 18

Ella lo había escondido de tal manera que al final tuvieran que encontrarlo. No en un lugar tan evidente que pareciera preparado, pero tampoco tan oculto como para que un torpe inspector isleño pudiera pasar por alto el *corpus delicti*.

Del día después de la expedición de submarinismo apenas tengo recuerdo. Todo el jueves está como borrado. Quizá lo pasara entero durmiendo. O junto a la ventana, mirando fuera sin ver nada, aturdido por el inconcebible vacío que me rodeaba. El viernes salí corriendo de casa antes de desayunar, armado con aspiradora, fregona y cubo, como si me fuera la vida en realizar la limpieza definitiva de la Casa Raya. Normalmente habría sido trabajo de Antje. Ella lo habría hecho el sábado por la tarde, justo después de que Theo y Jola se hubieran ido, y así habría dejado la casa preparada para nuevos huéspedes mientras yo disfrutaba de un día libre antes de que el domingo llegaran mis nuevos clientes. Pero Antje ya no estaba y yo tenía tres días desocupados. En el domingo ni me atrevía a pensar. Me parecía del todo inverosímil tener que ir al aeropuerto a esperar con un cartel en el que pusiera MARTIN Y NANCY. La sola idea pertenecía a un universo que ya no existía.

Al entrar en la casa tuve la sensación de que alguien me daba un puñetazo en el estómago. Todavía estaban allí. Solo habían salido un momento para acercarse al mar. Al menos eso era lo que afirmaban sus cosas. Todo estaba colocado o tirado como si sus manos acabaran de dejarlo ahí. Prendas de ropa en el suelo. Los cepillos de dientes en el baño. Un libro abierto sobre la mesa del comedor. Solo los restos de café secos en las tazas desvelaban que había pasado el tiempo.

Estuve un rato dando vueltas sin saber por dónde empezar. Las camas sin hacer. Los restos de un desayuno apresurado. Los biquinis de Jola colgados de la barra de la ducha. Recoger y limpiar nunca había sido mi fuerte, pero lo que sucedía era que no tenía presencia de

ánimo para tocar nada. Los objetos me parecían el atrezo de un tren fantasma.

Mi parálisis se transformó entonces en un arrebato de actividad. A toda velocidad reuní la ropa que había por toda la casa y la metí en la lavadora. Vacié los armarios y repartí las cosas cuidadosamente en sendas maletas de ruedas. Descolgué con delicadeza la foto de Lotte de la pared. En el baño, preparé las bolsas de aseo sin meditar más de un segundo qué era de Jola y qué era de Theo. De repente las cosas empezaron a ordenarse por sí solas. Lavé los platos y desvestí las camas, saqué sábanas limpias del armarito del baño y me dispuse a hacerlas de nuevo. A tal fin levanté el gran colchón doble, y ahí estaba. Sobre el somier, bajo el colchón. Un cuaderno negro.

Enseguida supe de qué se trataba. Las datas. Las palabras manuscritas. Algunas páginas arrancadas y vueltas a pegar. Empecé a leer por una al azar.

«¿Qué habría hecho Lotte? Al ir a incorporarme, me echa una mano al cuello. Le digo que me suelte. Él intenta meterse en mi boca. Yo cierro los dientes con fuerza. Me presiona la laringe. Mis labios se abren, intento coger aire.»

Solté el cuaderno como si me hubiera quemado los dedos. Lo recogí del suelo y lo dejé en la mesa. Cuando hube pasado el aspirador y limpiado toda la casa, baño incluido, cuando hube hecho las camas y tuve las dos maletas listas junto a la puerta, allí seguía estando el cuaderno negro. El inspector de la isla habría dado saltos de alegría. Él era el destinatario de esa ofrenda. Si había una persona en el mundo en cuyas manos no debía caer el cuaderno, ese era yo.

Por lo visto, Jola ya había contado con no regresar más a la Casa Raya. Y, sobre todo, había dado por hecho que yo no regresaría. Si Theo hubiera muerto, tal como tenía planeado, seguramente ella habría esperado a que yo volviera a subir a bordo del *Aberdeen* para entonces golpearme a mí también con el sargento de la bomba de achique. Me habría quitado el neopreno, puede que hubiera preparado unos cuantos indicios de pelea y luego habría informado a la policía por radio. ¡Socorro, han matado a mi compañero! ¡El asesino está inconsciente a mi lado! ¡Veintinueve norte, catorce oeste, vengan,

deprisa! Me habrían detenido en pleno mar y se me habrían llevado directo a comisaría para interrogarme. Jola nos habría acompañado como testigo. Yo, completamente fuera de mí; ella, bien preparada. Su declaración muy reflexionada y más convincente que la mía. Dos rivales que habían acabado peleando a bordo de un barco después de que, en los últimos diez días, hubieran aprendido a odiarse a muerte. Entre ambos, una mujer que era maltratada por uno mientras intentaba empezar una nueva vida con el otro. Una mujer que era demasiado débil para impedir la catástrofe. Jola no me habría culpado de nada, sino que me habría defendido entre lágrimas. Consternación y preocupación en equilibrio perfecto. Quizá incluso en un buen español. Siempre es culpa mía, señor inspector. El señor Fiedler solo quería protegerme. No sabía cómo salir del paso, igual que yo. Jamás tendría que haberle contado nada. ¿Qué haría usted si la mujer a quien ama recibiera palizas de otro? ¡Por favor, imagínelo! ¿Qué haría?

Yo me habría quedado en prisión preventiva. El desequilibrado inspector de la isla me habría transmitido su respeto en secreto, de hombre a hombre. Y después se habría puesto manos a la obra para corroborar las declaraciones de Jola. Le habría preguntado a la mitad de la isla por nuestra aventura. Habría interrogado a los invitados del *Dorset* como testigos en relación con la espantosa pelea de la noche anterior. Habría enviado submarinistas que habrían bajado a cien metros de profundidad para buscar a Theo y puede que incluso recuperaran el cadáver, a pesar de las corrientes. Con una herida en la cabeza y los bolsillos llenos de pesos de plomo. Habrían registrado a fondo mi casa y también la Casa Raya. Y, por último, habrían encontrado el cuaderno, ostensiblemente escondido. Alemania habría emitido una demanda de extradición. Allí habría tenido lugar mi juicio.

Estas últimas semanas no he hecho más que repasar una y otra vez como un poseso el plan de Jola. La complejidad. El refinamiento. La absoluta frialdad con la que realizó todas sus consideraciones y poco a poco fue haciéndolas realidad, llevada por el convencimiento de que la vida funciona igual que una novela policíaca: no perdona ningún

fallo. Desde luego, podría pensarse que solo una mente enferma sería capaz de una maldad tan meticulosa. Pero Jola no está loca. Lo cual lleva a la conclusión inversa: lo que ha hecho es normal. Puede que no sea el caso estadísticamente medio, pero sí entra dentro del espectro humano habitual. Aunque de una cualidad extraordinaria.

Llamé a Bernie. Un sinfín de veces. Primero me colgó, después se negó a contestar mis llamadas. Cuando por fin estuvo dispuesto a hablar conmigo, le pregunté por qué había cancelado esa noche la expedición. Resulta que, a sus ojos, el que la canceló fui yo. Recibió un mensaje de texto mío en el que le comunicaba que sí necesitaba el barco, cierto, pero sin tripulación, porque quería realizar la expedición con Jola y Theo. A él le había parecido que era una idea demencial.

Un mensaje de texto de mi móvil, tal como aparece en el diario de Jola. Encontré el mensaje en mi carpeta de «Enviados». Mi mal inglés tan bien imitado que por un momento llegué a preguntarme incluso si de verdad no lo había escrito yo mismo. Jola había estado sentada a mi lado la noche del *Dorset*. Casi sobre mi regazo. Es evidente que pudo acceder a mi teléfono. No puedo dejar de admirarme ante su genialidad. Se habla a veces de víctimas de secuestros que se identifican con sus secuestradores para sobrellevar su situación. Tal vez yo tengo que considerar genial a Jola para transformar lo insoportable.

He intentado compadecerla. Si sus descripciones sobre los excesos de Theo son ciertas aunque solo sea en una pequeña parte, ha experimentado el infierno en este mundo. Un abogado defensor argumentaría que una mujer que ha sufrido torturas espantosas y sistemáticas durante un largo período de tiempo se encuentra en permanente estado de excepción psicológico. Despertaría la compasión de jurados y jueces y solicitaría que aceptaran circunstancias atenuantes. Sin embargo, Jola no necesita circunstancias atenuantes. No es ella la acusada. No me apetece compadecerme de ella. Igual que tampoco consigo odiarla, aunque estaba dispuesta a encerrarme entre barrotes de por vida. Amarla por ello sería absurdo, con todo. Posiblemente sea fascinación lo que queda cuando ya no sabe uno qué debe sentir.

¿Vino a la isla con su plan ideado? ¿O empezó a tramarlo una vez que estuvo aquí? En ese caso, ¿cuándo? ¿Fue al principio una especie de juego que en algún momento se convirtió en algo serio? ¿Le dio la conducta de Theo en el *Dorset* el golpe de gracia? ¿O fue quizá mi negativa a acostarme con ella en la playa de Mala lo que puso en marcha todo esto? A estas alturas, he leído tantas veces el diario que me sé algunos fragmentos de memoria.

El sábado por la mañana saqué la furgoneta a la carretera y me acerqué a la Casa Raya a por las dos maletas. Iba con tiempo de sobra para llegar al vuelo hacia Berlín que tenían reservado Theo y Jola. Llevaba sus billetes y sus documentos de identidad en el bolsillo de mi camisa. Fue como acompañar al aeropuerto a dos fantasmas. Al pasar por la pintada de «Querer es poder», volví la cabeza hacia la derecha. Los asientos de los acompañantes estaban vacíos, sí.

Pensé que el día del intento de asesinato había recorrido ese mismo trayecto en dirección al hospital. Había dejado a toda prisa el *Aberdeen* otra vez en su amarre y me había obligado a descargar por lo menos las piezas más caras de mi equipo. Después de haber cruzado media isla como un desequilibrado, en la recepción del hospital me hicieron esperar. Media eternidad después pudieron decirme que un tal Theodor Hast había ingresado hacía más de dos horas. Desgraciadamente, contesté con un «no» a la pregunta de si era un familiar. No sabían nada sobre su estado. No había ningún médico que pudiera hablar conmigo. Tampoco podían averiguar si estaba o no con él una tal Jolante von der Pahlen. En cualquier caso, no les aparecía como ingreso ninguna paciente de ese nombre. Cuando marqué el número de Jola me respondió el tono de línea. Había rechazado mi llamada. Después apagó el móvil. Tampoco el de Theo estaba disponible.

En el vestíbulo había pacientes paseando en bata y zapatillas que me miraban con curiosidad. Cada media hora volvía a la recepción y me interesaba otra vez por el estado de Theo. Con el mismo resultado.

Que no sabían nada concreto y que no podían dejarme subir. Solo podía esperar a que la señora Von der Pahlen bajara en algún momento a la entrada, quizá para buscar un café de la máquina, como hacían muchos familiares de los pacientes. Entonces podría hablar con ella.

Fuera se hizo de noche. La recepcionista fue sustituida por un portero que encendió un pequeño televisor y sacó un termo de su bolsa. Fui a por un café a la máquina. El vestíbulo estaba desierto. Había mucho silencio. Contemplé las altas paredes de cristal, tras las que parpadeaban las luces de la capital de la isla, y sentí una extraña paz. Por encima de mí dormían personas, algunas de las cuales no sabían si sobrevivirían a esa noche. Me estiré en un banco. Casi me sentía a gusto en mi plomizo agotamiento.

Al despertar, había una joven enfermera en el lugar del portero. El televisor estaba apagado, el termo había desaparecido. Fuera amanecía. Cuando fui a informarme, la chica cogió enseguida el teléfono, me sonrió con amabilidad, hizo algunas preguntas y escuchó las respuestas que salían del auricular en un español atropellado. Cuando puso fin a su conversación, me explicó en inglés que Theodor Hast ya había sido trasladado la noche anterior al hospital central de la isla vecina. Por lo que había entendido ella, después de unas últimas pruebas, desde allí lo trasladarían directamente en avión a Alemania, puede que en el transcurso de esa misma mañana.

Le di las gracias y volví a casa. El estado de Theo debía de ser estable, pues. El golpe en la cabeza, el principio de ahogamiento y, después de eso, la hora en agua fría… algo así bastaba para sufrir un colapso circulatorio con una hipotermia masiva. De eso podía morir uno si no recibía ayuda. Pero él sí había recibido ayuda, había superado lo peor y pronto estaría otra vez en pie. En Alemania. Que yo no volvería a ver a Theo y a Jola, que de verdad se habían esfumado en el aire, fue algo que no comprendí del todo hasta que llevé sus maletas al aeropuerto.

La empleada de facturación dudó un buen rato y me hizo explicarle varias veces lo que había sucedido. Un accidente de submarinismo. Repatriación de los heridos a Alemania por avión. Comparó varias

veces los nombres de los billetes con los documentos de identidad. Por fin asintió con la cabeza. Prometió que el equipaje sería remitido a la dirección de Berlín. Metimos los billetes y los documentos en los compartimentos para documentación de las dos maletas. Yo las seguí con la mirada mientras daban trompicones por la cinta de equipaje y finalmente desaparecían tras la cortina de goma en el interior del vientre del avión.

Por la noche me senté en la terraza con una botella de vino y leí de un tirón el diario de Jola. Entonces experimenté lo que significa el miedo. Tumbado en la cama, despierto, esperé horas y horas a oír el rugido de los motores, puertas de coche cerrándose de golpe y toscas voces españolas que me comunicaban que estaba detenido por el intento de asesinato de Theo Hast. No fue hasta la madrugada cuando caí en la cuenta de que ya habían pasado tres días sin que nadie hubiese venido a buscarme.

Alrededor del mediodía volví a acercarme al aeropuerto para recoger a mis nuevos clientes. No por sentido de la responsabilidad, sino porque no tenía ni idea de qué otra cosa hacer. Ya en el coche les comuniqué que mi ayudante, que normalmente me echaba una mano para llevar la escuela de submarinismo, había enfermado de pronto, por lo que tal vez tuviéramos algún problema organizativo. Nancy y Martin ni se inmutaron. Como la mayoría de los turistas, estaban de un humor vacacional y tenían la sensación de que no había nada en el mundo que pudiera estropearles la alegría y el disfrute del buceo. La Casa Raya les pareció magnífica.

El martes se nos unió Ralph, un cliente habitual y submarinista experimentado que me visitaba desde hacía años. A partir del viernes tendría también a una familia con niños para hacer un curso de iniciación, así que me tocaría trabajar en dos turnos. A todos les advertí de los problemas de organización. No hubo ninguno. Por la noche volvía lo antes posible a casa para llenar las botellas y lavar todos los equipos. Respondía correos electrónicos y me ocupaba de la contabilidad. Trabajaba hasta altas horas. Después de ese fin de semana encontré en mi cuenta un ingreso que ascendía a catorce mil euros. Concepto: «Formación de submarinismo por casting de Lotte

Hass». Me quedé tanto rato mirando la entrada que la página web me comunicó que había cerrado mi sesión por motivos de seguridad.

No dejaba de pensar en Jola y en su plan. No hacía más que abrir su diario. Mientras consiguiera admirarla, acallaba el miedo. Una vez marqué su número de móvil. El teléfono ya no existía. Tras el intento quedé empapado en sudor, como si hubiera corrido un maratón. Por la página de Facebook de Jola supe que había programada una nueva temporada de *AyO*. De Theo no supe nada.

La Navidad pasó sin cambios. El día de Nochevieja tuve clientes y me acosté antes de las doce. El año que empezaba era 2012. Una cifra como cualquier otra. La mañana de Año Nuevo me quedé un buen rato sentado después del desayuno. Ese día hacía exactamente catorce años que me había ido de Alemania y había empezado mi vida en la isla. Catorce años. Un período inconcebible. Pensé en el día del intento de asesinato, mejor dicho, en un segundo muy concreto de ese día, y de pronto me vi invadido por un sentimiento de gratitud. De repente ese segundo me pareció el momento más importante de mi vida. Había dudado, había contemplado el peso submarino e inconsciente de Theo y había pensado en Jola. Después me había decidido. No había dejado que Theo se hundiera hacia el fondo del mar, sino que le había salvado la vida. La gratitud ante esa decisión hizo que se me saltaran las lágrimas. Sentado delante de mi taza de café vacía, lloré. Después ya pude respirar hondo. Algo había cambiado. No tenía más que rememorar ese instante de duda y sentía que me había convertido en otra persona. Ya no entendía por qué durante catorce años me había resultado tan atractivo el concepto de «política de no intromisión». Era una expresión fea. Cuando subí a la furgoneta para ir a bucear, me encontraba mejor. En un sentido primordial.

Enero fue un mes flojo, como siempre. ¿Quién se va de vacaciones tan poco tiempo después de Año Nuevo? Solo unos cuantos jubilados, singles y gente con profesiones liberales. El primer sábado del año llegó una clienta que viajaba sola. Se llamaba Katja y era abogada defensora, especializada en crímenes graves como asesinato, homicidio o violación. Nos entendimos desde el principio. La primera noche la invité a cenar. La segunda noche nos acostamos. Pasaba de los cuarenta y estaba correspondientemente ávida. Me la estuvo lamiendo un buen rato. Al final se sentó a horcajadas sobre mí y me montó como un jinete experto hasta cruzar la meta. La tercera noche firmamos un contrato que la obligaba a guardar secreto profesional y establecía sus honorarios en los costes del Advanced Open Water Diver así como la licencia de Nitrox.

Le expliqué toda la historia. Mientras hablaba, tenía que contenerme para no echarme a llorar. Fue entonces cuando me di cuenta de lo mucho que me habían agotado las semanas anteriores. El silencio. La espera. Las preguntas. No podía más. Le describí a Katja cómo el plan de Jola daba vueltas en mi cabeza en un bucle sin fin, cómo no podía dejar de preguntarme qué había sucedido, cómo mi obsesión me devoraba por dentro. Me dijo que ella era abogada y no psiquiatra, y que yo tenía que hacer un esfuerzo por sobreponerme. Le entregué el diario. Lo leyó tan deprisa que casi parecía que solo hojeara algunas páginas por encima. Cuando acabó, alzó la mirada.

—¿Y cuánto de esto es cierto?

—Al principio, mucho. Hacia la mitad, poco, y al final, nada de nada —contesté.

Ella sonrió.

—Uno de vosotros dos es un genio.

—¿Qué quiere decir eso? —pregunté—. ¿Es que acaso no me crees?

—No me has contratado para que te crea. Sino para que te diga lo que tienes que hacer.

Katja me ha aconsejado que escriba este informe. Porque nunca se sabe lo que puede venir. ¿Por qué no ha dicho Theo hasta ahora una palabra de lo que sucedió a bordo del *Aberdeen*? Tal vez se haya reconciliado con Jola. Tal vez la esté extorsionando. O tiene miedo de

un escándalo público. Pero el asesinato no prescribe. Un suceso que quedara absolutamente fuera de mi alcance aún podría impulsar a Theo a interponer una denuncia. Y entonces Jola se defendería con la más antigua de todas las frases humanas: «No fui yo». Afirmaría que Theo no tiene otra cosa en la cabeza que aniquilarla con acusaciones de asesinato, mientras que el verdadero culpable había sido Sven Fiedler, autor del ataque frustrado del *Aberdeen*.

Después de eso, dijo Katja, sería una declaración contra otra. La palabra de Jola contra la de Theo. Jola tendría de su parte las simpatías de la opinión pública, y puede que también del juez. Del intento de asesinato en sí no había ningún testigo y ya sería demasiado tarde para recoger pruebas. En ese punto entraría en juego el diario… justo como había planeado Jola. El fiel de la balanza, preparado para asestar el golpe de gracia. Evidentemente, yo podía destruir el cuaderno y afirmar que nunca había existido. Pero, si Jola hubiese sido lo bastante lista para hacer fotocopias, después de eso ni siquiera tendría que molestarme en defenderme. Una mentira de esas proporciones me enviaría directo a la trena.

Con esa exposición, Katja había realizado un resumen muy preciso de mis miedos. Me recomendó empezar lo antes posible a ponerlo todo por escrito. Debía contraponer mi versión a las entradas del diario de Jola párrafo a párrafo. De otro modo, la memoria pronto empezaría a escribir su propia historia. Me dijo que no había nada tan corrupto como los recuerdos humanos. Primero se desdibujaban los detalles de lo sucedido, luego el suceso en sí.

—Tal vez —comentó Katja— llegue incluso un día en que creas que Jola dice la verdad y tú no.

Sonrió con ironía. Como abogada, probablemente está muy acostumbrada a que sus clientes le mientan. Me acosté dos veces más con ella, por gratitud. Después se marchó de vuelta a Nuremberg, donde ejerce en el Tribunal Regional.

Justo al día siguiente me senté pegado al teléfono y fui cancelando las reservas de todos mis clientes. He anulado la página web y he programado una respuesta automática para el correo electrónico que informa a los interesados de que la escuela de submarinismo está

cerrada. He tardado solo un par de días en vender el inventario al completo. Un compañero de Tailandia conoce a alguien que tiene pensado iniciar una nueva existencia. Ya he ordenado la carga del contenedor. Desde entonces vivo en habitaciones medio vacías y tengo tiempo. Fuera, una fina capa de verde ha cubierto las laderas de los volcanes. Es la primavera de la isla. En las noticias hablan de la crisis europea, de la crisis presidencial y de la crisis siria. Como si el tiempo se hubiera detenido. Como si nada de nada hubiese cambiado.

Alguna vez me he encontrado con Antje en el supermercado. Tiene buen aspecto. Ricardo y ella están pensando en adquirir una casita en Tinajo. Todd, que espera atado al carro de la compra, actúa como si no me conociera. Hace poco me topé con Bernie en el café Wunder Bar. Me felicitó por el embarazo de Antje y se rió al ver mi desconcierto. Después batimos un récord. Él pronunció la mayor cantidad de frases seguidas y coherentes de su vida, y yo entendí tantas palabras inglesas por minuto como nunca antes.

Que no me hiciera ilusiones con salirme con la mía, porque todos sabían ya lo que había sucedido y nadie creía que hubiese sido un accidente. Así que ya podía dar por hecho que recibiría mi merecido, de una forma o de otra, tarde o temprano, aunque hubiera decidido empaquetar todas mis cosas y esfumarme como un perro cobarde. Que había contactos, que la gente estaba relacionada, que ya se encargaría alguien de que no volviera a levantar cabeza en ningún lugar del mundo. Por lo menos como instructor de buceo. Que yo era un peligro para los clientes y una vergüenza para la profesión. Dicho de otro modo, que se alegraba de que hubiese llegado el día en que me fuera de la isla, y que no era el único, *just to let me know*, lo decía para que lo supiera.

La expulsión del paraíso. No había nada que replicar a eso. De modo que lo dejé allí plantado, con su figura regordeta, su barba de cinco días y su simpática y curtida cara de escocés. A mí me daba lo mismo. Él me daba lo mismo. Tendría que haber sabido antes lo capullo que es.

Por la noche llamé a Antje y la felicité. Se echó a llorar. Dijo que ella siempre había deseado tener un hijo conmigo. Que Ricardo era

majo, pero que ella solo había amado a un hombre, y ese era yo. Llevé cuidado de mostrarme todo lo alegre que pude al hablar. Le dije que el embarazo le sentaba muy bien. Que al final todo había sido para mejor. Que podríamos vernos en Alemania cuando ella fuera a visitar a sus padres. Antje sollozó todavía un poco más. No paraba de decir «Ay, Sven», pero sonaba más melancólica que desesperada.

Ahora que ya he terminado de escribir, esperar será difícil. Muchas veces no sé qué hacer conmigo en todo el día. He decidido no coger un avión, sino acompañar a mis pocas pertenencias a Alemania en el carguero. La travesía hasta Hamburgo dura catorce días, partimos la semana que viene. Me alegro de emprender ese viaje. Ya no entiendo cómo pude considerar que esta isla era algo especial. Es un lugar como cualquier otro. La guerra no es un fenómeno geográfico.

Hoy por la mañana he buscado el nombre de Jola en Google y he acabado llegando a la página web de una revista del corazón. El titular dice: «Jola Pahlen: ¡boda de ensueño con su escritor!». Debajo hay una foto de Theo y ella. A cuál más resplandeciente ante la cámara. Jola lleva el mismo peinado que la noche del *Dorset*, el pelo oscuro y coronado por una trenza. La nariz de Theo sostiene unas gafas que yo nunca le vi llevar. El breve artículo informa de que «Bella Schweig» ha dado a conocer su compromiso matrimonial con el escritor Theodor Hast. Según los rumores, irán de crucero al Ártico para casarse en el polo Norte.

Justo después he visitado la página de una agencia inmobiliaria que está especializada en residencias vacacionales y he inscrito la Casa Raya y la Residencia a muy buen precio. No sé por qué, pero ya no soporto el ruido del oleaje.

**Juli Zeh** nació en 1974 en Bonn, Alemania, y sus libros han sido traducidos a treinta y cinco idiomas. Es una voz habitual en el debate político de su país. Entre los numerosos galardones que ha recibido se cuentan el IMPAC Award de Dublín, el Prix Cévennes a la Mejor Novela Europea, el Deutscher Bücherpreis 2002, el Rauriser Literaturpreis 2002, el Hölderlin Förderpreis 2003 y el Per Olov Enquist Preis 2005, así como el Carl Amery Literaturpreis, el Gerty Spies Preis y el Solothurner Literaturpreis. Ha trabajado en las Naciones Unidas en Nueva York, y ha enseñado alemán en el Instituto Alemán de Leipzig. En 2013 obtuvo el premio Thomas Mann. En Literatura Random House se publicó *El método* (2011).

Título original: *Nullzeit*

Edición en formato digital: noviembre de 2015

Esta traducción ha contado con el apoyo económico del Goethe Institut, fundado por el Ministerio de Exteriores de Alemania

© Schöffling & Co. Verlagsbuchhandlung GmbH, Frankfurt am Main 2012
© 2015, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2015, Laura Manero Jiménez, por la traducción

Adaptación del diseño original de portada: Adaptación de Actes Sud
Imagen de portada: © René Hallen

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16195-68-8

Composición digital: M.I. maqueta, S.C.P.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

# Índice

Descompresión

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Biografía

Créditos